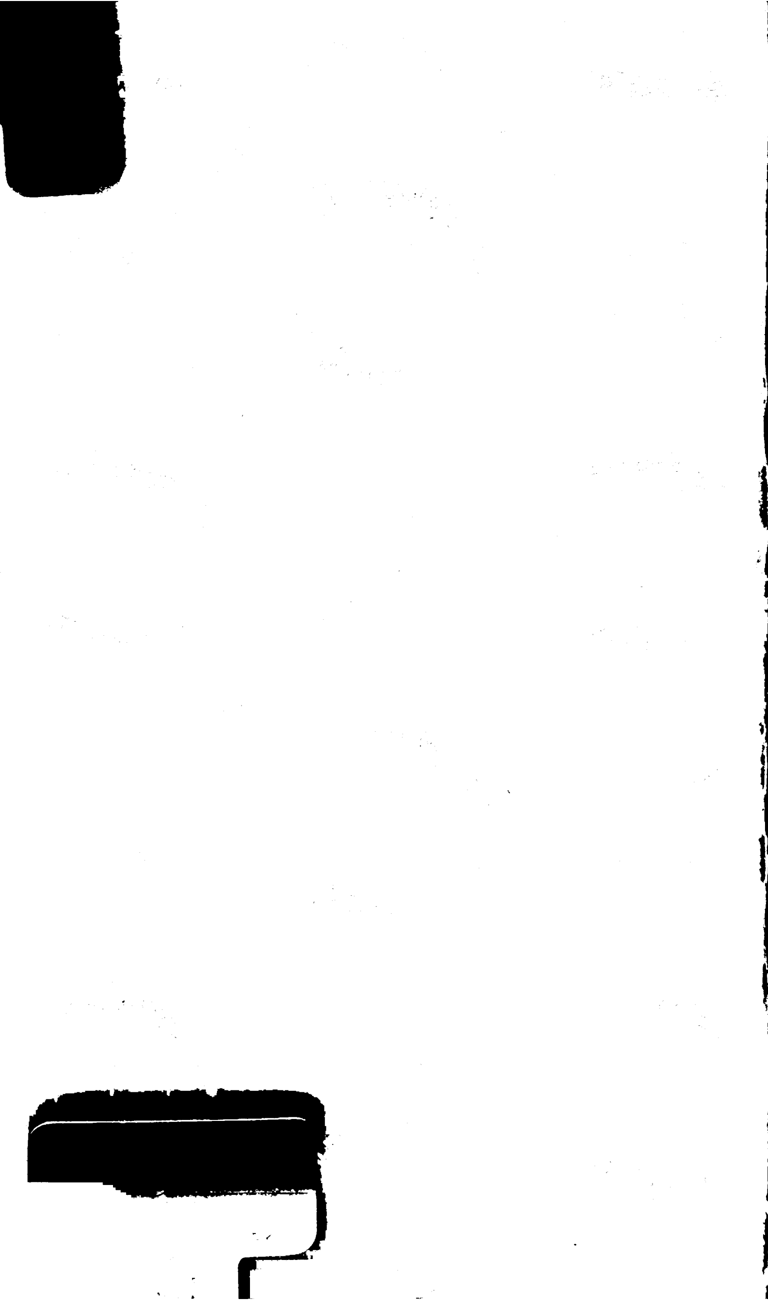
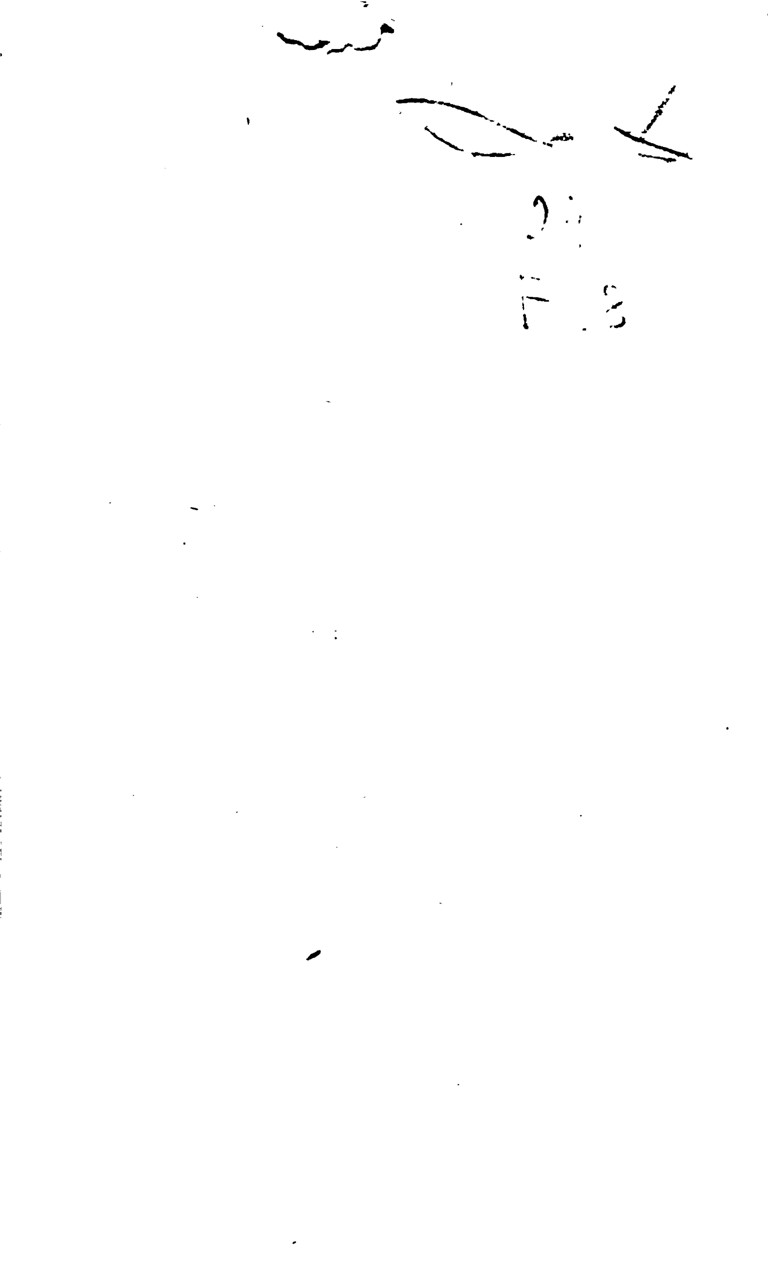

UC-NRLF
$B 286 882







LÁGRIMAS CRISTIANAS EN LA CONTEMPLACION

DE LOS FUNESTOS PROGRESOS

DE LA INCRÉDULA FILOSOFÍA.

Por el Doctor

DON PEDRO ANTONIO FERNANDEZ DE CÓRDOBA,
Caballero Comendador de la Real Órden de Isabel la Católica, Canónigo (emigrado) de la Santa Iglesia Metropolitana de Lima, y Obispo electo que fue de Puerto-Rico.

CÁDIZ.

IMPRENTA DE D. DOMINGO FEROS,
calle de S. Francisco, número 51.

1838.

¡Heu! ¿Quid adeo simile philosophus et christianus? Græciæ discipulus et cœli? Famæ negociator et vitæ? Verborum et factorum operator? Rerum ædificator et destructor? Amicus et inimicus erroris? Veritatis interpolator et expressor? Furator ejus et custos antiquior omnibus, ni fallor?

Tertulianus in Apolog.



Hoc græcum verbum Philosophia nominatur, latinè amor sapientiæ dicitur. Undè etian divinæ scripturæ quas vehementer amplecteris, non omninò philosophos, sed philosophos hujus mundi evitandos atque irridendos esse præcipiunt. Esse autem alium mundum ab istis oculis remotissimum, quem paucorum sanorum intellectus intuetur, satis Christus significat, qui non dicit: REGNUM MEUM NON EST DE MUNDO; SED REGNUM MEUM NON EST DE HOC MUNDO.

Agust. De ordine, lib. 1., cap. ult.

LÁGRIMAS CRISTIANAS

EN LA CONTEMPLACION

DE LOS FUNESTOS PROGRESOS

DE LA INCRÉDULA FILOSOFÍA.

LLANTO PRIMERO.

Estragos y seduccion de la incrédula Filosofía, apoyada en sola la razon.

Las lágrimas cuando son sinceras, no acostumbran Prólogos. Ellas ocurren espontáneamente á los ojos; no guardan método; el llanto es un ordenado desórden del dolor que se espresa sin otra retórica que la del corazon. Las lágrimas cristianas tienen su dulzura, que no es conocida sino de quien las vierte; pero tienen sus interrupciones, como las de los cantores sagrados que tambien lloraron; sus fuentes son sus motivos, y su mérito su relacion á Dios, cuya gloria buscan, no la suya. Ya en otra ocasion canté con recreacion de mi espíritu, la verdad, la gloria y la hermosura del cristianismo, contemplándolo en sola su faz recreativa. Ahora rompen mis ojos en llanto amargo,

y no pueden contener las lágrimas, viendo su semblante aflictivo. Aquellas Recreaciones fueron los *aleluyas* del cristiano, y estas Lágrimas son los *heu! heu!* de nuestro sacerdocio. ¡Ay de mí! ¡Algo mas que lágrimas era necesario para lamentar debidamente la ruina de tantas almas que han sido, son, y serán víctimas ciertas de la incrédula Filosofía! Ésta es la fuente envenenada: ésta la maestra del error y de la mentira: ésta la predicadora importuna de los principios falsos; de la prudencia de la carne; de los movimientos físicos de la naturaleza; de los derechos del hombre; de la obediencia por contrato; del poder soberano por gracia del pueblo; de las virtudes cívicas de propia conveniencia; de la filantropía sin alma y sin carácter de verdadera caridad; de la licencia de pensar, decir, y hacer todo lo que se quiera; de la felicidad puramente animal y terrena de la sociedad; de negar la providencia divina; de resistir á la fé, suponiéndola contraria á la razon, único fanal de su navegacion á los infiernos; de burlarse de la autoridad del vicario de Jesucristo; de negar á la Iglesia su potestad de jurisdiccion, y á sus ministros la de perdonar pecados; de que se les quiera por maestros, pero sin discípulos; de que se les admita en la sociedad, pero sin influjo en las conciencias, en que consiste el verdadero bien de

una sociedad católica; de corromper la moral, seduciendo á la juventud de ambos sexos; de.... ¿Qué lágrimas serian bastantes para manifestar la afliccion que el alma siente al contemplar este cuadro abominable? ¡Ay de mí! ¿Y de qué armas se vale este monstruo para sus deseadas victorias sobre el cristianismo? De sus apóstoles sin mision; de sus escritores sin vocacion; de sus libros por antonomasia malos; de sus novelas amatorias y obscenas; de sus pliegos volantes siempre envenenados y siempre hipócritas, siempre variados y siempre los mismos; de sus poesías improvisadas, bajas, inútiles ó dañosas; de sus anécdotas de invencion; de sus sarcasmos de insulto; de sus sonrisas cobardes; de sus sofismas mil veces repetidos y seis mil refutados; en fin, de sus padrinos impíos, y de sus adeptos incautos é ignorantes.

¡Almas inconsideradas! ¡Pluguiese al cielo que yo os trajese con mis lágrimas á la santa simplicidad de nuestros antepasados en el cristianismo! ¡Pluguiese al cielo que yo con mis lamentos amargos os armase contra la seduccion que arrastra á tantos á la region de los eternos tormentos, donde si se llora es sin penitencia; donde si se crée es sin mérito, y estremeciéndose como los demonios que tambien créen y tiemblan; donde ya no se lée esa máxima de los impíos, *coro-*

némosnos de rosas, sino este decreto perentorio, *tempus non erit amplius*: donde ya no se dirá *preso por mil*, *preso por mil y quinientos*; porque se oirá de lo alto esta voz terrible: *quantum se glorificavit et in deliciis fuit, tamtum date illi tormentum et luctum*: donde toda la infelicidad de aquella sociedad de condenados consiste en haber perdido el sumo bien; en haberse voluntariamente apartado de su legítimo monarca, monarca de todos los monarcas.

¡Filósofos incrédulos! Vosotros direis que mi libro de lágrimas solo es bueno para los idiotas ó fanáticos. Yo os digo que en mis lágrimas hay mas filosofía que en vuestros libros. Oid al grande Agustino, que tambien fué filósofo, y á quien no recusaréis por haber sido santo. »Despues de haber leido á los filósofos de la antigüedad, dice (en el libro 7.°, cap. 20 de sus confesiones), ya comenzaba á querer parecer »sabio, y lleno de pena no lloraba, antes bien andaba hinchado y me desvanecia con mi ciencia. En aquellos libros, »de los filósofos, no encontraba aquella »caridad que edifica, ni aquella humildad »que es el fundamento de la sabiduría: »en aquellos libros no se hallan las lágrimas de la confesion, ni otro sacrificio, ni el espíritu atribulado, ni el corazon contrito y humillado, ni la salud del

»pueblo, ni esposa, ni ciudad, ni arra »del Espíritu Santo, y cáliz de nuestra re»dencion: en aquellos libros ninguno can»ta *¿cómo no será mi alma sujeta á mi »Dios, pues de él tengo la salud?*: en »aquellos libros no hay quien oiga aque»lla dulce voz del Señor: *venid á mí los »que trabajais;* porque por ser manso y »humilde de corazon, se desdeñan apren»der de él. Vos, Señor, habeis escondido »estos profundos misterios á los sabios y »prudentes del siglo, y los habeis revela»do á los pequeñuelos; porque una cosa »es ver desde la altura de un monte, co»mo de muy léjos, la patria de la paz, y »no hallar el camino para ella, y andar »descarriado sin poder atinar con él, y »otra cosa es entrar y andar por el ca»mino que nos lleva á esa patria y vision »de paz.» Hasta aquí San Agustin.

Mi libro es, pues, propio para aquellos pequeñuelos á quienes Dios ha enseñado el camino del cielo, y otros libros no enseñan sino á estraviarlos de la verdad y de la patria bienaventurada, para que fuimos criados. Mi libro no tiene por objeto parecer sabio, ni hablar mucho, sino llorar mucho, y hablar solo aquello que Dios quiere que hablemos los que estamos autorizados por él para clamar incesantemente contra el error y la mentira. Sobre todo: *non omnes omnia omni modo æqualiter posidemus bona: in quibus-*

dam sermo vincit opus; in aliis contrà opus sermonem superat.

¡Almas cristianas! ¿Quiénes han debilitado la firmeza de vuestra fe? ¿Quiénes han corrompido vuestra moral? No han sido otros que esos homúnculos, que se llaman filósofos: esos hombrecillos que se lamentan de vuestro *oscurantismo*, palabra de moda con que quieren significar, ó la oscuridad de la fé, de que vive el justo, *justus ex fide vivit*, ó la falta de las luces del siglo, con que ellos estan *iluminados;* como si las luces del siglo fuesen de la naturaleza de aquella luz que vino á la tierra para iluminar á todo hombre ciego por la culpa; de aquel verbo del padre, de aquel de quien San Juan dice, que en él estaba la vida, y la vida era luz de los hombres, *in ipso vita erat, et vita erat lux hominum: et lux in ténebris lucet, et ténebrœ eam non comprehenderunt.* Ellos se han coligado contra la Religion y la moral de Jesucristo: ellos son los ingratos que pagan con calumnias los servicios de esa misma moral: ellos los ciegos que renuncian á sus propios intereses, y cierran los ojos á la verdadera luz: ellos los furiosos que se hieren con sus propias manos, y se dan el castigo merecido.

Desde que la incrédula Filosofía usurpó el título de reformadora, ¿no ha sido el azote del mundo? Confundiéndolo todo, dividiéndolo todo, pretendiéndolo

todo, no solamente en máteria de religion, sino tambien en la paz, en la guerra, y hasta en el gabinete de los reyes: demasiado diestra en esplicar el órden por el acaso, el universo por el cáos, y la justicia por la fuerza; negándose á admitir la diferencia entre el bien y el mal; admitiendo algunos dogmas con esclusion de todos los demas; solicitando con maniobras insidiosas el sufragio de los grandes, sujetando á los pequeños con innovaciones sobre innovaciones; despues mudando de táctica de un golpe; alzando su voz que resuena como el trueno; enarbolando el estandarte de una liga bien conocida, y rompiendo con la Iglesia para ponerse en lugar de ella; acusándola de tiranía para establecer la suya; átribuyéndose una infalibilidad personal, á que ningun orgullo habia osado aspirar hasta ahora; enmudecida por algun tiempo bajo la mano del genio de la erudicion y de la elocuencia, y volviendo á levantar su cabeza soberbia para pedir coronas, pasando sin fin de sistema en sistema, de discordancias en discordancias, de recriminaciones en recriminaciones; ya sofista, ya profeta, sin fijar jamas su turbulencia; á veces avergonzada de sus abuelos, y estendiendo su filiacion imaginaria hasta los primeros dias; condenada al doble castigo de no ver en nuestros libros santos lo que hay en ellos, y de

ver en ellos lo que no hay; sufriendo los odios implacables, las disensiones borrascosas, los choques desastrosos; ofreciendo asilo á todas las imposturas, derecho de ciudadanía á todas las apostasías, y perdon á todos los escesos; llegando por sus estrañas variaciones á la indiferencia total, que no es sino la plenitud de la mentira; fingiendo no saber que en la Religion, nada debe estar aislado; que cada verdad fluye de otra verdad, y que ellas se identifican de modo, que de una en otra se sube hasta la fuente eterna de todas las verdades; se adormece, dice Bossuet, y queda inmóvil en su error, sin despertar al ruido de las desgracias que causa: ¿qué digo yo? Siempre con la oreja parada al menor sonido; escribiendo, obrando, diplomatizando, reclutando adeptos, abarcando empleos, dignidades, favores; cargando á sus rivales de calumnias y de violencias; armada así del nivel de la igualdad como del cetro de la dominacion, y lisonjeando con bajezas á la autoridad que la lisonjea con concesiones; no queriendo jamas conocer que la traicion es infame, la blasfemia impía, la revolucion parricida; que el suicidio premeditado es una cobardía; que el amor de la patria está en el valor de los sacrificios; que la íntima union del monarca con su pueblo, es la primera

condicion de su seguridad; que cuando los príncipes no siembran sino beneficios, no deben recoger sino bendiciones; que los que gobiernan tienen el derecho de mandar, y los gobernados la obligacion de obedecer. Tales son los estravíos de la Filosofia incrédula, sobre cuyos funestos progresos hago correr mis lágrimas. *Præbete aurem et videte an mentiar.*

Yo lloro, porque ella ha regentado en todas las naciones; ha escalado los tronos; ha fascinado á los sencillos, y hasta la moda ha llegado á ser su cómplice. Ella ha hablado todas las lenguas, ha tomado todas las máscaras, ha copiado todas las formas: ha adoctrinado con sus lecciones una temible coalicion de pensadores, habladores, y bufones sacrílegos, y ha puesto la Religion de Jesucristo á pruebas tan terribles, que sola ella podia resistir.

Ved ahí esa déspota razon, que si la revelacion no viene en su ayuda, no reinará sino por el mal y por la falsedad, aunque tan llena de vanidad. ¡Ah! ¡Cómo abjuraria su funesto imperio, si pudiese avergonzarse de la tropa facciosa que marcha bajo sus banderas! ¡Cómo renunciaria á nuevas reformas, si dejando de envidiarle á la fé las suyas, consintiese y confesase que fuera de la sabiduría y bondad que caracterizan á

nuestros misterios, es tal su grandeza que la divinidad con toda la harmonía de sus atributos respira en ellos! La revelacion es la que únicamente nos descubre la eternidad, de la cual el tiempo no es mas que el pórtico, manifestándonos en sus perspectivas una série de escalones, por los cuales elevándonos sin cesar, sin cesar, nos encaminamos al término.

Mientras que la Filosofía quiere que su razon fabrique sin auxilio alguno sobre cimientos ruinosos; la fé revestida de su autoridad suprema, deposita en nuestra alma la verdad toda entera, de modo que con ella el hombre ya no tiene nada que desear: porque él conoce al ser necesario por esencia; se conoce á sí mismo, y conoce su destino: sabe que la carrera de sus deseos se prolonga hasta mas allá de los estrechos confines de la vida; y entónces la vida no es ya para él sino una confianza imperturbable, un desprendimiento completo, y un anticipado gusto del cielo. Él no advierte en las vicisitudes pasageras de su destierro sino unas cortas ansias y angustias que serán coronadas con una felicidad sin mezcla. Sus mismas lágrimas tienen su dulzura, porque son contadas; y lanzarse hácia las sublimidades de lo infinito, es todo el encanto de su existencia. Porque á la

verdad; el misterio de nuestra suerte futura está á la cabeza de todos nuestros misterios. Jesucristo es el único que ha aparecido en medio de nosotros diciendo que nuestra inquietud por una felicidad perfecta no es una ilusion; que esa suerte futura en que pensamos continuamente, nos pertenece en realidad; que todo lo que nosotros sentimos interiormente con un atractivo siempre nuevo, está allí grabado por el mismo dedo que estendió la bóveda del firmamento: que aquel que nos ha dado esperanzas tan magníficas, sabia bien que él tenia en sus tesoros con que satisfacerlas: que la indicacion del término y del camino derecho que conviene elegir para llegar á él, se contienen en estas dos palabras, tan enérgicas como instructivas, *ego vivo et vos vivetis*; en fin, que sin nuestros misterios, que nos familiarizan en cierto modo con lo infinito, lo eterno, y lo perfecto, nosotros seriamos confundidos por el peso de la gloria que nos está anunciada, del mismo modo que, sin la ceguedad de los incrédulos, no podriamos comprender la debilidad y poco peso de sus interminables *parodias* en alabanza de la soberanía de la razon.

Esta pretendida soberana, pregunta sin cesar ¿para qué son esos misterios revelados? Yo respondo, porque los hay en todas las cosas: porque vuestra razon se

estravia á cada paso: porque vosotros sois engañadores de vosotros mismos y de los demás que dan oido á vuestra soberana razon. Tambien preguntais, ¿por qué se oculta Dios tanto á los hombres? Yo respondo que siendo Dios incomprensible en todas sus obras, aun en las de la naturaleza, y siendo la Religion la primera de sus obras, en la Religion debe ser mas inaccesible á nuestros ojos: porque la política de su munificencia consiste en difundir su luz sin que se aperciba: porque el santuario de la fé es una roca rodeada de tinieblas, contra la cual se estrellen todas las curiosidades del entendimiento humano. ¡Os conviene no querer nuestros misterios, porque su altura ofende á vuestra pequeñez! Pero vosotros, deistas, ¿nos esplicais acaso el misterio de la libertad divina con su inmutabilidad? ¿Vosotros, materialistas, el del pensamiento en los cuerpos? Vosotros, ateistas, el de un efecto sin causa y de una obra sin artífice? Haceis bien: ¡cuando nosotros nada sabemos, nada vemos, nada comprendemos de nosotros mismos, y vosotros quereis con sola vuestra soberana razon, comprender á Dios y sus operaciones mas secretas! Pero replicais, ¿qué peligro habria en haber puesto la Religion al alcance de todos? ¿Qué peligro? Lo hay grande, porque la Religion, privada de sus misterios,

sería ménos digna de los atributos de Dios y de los atributos del hombre: porque ella bajaria de la clase en que está colocada, á la de las instituciones vulgares: porque entónces hasta nuestras pasiones se arrogarian la facultad de examinarla, aunque ya no hay verdad que ellas no tengan interés, destreza, ó temeridad de oscurecerla. Es, pues, ventaja para el hombre, y misericordia en Dios, que en la Religion haya mas que callar que en que disputar, á fin de que el hombre se convenza de que Dios no quiere ni necesita nuestra ciencia: que la locura que viene de Dios es superior á la sabiduría que viene del hombre: que nada hay bien averiguado sino lo que Dios ha enseñado: que á fuerza de ser filósofo se deja de serlo, y que la soberanía de la razon con que hacen tanto ruido los filósofos incrédulos no es mas que una vana puerilidad.

Ellos nos acusan de que atentamos á los derechos constantes é imprescriptibles de su soberana razon: empero no crean que nosotros pretendemos quitarle á la razon lo que legítimamente le pertenece. Mostrándole su insuficiencia y sus caidas; recordándole que ella resbala cuando anda sola; que no se le deben ni altares, ni culto, ni sacrificio, como hizo cierta nacion; con todo eso, nosotros pensamos que ella tiene tambien su

trono y su jurisdiccion. ¿Por ventura, nosotros hacemos injuria al hombre mas religioso, persuadiéndole que con sola la razon puede tener certidumbre de su propia existencia? ¿Para qué huir de las sendas trilladas, y echarse por senderos no frecuentados? ¡Qué estraña lógica seria despreciar las decisiones del sentimiento íntimo, de esa luz doméstica, verdadero don del cielo; estimar por nada la razon! Con todo eso es cierto, que no se da á la razon sino un pérfido homenaje, si se exageran sus límites. La razon no es infalible sino por una sumision racional á la fé. Entónces sin vacilar, ella ilustrada por dos antorchas que un mismo soplo ha encendido, cede á la necesidad de admitir lo que seria injurioso á Dios dejar de admitir. Al contrario, si la razon presuntuosa resistiese; si impaciente de su limitacion se fatigase en abrir surcos en un campo no suyo, y cuyo cultivo le está prohibido; si quisiese hacer de soberana en todo, seguramente ella no cosecharia sino los venenos del error. Con todo eso, siempre será mas fácil encontrar sofistas obstinados en hallar absurdidades en nuestros misterios, que millones de cristianos, que desde el orígen del cristianismo sin interrupcion, y bajo el nombre de misterios, hayan adorado absurdidades. Sin embargo, esos sofistas dicen que nues-

tro Evangelio no es obra humana y *que el inventor de él seria mas admirable que el Héroe.* Pero si nuestro Evangelio está lleno de cosas fabulosas, y que repugnan á la razon, ¿quién las ha mezclado en él? ¿Ha sido la Sinagoga? ¿fueron los apóstoles? ¿fué al principio? ¿ha sido mas tarde? ¿quién pues ha interpolado un libro de un carácter tan singular? ¡Sofistas! ¿no valdria mas doblar vuestra cerviz bajo el yugo de la fé que producir tantas estravagancias? Si se oyese una voz que se sospechase ser de Dios, que se dignaba hacerla resonar en vuestros oídos, exigiríais que ella resonase á vuestra manera? ¿Merecerian mas atencion vuestros sueños que los oráculos de Dios? ¿Qué sacais de vuestras áridas investigaciones, en que consumís todo vuestro tiempo? No otra cosa que una continua ansiedad que tan presto concede à la revelacion motivos determinantes, tan presto desecha esos motivos como desnudos de pruebas, y flotante entre la admision y el desprecio, se atreve alguna vez, para encubrir la vergüenza de su derrota, á articular bruscamente y sin temor de incurrir los anatémas de la misma razon, *vosotros resusitaríais un muerto en su presencia, y ella no lo creeria.*

Si el universo es un espejo en el que todos los puntos son como otros

tantas fases que reflectan la imágen del Criador, el Evangelio es un libro en que todas sus líneas publican la divinidad de Jesucristo. ¿Y seria digno del Ser Supremo haber marcado nuestros misterios con el sello de su Divinidad, para conceder despues á la razon el privilegio de reducirlos á la clase de problemas? Tantos siglos de predicaciones, de inspiraciones, de virtudes estraordinarias que han precedido al Evangelio para probar su orígen, no nos habrán dejado por legado la doctrina del scepticismo? El scepticismo calumnia á la Providencia, y ¿quién de nosotrros se resolveria á dejar la vida con semejante conductor? ¡Qué terror, qué lástima, qué lágrimas no nos arranca la vista de un incrédulo, blasfemando de la Religion á la hora de la muerte! ¡Qué horrible engaño agotar su entendimiento y atormentar á la razon combatiendo á la fé, para no coger en la muerte sino sombras heladas! *Conservad vuestra alma*, y este consejo vino de Ginebra, *conservad vuestra alma en estado de desear que haya una Religion revelada, y vosotros jamás dudaréis de ella.* ¡Si este consejo se siguiera, de cuántas lágrimas nos escusariamos! La Religion está siempre pronta á justificarse delante de nosotros; pero ella no se descubre sino á los corazones rectos. Sus ene-

migos se parecen á un hombre cargado de delitos que recusa á los testigos que lo acusan, desfigura los hechos, se irrita contra sus jueces con aprension del suplicio, y no obstante, en el fondo de su conciencia se juzga á sí mismo. Que el incrédulo, pues, se valga de todos sus medios, que afile todas sus argucias, que prepare todas sus invectivas, no por eso se engañará á sí mismo: su odio contra el cristianismo es una admiracion secreta; lo crée en silencio: no es su razon la que murmura, sino sus pasiones las que hacen el oficio de soberanas de su alma. Yo me figuro á un incrédulo sentado sobre el tribunal de su razon, pesando nuestros misterios en su balanza, y borrándolos con una mano fria de los libros de la creencia pública. Dios se le figura un Príncipe, que envia órdenes á uno de sus vasallos. Éste que la recibe pone en cuestion si el Príncipe existe, si á lo ménos sus órdenes han sido despachadas en la forma debida; si el que las trae es ó no un loco, y la escritura que le manifiesta es ó no sospechosa; si lo que se le manda es ó no equívoco ó superfluo; y en conclusion, el vasallo no obedece á su Príncipe. Tal es la rebelion del incrédulo para con Dios, sobre todo desde que la impiedad circula por todo el mundo rodeada y coronada de todo el encanto

de la elocuencia á su manera; desde que abundan espíritus soberbios siempre rebelados contra el órden, contra la moral, contra su propio corazon; desde que nuevos charlatanes renuevan las máximas que han trastornado los gobiernos y son la causa de todos los males que afligen á las naciones; desde que no se quiere escuchar la voz de sus adversarios siempre despreciados aunque quizá no son tan irracionales, tan ignorantes, tan fanáticos como se les quiere creer; desde que se cierran los ojos á la evidencia de los hechos; desde que los hechos prueban que los sofistas actuales no son ni mas claros, ni mas modestos, ni mas consecuentes que sus padres; que ellos repiten antigüos errores con espresiones nuevas, aventuran ideas vagas, y no dan un paso sin tropezar.

Estas reflexiones, cuya simplicidad iguala á la franqueza del que llora imparcialmente los estravíos de la razon y los estragos de una filosofía irracional; son las armas probadas por el uso de los verdaderos sabios contra esa sabiduría, madre de todos los escesos; contra esa sabiduría, á cuyos ojos todo parece vacío de sentido si ella no lo ha creado; todo indeciso si ella no lo ha fijado; todo despreciable ó mediocre si ella no le ha puesto su marca: esa sabiduría, aduladora y obsequiosa de la multitud, cu-

yas inclinaciones desarregladas, acaricia; esa sabiduría á quien nada puede contener sino la revelacion. Por ventura ¿será cosa mas noble obedecer á la ciencia del hombre, que á la ciencia de Dios? ¿Nuestra razon pierde algo cuando es un Dios quien la encadena? ¿Y otro que un Dios podria ser el autor de una Religion que se muestra benéfica aun para el impío reclamado por la ley del sepulcro? Muchas veces lo ha acreditado la esperiencia, y un milagro de algunos instantes ha indemnizado á la Religion de los escándalos de la larga vida de un impío. Entónces la Filosofía sobre que éste descansaba, lo abandona; ya no se atreve á rivalizar con el Todopoderoso; su bravura desaparece: se pone pálido, tiembla, y la soberanía de su razon se le escapa con todos sus prestigios; él entra en otro órden de cosas; él ha venido á ser demasiado grande por la fé que ha recobrado para que pueda creerse tan grande como aquel que gratuitamente se la ha vuelto: parece que el nuevo esplendor, venido de los Tabernáculos del cielo; tomando posesion de su nueva conquista, le ha descubierto en un momento los secretos que antes repugnaban á su orgullo, y le han disipado la oscuridad de los misterios que por largo tiempo fueron el objeto de sus derrisiones. Esto no fue sino porque las pasio-

nes que tiranizaban á su alma se apagaron, sus obgetos se marchitaron con la noche del sepulcro; porque el dogma de la inmortalidad ya no encontró objeciones en sus desórdenes; porque para él ya no hubo otra nada que la nada de las vanidades; y en fin, porque los juicios de su entendimiento se han mudado, desde que los sentimientos de su corazon no son ya los mismos.

¡Ah! Casi siempre se desea morir en el seno de las esperanzas que ofrece la Religion de Jesucristo. La razon recalcitrante por largos años, sumisa ya y tranquila, reconoce que el dominio de la fé es inespugnable á pesar de todos los sofismas. Ved ahí el triunfo de la misericordia, que tiene el mérito de un nuevo prodigio; el triunfo del arrepentimiento y de las lágrimas, que tiene el mérito de una nueva inocencia; el triunfo de la verdad que tiene el mérito de una nueva victoria! Con todo eso, yo me estremezco al decirlo, aunque no sea imposible volver á la fé en la última hora, digo que es casi imposible, porque entónces la incredulidad voluntaria está de tal suerte arraigada en el alma, que no hay un milagro mas raro que el de una conversion repentina. No se necesita ménos que una suspension de las leyes de la naturaleza moral. No creer cuando se querria creer, es la señal de

la reprobacion que se acerca, es el primer sonido de la trompeta de las venganzas, es el castigo frecuente de haber estado sumergido en el peligroso *acaso* de la impiedad, sin reflexionar que si Dios deja dormír acá abajo á los malós, si parece sordo á sus ultrages, si ni aun les hace oir su trueno, es porque reserva sus rayos para el tiempo de sus justicias.

¡Ay! *Defecerunt oculi mei in eloquium tuum.* Vos, Señor, lo habeis dicho, *Ego quoque in interitu vestro ridebo.* ¡Desgraciada juventud! Que mis lágrimas puedan preservaros de ese rayo!

¡O fe! ¡Qué augusta es vuestra soberanía! Vuestro orígen está en el seno del Eterno; vuestro fundador, el verbo increado; vuestro ministro la naturaleza llena de prodigios; vuestro trono el universo; vuestra diadema la misericordia; vuestro cetro, un hacecillo divino de luces y de tinieblas; vuestro palacio, la conciencia de los escogidos; vuestra fuerza, la persuacion; vuestro tesoro, la caridad; vuestras cortesanas, todas las virtudes. ¡O fé! ¡Vuestros medios, son los beneficios; vuestras columnas, los mártires y doctores; vuestros amigos, todos los buenos; vuestros enemigos, todos los malos; vuestros despreciadores, todos los vicios, y en especial la indiferencia, la ingratitud y la depravacion, vicios que

predica y á que arrastra la incrédula Filosofía, y que yo quisiera poder borrar con mis lágrimas en aquellas almas seducidas, y obligarlas á reconocer conmigo vuestro imperio!

La indiferencia es la grande enfermedad de nuestro tiempo: de ella viene el abandono de todo principio verdadero; de ella ese marasmo, que embota todas las facultades del alma y todos los aguijones del remordimiento; de ella ese desconocimiento del error, que es el mas peligroso de todos los errores; ese ateismo político, ese olvido de las antiguas tradiciones; esa ausencia de las ideas sanas, que es la plaga de nuestra época; de ella viene esa tregua entre el bien y el mal que produce las mas viles capitulaciones entre el egoismo y la bajeza; de la indiferencia en fin, nace ese menosprecio de los estudios cristianos, sin los cuales muere la fé por falta de pábulo. Porque, á la verdad, ¿cuál es la ciencia moderna en cuanto á las cosas de la fé? En la niñez, el catecismo de las cotorras; en la juventud, algunos elementos, pero sin profundizarlos; en mayor edad, esclavos de las obligaciones, de los cargos, de los trabajos de la vida civil, todo aleja de la Religion; acá ejemplos que corrompen; allá discursos que ultrajan á la fé; mas allá libros que la desfiguran. ¿Qué puede resultar? Sin égida, se retira luego de ella,

y la vanidad, viniendo en auxilio de la indiferencia, se adoptan las doctrinas perniciosas. Bien presto la Religion no es ya sino un recuerdo vago, lejano y fugitivo: se abandona su librea, temiendo pasar por estravagante; se aprecia una inaccion cómoda que dispensa de toda molestia; se teme aventurar su reputacion de hombre de talento porque cualquier celo es sospechoso de inepcia; nuestros dogmas no son ya sino especulaciones añejas, y una vez destruido en el alma el fundamento de todos los deberes, se duerme el sueño de que no se despierta jamas. Se viene á ser destructor de la Religion antes de ser su discípulo, y á ser incrédulo antes de ser cristiano. Se hace un punto de honor el vivir sin Dios y sin pensar en él ni en su ley; un punto de honor arrastrarse sobre la tierra como los insectos; un punto de honor no levantar jamas los ojos hácia aquel que tiene en sus manos la vida y la muerte; un punto de honor manchar los nobles atributos que se le han dado al hombre para exaltar las magnificencias de su autor y santificar su nombre; un punto de honor correr así hasta la nulidad de toda creencia. ¡Ay de mí! *Alienati sunt peccatores a vulva, erraverunt ab utero: loquti sunt falsa.* ¿Y serán indiscretas mis lágrimas al comtemplar los estragos, que esa Filosofía causa en sus

adeptos de toda edad, sexo y condicion? Tal es el estado en qué nos hallamos, porque la indiferencia en materia de Religion ha llegado á su colmo. Se vive en una especie de scepticismo práctico como si nada existiese verdadero ni nada falso; el alma se deseca, el entendimiento se oscurece, el corazon se consume en estériles descubrimientos, que léjos de estender la ciencia fructuosa, empañan, desecan y deprimen todos los objetos. En otro tiempo se conversaba con el cielo, del cual la tierra no era sino el observatorio: alabar las obras de Dios, escuchar su palabra, admirar sus prodigios, creer sus dogmas, esto era todo el hombre, todo el cristiano. El dia de hoy ¡ay! se huye de Dios, porque se teme que se acerca su cólera; se desprecian sus obras, porque acusan las nuestras; se cierran los oidos á su palabra, porque ella turba la falsa seguridad; se tratan de fábulas sus milagros, porque si son verdaderos ya no hay escusa. Nuestros dogmas se califican por el arte de tender lazos á la multitud ignorante: *es, dicen, retrogradar, es sumergirse ciegamente en el oscuro bosque de los ~~perjuicios~~ y de las supersticiones; es volver á la gótica manía que se tragaba quimeras y cuentos; es retardar la era de los conocimientos trascendentales y de la fe*

licidad general: la Religion, añaden, con sus misterios, ¿no ha producido todos los dolores y todas las miserias que se sufren, y todos los crímenes que se cometen? ¡Ay de mí! Algo mas que lágrimas pedia este lenguage impío, ingrato y falso! ¡Por eso se asecha á la fé y se desprecia la devocion! ¡Ingratos!

¡Ah! ¿A qué se reduce la fé de un cristiano en nuestros dias? Una cobarde antipatía para todo lo que le recuerda amenazas, porque lo que se debe obrar, depende de lo que se debe créer; y cualquiera que es dueño de su fé, lo es de sus obras: ¿no es verdad que ese cristiano, de quien nos proponemos hablar, y sobre quien derramo mis lágrimas sin limitacion, desearia que no existiese la Religion, y que siempre ha huido de las ocasiones de instruirse en sus verdades, temiendo verse obligado á mudar de lenguage ó de conducta? ¿No es verdad que las objeciones dirigidas contra ella le causan un placer tanto mas vivo, cuanto mas fuertes le parecen? ¿No es verdad que en lugar de gemir, se regocija con sus cómplices cuando oye decir que en breve no quedará un tirano, y mucho ménos un sacerdote? ¿No es verdad que se enfurece cuando se le sostiene que es una malignidad temeraria poner en equilibrio á los buenos con los malos, que los estados mas fuertes ceden á la potencia de

los sistemas; que las revoluciones nacen con la impiedad; que las naciones viven por su Religion; y que sin ella sus efímeros adelantamientos no son sino prosperidades malditas; que sola la Religion con sus viejas máximas es el único fanal de verdadera luz, con sus viejos apoyos, la única tabla en el naufragio; que inútilmente se querria construir un nuevo templo con escombros en un suelo bolcanizado y con trabajadores de la torre de Babel; en fin, que la fé con su código, es el mejor garante que pueden tener los hombres, los unos de los otros, y que su soberanía abraza todo el órden social? ¿No es verdad que el imperio de la fé no esperimenta obstáculos sino del lado de las almas presuntuosas, ni resistencias, sino del lado de las pasiones sedicciosas? El remordimiento es el peor de los lógicos en las almas degradadas, porque es el mas incómodo de los censores. ¿No es verdad que el filósofo incrédulo se ve obligado á avergonzarse cuando se le demuestra que esas agresiones manifiestas ú ocultas, ese choque de sutilezas capciosas, esa tendencia á rehacerlo todo, no van á terminar sino en amontonar aserciones en lugar de certidumbres, y apostasías de lugar de fidelidades?

La Religion pone un freno á las pasiones: dejando suelto este freno repre-

sivo, se le rompe para vivir con libertad en la ausencia de toda ley: la aversion á los dogmas no es sino la aversion á los preceptos. Sino se temiesen éstos, se admitirian con gusto aquellos; pero contrariado el impío por la regla de la fé, que no puede separarse de las reglas de las costumbres, busca la licencia de las acciones en la licencia de los pensamientos; él quiere dudar, y duda; él quiere á toda costa no creer; la soberanía de la fé le parece un despotismo de hierro, y su razon trabaja sin cesar en libertarse á sí misma. Él tendria un medio de curar su ceguedad con la fé, si su ceguedad no fuese incurable, y si en el fango de sus pasiones no estuviese apagado todo, inclusa la evidencia de los motivos de creer. Empero, la razon depravada tiene harto interés en sustraerse á los rayos de la fé, para que pudiera fijar sus ojos en un cuadro que la obligaria á arrodillarse delante de la razon divina. Este cuadro es el del mundo en tiempo de Tiberio, época en que nada ménos era menester que la intervencion de lo alto para establecer la Religion de un crucificado. ¿Esta revolucion no es un prodigio mas grande que la resurreccion de un muerto? La palabra que llama á la vida á un cadáver, es acaso tan maravillosa como la palabra que llamó al mundo á la verdad? El cie-

lo y la tierra estrechan, pues, por todas partes al incrédulo; mas él no escucha de la tierra sino sus placeres, y del cielo sino sus truenos, cuando no deberia escuchar sino los oráculos de la fé, contados por todos los tiempos, proclamados por todas las bocas, y sancionados por todas las virtudes! Yo confieso, en medio de mis lágrimas, que seria una injusticia no discernir entre lo que los incrédulos han publicado de bueno y de juicioso, y lo que han producido de erróneo y de dañoso. Nosotros los aplaudimos cuando llegan á ser, y á hablar, como verdaderos sábios. Esta es una rareza, pero muy apreciable, y en este caso, sus máximas, copiadas de nuestros libros santos, de los cuales no son sino ecos y plagiarios, sus máximas, repito, pertenecen, no á la sabiduría moderna, sino á la misma fé coeterna á su autor. No obstante es tambien una estricta obligacion de nuestro ministerio, un deber inviolable que hemos contraido, el perseguir con nuestro celo, y atraer con nuestras lágrimas á los enemigos de nuestra fé; comparar los principios tutelares de ésta, á los principios desorganizadores; oponer á los escritores predicadores de la mentira, los escritores predicadores de la verdad, tanto mas eminentemente útiles cuanto mas tenian de corazon que de ingenio, y

que habiendo llevado tan léjos el don del pensamiento, no aspiraron jamas á ser pensadores: muy diferentes en todo, de esos reformadores irreformables, que tanto abundan al presente; de esos hombres llenos de presuncion y de ignorancia que hubieran ~~arrojado~~ á nuestros antepasados mas lágrimas de las que yo vierto ahora; que los veo tan prontos á las revueltas como dóciles al yugo; que saben ser esclavos y no saben ser gobernados; que saben encorvar su cerviz bajo la vara de los tiranos demagogos, y no quieren la clemencia de los buenos reyes; que se arrodillan delante de los que valen algo por la mañana, y de los que valen algo por la tarde; que intrigan dentro de su nacion y fuera de ella. ¡Ay de mí! ¡Qué como puedo llorar los estragos de estos ejemplos y de estas lecciones prácticas de filosofía; no por eso puedo remediarlos! *Præcor cælestem regem: ut me dolentem nimium, faciat eos cernere.*

¡Ah! ¡No fueron así nuestros antepasados! La impiedad alaba á sus héroes: por ventura ¿su mérito está bien comprobado? Aquí conviene que yo interrumpa mi llanto para presentar á mis lectores dos retratos, copiados de sus originales estrangeros, que serán sin duda, mas elocuentes que mis lágrimas y mas capaces de infundirles aquel odio santo

de abominacion con que David aborrecia á sus enemigos, *perfecto odio oderam illos.*

RETRATO PRIMERO. »Un escritor in»comparable por su gloria y por sus es»cándalos, por la multitud de escritos, »y por la enormidad de sus errores, cu»ya larga vida no fue sino un dilatado »furor contra las instituciones mas ve»nerables; que nacido en un reino en »que treinta millones de almas adoraban »á Jesucristo, osó declararle la guerra, »y en su impiedad desenfrenada, eligió »el Santuario para campo de batalla; que »llevó sus espantosas conquistas hasta los »últimos límites del mal, invocando en »su auxilio la chocarrería obscena y la fic»cion burlesca; que removió toda la cor»rupcion del corazon humano para sacar »de él una ironía picante; que cubria de »barro hediondo la estatua de la liberta»dora de su pais, prostituyendo así in»gratamente la admirable facilidad que »habia recibido para un mejor uso; há»bil en muchos géneros de talento, pe»ro inferior á cada uno de aquellos que »no sobresalieron sino en uno solo; mo»ralizaba sin costumbres, dogmatizaba sin »mision, y retractaba por la mañana lo »que habia afirmado la noche antes; so»bresalia en materia de irreligion, en esa »terrible versatilidad, que no debia ser »sino el patrimonio de los ignorantes, en

»cuya escuela la juventud fascinada aprendia y aprende todavia á sacudir el yugo de toda obligacion, de todo respeto y de todo temor, á violar las reglas y olvidar los beneficios; ardiendo en celo por los derechos del hombre, desecaba todas las fuentes de la pública felicidad; novador por orgullo y por hábito, con un tacto delicado, despreciador de los talentos sólidos y modestos, exaltaba á veces á hombres que no podian recibir elogios sino de él, para dar á entender que él los recibia de todo el mundo; con la tradicion de las conveniencias, destilaba sin cesar sobre cuanto ennoblece nuestra naturaleza, el veneno corrosivo de sus ironías penetrantes; vil adulador de las gentes que tenian algun valimiento, y detractor mas vil todavia de los hombres de bien, adoctrinaba á los príncipes en el ateismo, y á las naciones en el menosprecio de la autoridad; calumniaba á la justicia con la trompeta de la *filantropía;* imponia tributos sobre todos los amores propios, que él acariciaba, y derramaba el ridículo sobre todas las probidades que tocaban alarma; asociaba á sus proyectos de destruccion la historia, la poesía, y el teatro; acogia en su gabinete á los falsos sabios de todas las provincias, y meditaba con ellos en los trasportes de su delirio el buen éxi-

»to de sus horribles *complost ;* blasfema-
»ba de la fé, y nunca mas elocuente
»que cuando le robaba á la fé sus rique-
»zas; estirpaba la virtud con sus inge-
»niosos apodos é insultantes sarcasmos,
»y dirigia sus crueles mordeduras á la raiz
»de las mas preciosas plantas sociales; lle-
»naba el mundo de esa correspondencia
»escrita con el fin depravado de disol-
»ver todos los vínculos y de invitar á
»todos los escesos; peste europea, *mor-*
»*bus filosophicus* que ha infestado hasta
»las chozas desheredadas por él, de las es-
»peranzas de una vida futura; verdade-
»ra epidemia, cuyos estragos han sido
»los de la peste; primer ministro de las
»potestades infernales, precursor de ese
»vil rebaño, que alistado bajo su ban-
»dera, trastornó despues toda su nacion;
»ensalada moderna, que quiso arrebatar-
»le su rayo al Dios, que él pintó con
»colores tan magníficos; hombre de una
»perversidad inaudita, que contaba sus
»triunfos por las calamidades de los de-
»mas hombres, sus delicias por las lá-
»grimas de la Iglesia Católica, los frutos
»de su *genio* por las desgracias del cris-
»tianismo, y cuyo deseo mas ardiente era
»sepultar nuestro sacerdocio bajo las rui-
»nas de nuestros templos, como si pa-
»ra trastornar un edificio de diez y ocho
»siglos, que sus fundadores cimentaron
»con su sangre, fuesen bastantes un odio

»fanático, unos libelos indecentes, unas »fórmulas risibles, y unas palabras fe»roces, símbolos de la ceguedad y del »crímen»....

Retrato segundo. »Un escritor cé»lebre, que pagó con paradojas la hos»pitalidad que recibió de una nacion apre»ciadora de todo género de pensadores, »tendia al mismo fin que aquel gran doc»tor de la incredulidad. Sin duda en un »siglo, en que todos tenian tanto gusto, »en que todos eran sensibles á los en»cantos de un estilo animado, melodio»so y pintoresco, en que las grandes obras »eran tan comunes, y los jueces tan se»veros, se advirtió desde luego el raro »talento con que él manejaba el instru»mento, el ascendiente que poseia sobre »sus lectores seducidos, y su profundo »conocimiento de todos los artificios de »la dialéctica; mas al mismo tiempo se »debian sentir sus defectos contagiosos, »de aquella pretension á los descubri»mientos mas trascendentales en órden »á la moral, oscurecidos por todos los »errores de aquella sutileza capciosa, cu»*yo* mérito está en la astucia de una ar»gumentacion que arrastra, y que cuan»do la cadena formada se encuentre in»terrumpida, se comience diestramente »otra; de ese tono doctoral, que deduce »sus consecuencias con la misma intre»pidez imponente de un razonador, cu-

»yos principios fuesen axiomas; de esa »imperturbabilidad caprichuda, que en»redada á veces en sus propios lazos, es la »red de sus mismos sofismas. Pero lo que »principalmente debió haberse castigado »con un anatema, era aquella Filosofía, »propia solamente para servir de cate»cismo á los facciosos, y de símbolo á »los incrédulos; era la audacia de las »novedades que no podia ser superada »sino por la impudencia de las blasfe»mias; era la castidad indignamente des»figurada, y la magestad de la revelacion »ultrajosamente abofeteada; era la ma»nia deplorable de sostener el *pro* y el »*contra*, lo verdadero y lo falso á un mis»mo tiempo, el olvido de todos los benefi»cios, y el colmo de todas las estravagan»cias; la demencia de creerse mas que un »hombre, porque era el ídolo querido de »todas las cabezas ardientes; el crímen de »dar á los esposos lecciones de adulterio, á »los jóvenes lecciones de libertinage, á »los desgraciados lecciones de suicidio. Lo »que debió tambien haberse observado »es que la sabiduría de aquel filósofo no »tenia influjo, sino como amiga de todas »las pasiones, y enemiga de todo lo que »las refrena; que no tenia crédito sino »entre los espíritus vanos, curiosos, é »inquietos; que tenia éxito como revo»lucion, porque no se dirigia sino á des»truir; que tenia impotencia manifiesta á

»dar á cualquiera cosa una base sólida; »que á sus ojos el bien era el mal, y el »mal un bien; que su Filosofía hasta »ahora mancha la imaginacion y falsifica »la inteligencia; que sus romances son »tan licenciosos, como engañosa su ló»gica; en fin, que es tanto mas peligro»sa, cuanto mas afecta *filantropía* y en»tónces exhala mas odio contra la igle»sia y sus ministros.» Ved ahí dos grandos patriarcas de la incredulidad; dos grandes maestros de esa Filosofía seductora de tantas almas incautas. Ved ahí dos de los grandes héroes tan aplaudidos de sus adeptos. Contemplad ahora los estragos que la doctrina de esos monstruos y sus prosélitos, ha causado en ambos mundos, y quiera el cielo que movidos de mis lágrimas digais: *ite oculi mei, lacrimas lacrimis miscere jubat.*

LLANTO SEGUNDO.

OSCURANTISMO.

¡Ay! ¡Se trata de ignorante al clero español!

¡Necios! ¿De qué oscurantismo hablais? ¿De qué ignorancia nos acusais? ¿Qué os proponeis enseñarnos? ¿Hablais por ventura del oscurantismo en que yacia el género humano antes que descendiera del cielo el único Maestro, capaz de disipar las tinieblas; de desterrar los errores, que en pena del pecado del primer hombre se habian difundido en todos los entendimientos humanos? Este oscurantismo comprendió á Sócrates, á Platon, á Aristóteles, á Ciceron, á Séneca, y á todos los filósofos y sabios de la antigüedad: este mismo oscurantismo se estendió despues de la venida de aquel Maestro Divino, á todos los que reusaron oir su voz, admitir su doctrina, y hacerse discípulos del que era la verdad misma, la vida y la luz, que ilumina

á todo hombre que viene á este mundo. Existe ese oscurantismo en los discípulos de Rousseau, de Voltaire, de Mirabeau; y los demas maestros vuestros; así como permanece y permanecerá hasta el fin del mundo, la luz que Jesucristo, nuestro Divino Maestro, comunicó á sus apóstoles, estos á sus sucesores, de quienes la recibió el clero español, del mismo modo que la han recibido los sacerdotes y cristianos católicos repartidos en toda la tierra, como condiscípulos de un mismo maestro, *unus est magister vester*, y poseedores de una misma doctrina, de una misma verdad, hijos de una misma madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, ovejas sumisas á un mismo pastor, vicario de Jesucristo, depositario de su doctrina, y propagador de la única luz, capaz de desterrar del mundo el oscurantismo.

Y ¿qué os proponeis enseñarnos? Ya era tiempo de que vuestras luces brillasen en España. ¡Ay! vuestros escritos, vuestros gritos, vuestros discursos, vuestros pliegos volantes, dan testimonio del verdadero oscurantismo en que os hallais sumergidos, y en que tonteando y dándoos unos contra otros, no acreditais esa sabiduría de que os preciais tanto, desde que dísteis principio á las reformas y á la regeneracion de vuestra patria, á quien mirais cubierta de tinieblas

nutrida de preocupaciones, esclavizada por el despotismo, empobrecida por su clero secular y regular, destituida de leyes convenientes, y de sabios capaces de formarlas. Pero si vosotros nada nos presentais que pueda probar vuestras luces frente á frente de nuestro oscurantismo; nosotros os vamos á esponer como en compendio nuestras enseñanzas, que probarán el vuestro.

Nosotros enseñamos que la unidad de la fé es el tipo de la unidad de la moral; que sin el cielo no se podria desenmarañar la tierra; que sin la fé, el remordimiento no es sino un monitor inútil; que solo por casualidad, un materialista no es tan vicioso en su conducta como en sus escritos; que al contrario, el discípulo de la Religion de Jesucristo posee el conocimiento de todos los principios, de todas las fidelidades, de todas las delicadezas; que la Religion no es ménos necesaria al hombre, que la raiz al árbol, el cimiento al edificio, el aire á la vida; que la Religion da á un mismo tiempo el ejemplo y los motivos, y que delante de los suyos, los principios, los ejemplos y motivos de la incrédula Filosofía, nada dejan en el corazon ni en el entendimiento.

Nosotros enseñamos que sin la Religion, nuestros pensamientos no tienen ese noble carácter que les da el pensa-

miento de aquel que es fuente de los buenos pensamientos. Así, por ejemplo, nosotros enseñamos la misericordia divina, que es nuestra primera necesidad, en este diálogo, cuyas espresiones son todas de la misma misericordia. Vos decis, ¡ó Dios mio!, que me perdonaréis, y que aun me habeis perdonado ya: *Remisisti iniquitatem peccati mei*; vos decis que no despreciaréis un corazon contrito y humillado: *Cor contritum et humilliatum non despicies*; vos decis que habeis echado todos mis pecados á vuestras espaldas: *Projecisti post tergum tuum peccata mea*. Vos lo decis, ¡ó Dios mio!, y yo lo creo, porque no solamente sois misericordioso, sino que tambien sois la verdad misma. Quitadme, pues, este peso cruel de mis estravíos; él es para mi corazon como una montaña que me oprime horriblemente. La misericordia divina va á responder. ¿Seria yo capaz de volver á abrir tus heridas cuando tú vienes á mí á que te las cure? ¿Tu Dios es capaz de confundir al pecador que recurre á su clemencia? Yo soy la vida, y solo el ingrato que persevera en su ingratitud es á quien yo doy la muerte con el soplo de mi boca. Yo no quiero que tú mueras del arrepentimiento que te he dado para que vivas. El arrepentimiento es el cuchillo que descarna la llaga, pero que impide qué ella sea mortal: mi

amor es el bálsamo que disminuye el dolor y preserva la corrupcion. No puedes concebir que yo pueda olvidar las antiguas y graves injurias que me has inferido; pero no te conviene comprenderlo: este es el secreto de mi bondad. No te está concedido saber cuán bueno soy yo, sino saber cuán frágil eres tú. Y yo ¿no he declarado mil veces á Israel que aun cuando sus vestidos estuviesen tan manchados como el color de la escarlata, yo los volveria tan blancos como la nieve? Este diálogo de David es de un estilo que la sabiduría moderna no podrá jamas imitar, porque es el estilo de la inspiracion.

Nosotros enseñamos que la Religion criada por esta misma misericordia, es la mejor maestra de las naciones y de los que las gobiernan; que ella sola cura las enfermedades de que adolece nuestra razon; que sin pactos ni alianzas ella se presenta, donde quiera que hay vicios, con la inflexible firmeza de sus mandamientos; que ella no permite escepcion alguna en las obligaciones que impone; que ella domina á todo el hombre y lo hace libre por la obediencia; que ella solamente lo humilla para exaltarlo; que ya es tiempo de abrazar la claridad de la doctrina de amor; de poseer en comun la misma verdad, y de abstenerse de forjar mentiras propias del oscuran

tismo; que no debemos pensar sea posible transigir con los enemigos de la luz divina ni poner fin á la terrible enfermedad que atormenta al género humano.

Nosotros enseñamos que sin una buena educacion se toca bien presto á aquellos dias irreformables de degradacion, de vergüenza y de desdicha, en que se vieron nuestros vecinos despues de haber desertado de sus creencias, renunciado á sus tradiciones, abandonado las huellas ten fuertemente impresas de sus antepasados; dias en que el entendimiento agotado en ideas reformadoras acabó por estinguirse en la licencia de sus escritos y de sus acciones.

Nosotros enseñamos que no hay buen gusto sin virtud; que la naturaleza ha establecido una afinidad secreta, pero real y verdadera, entre la grandeza del ingenio y la grandeza del alma, y que no hay sino un camino para apoderarse de lo bello y de lo bueno, el Evangelio; que no pertenece sino á las almas puras hablar de la Religion con valor y franqueza. Consagrar la memoria de los príncipes que la han protegido, de los sabios que la han defendido, de los héroes que se han sacrificado por ella; esponer el espíritu de las reglas, de las decisiones, de las prerogativas de la Iglesia; de publicar la infalibilidad de sus oráculos, la sublimidad de su moral, la perpetuidad

de su jurisdiccion; consignar con verdad sus guerras y sus victorias; descubrir las tramas de los novadores que han atacado á su fé con la heregía ó roto su unidad con el cisma.

Nosotros enseñamos que sin la Religion, la piedad de la filantropía filosófica es un instinto maquinal, el pudor una falsa vergüenza, y la amistad una reciprocidad de conveniencia; que sin la Religion la imaginacion queda desheredada de sus castas delicias, el sentimiento de sus piadosos misterios, la potestad de la veneracion de los pueblos, y los pueblos de la dicha de sus creencias hereditarias; que sin la Religion, todo queda sin encanto para el hombre; que cuando el cristiano desaparece, queda el salvage; que el trato con Dios hace el encanto de nuestros afectos; que todo enmudece para el incrédulo, á quien fatales seducciones han alejado de Dios; que sin la Religion las almas afectadas del influjo de la Filosofía incrédula, olvidan hasta los nombres mas sagrados; que sin la Religion las obligaciones son generalmente eludidas, y que sin ella los códigos mas sabios hablan á sordos.

Nosotros enseñamos que, con la Religion, el menosprecio de la vejez es uno de los mas tristes síntomas de nuestra época; que solamente con la Religion podrian volverse á ver esos dias de la ino-

cencia primitiva, en que la razon se complacia en atribuir el doble privilegio del sacerdocio y del mando á esos depositarios de la esperiencia, á esos representantes de lo pasado, á esas tradiciones vivientes, á quienes se consultaba con una respetuosa confianza. Nosotros enseñamos que solamente con la Religion pueden desaparecer de la tierra las innovaciones fatales, en que solo se cuida ganar á la juventud, porque ella es ardiente y activa, y porque el instinto de la curiosidad se presta fácilmente á las empresas, á las promesas, á los programas y á las mudanzas, á que, con dificultad, se acomoda el juicio tranquilo de la edad madura; que solo con la Religion pueden volver aquellos tiempos dichosos, en que los consejos de los ancianos eran órdenes, sus órdenes oráculos, y su imperio una necesidad; en que eran saludados con respeto los talentos y las virtudes amables, principalmente en su declinacion; en que se buscaban esas hermosas vejeces, coronadas con la gloria de una existencia sin tacha; en que se inclinaba la cabeza delante de esas frentes arrugadas, pero augustas, con el recuerdo de sus obras.

Nosotros enseñamos que no se debe temer que falte la Religion, sino que falten los estados que la abandonasen, porque apoyada en su fundador, de-

saña los esfuerzos de todos los perversos, y tiene en sí misma y de sí misma, la facultad de no renunciar jamas un artículo de sus ordenanzas ni un rincon de sus dominios; que como mas antigüa que las monarquías y que las repúblicas, no acabará sino despues de estas; que ella ha triunfado de todos los planes de destruccion, los mas astutamente combinados, y de los desastres que en ambos mundos le anuncian y preparan, y de las maquinaciones dirigidas á la abolicion de todo culto y de todo dogma. Nosotros enseñamos que el error no tiene sino un tiempo; que es en vano que la impiedad se lisonjee desterrar de la tierra la verdad; que nunca prevalecerá contra ella, y que quedará siempre un cristiano para anunciar á Dios sobre el sepulcro del último ateo.

Nosotros enseñamos que, apoyada sobre los siglos, la Religion marcha con ellos á la manera que una reina, cuya energía se redobla con los obstáculos, y cuyo territorio se dilata con las mismas guerras; que apoyada sobre aquel que ha hecho su imperio en el universo, sus vasallos á los reyes y sus súbditos á los pueblos, nada teme, nada desea, firme, inmutable, inalterable como Dios. Nosotros enseñamos que hay acontecimientos prósperos y adversos, ordenados por la sabiduría, que todo lo dispone;

pero que debemos huir de esos agitadores que no se detienen en sacrificar generaciones enteras á los sueños de su ambicion parricida, que fabrican cada dia en sus bituminosos cerebros nuevas utopías, pretendiendo arreglar el mundo entero, cuando quizá apenas llegan á la edad de la razon.

Nosotros enseñamos que se debe aborrecer la anarquía, porque ella es la ausencia de todo reposo; la licencia, porque es subversiva de toda seguridad; el perjurio, porque rompe todos los vínculos, y que es necesario buscar en lo pasado lecciones para lo presente.

Nosotros enseñamos á desconfiar de esos libros, en que los maestros aprenden á corromper á sus discípulos, y sus discípulos á despreciar á sus maestros; en que los criados se hacen aguerridos en su infidelidad, y los amos en su impiedad; en que los hijos se acostumbran á la ingratitud, y los padres á la indiferencia; de esas colecciones de bufonadas cínicas en que se divierte el hombre ocioso á espensas de las costumbres; en lugar de derramar lágrimas amargas sobre lo que estamos viendo cada dia; de esos indecentes repertorios, en que se deja ver que la libertad de la prensa, ó mas bien su abuso, es la plaga mas funesta y mas irremediable; que este abuso es cómplice de todas las des-

gracias y de todos los crímenes; que por él, una nacion llega á hacerse el oprobio y el terror de toda la tierra; de esas drogas envenenadas, para el uso de todas clases, que llevan la vida al comercio, y matan los estados; de esas fatales ediciones que se tiene atrevimiento de ofrecer al vicio triunfante y á la virtud consternada, como si el espíritu cristiano no valiese mucho mas que el espíritu mercantil; como si la verdadera ganancia de un pueblo, no consistiese en los principios sanos; como si fuese permitido especular sobre la verdadera desdicha; de esas producciones infames, en que sus autores mienten al mundo entero, mienten á la patria, cuyos fundamentos trastornan, mienten á los reyes, cuya magestad profanan, mienten á toda la sociedad, cuya caida preparan; de esos cenagales, cuyas aguas pútridas no exhalan sino un olor de muerte en lugar de esas fuentes vivas, á las cuales llegan á saciarse las almas mas sublimes y las almas mas sencillas; de esos archivos de locuras políticas, abiertos por colaboradores maléficos; en lugar de esos tesoros de la verdad, legados por los grandes hombres de los tiempos pasados, en quienes las virtudes y las luces estaban siempre aliadas, los ejemplos con las doctrinas y la dignidad de los pensamientos con la dignidad de las acciones;

muy diferentes de esos falsos predicadores de nuestros dias, cuyos nombres no se podrian citar sin recordar su conducta y sus errores, que no han hallado su celebridad sino en la bullanga y no han hecho ruido sino en nuestros desastres; de esos folletos, ¡ay! monumentos eternos de un odio furioso contra Jesucristo, cuyos autores trasforman nuestras dolencias en injurias, nuestras reclamaciones en calumnias, nuestra defensa en ataque, nuestro dolor en difamacion, nuestras lágrimas en fanatismo; de esos discursos en que se advierte borrada toda distancia entre lo sagrado y lo profano, entre lo justo y lo injusto, entre lo que es revelado y lo que es inventado, en que todo es opinion, el juramento, el perjurio, la propiedad, la Religion, Dios mismo. . . . .

Nosotros enseñamos á los que las circunstancias han enriquecido, y á los que esas mismas circunstancias han despojado, á que se abracen en el altar de la concordia, el cual atiende al uso de lo que los unos han ganado, y al sacrificio de lo que los otros han perdido. Nosotros enseñamos lo que es una monarquía, lo que es la aristocracia, lo que es la democracia, y lo que es la anarquía, lo que es gobierno y lo que es desgobierno. Nuestra doctrina sobre esta materia, es generalmente sabida, y

nosotros la fundamos en el testimonio de nuestro gran libro: *Et verum est testimonium ejus.*

Nosotros enseñamos que los guerreros no deben mezclarse en negocios estraños á su profesion, y que un sargento que arranca con amenazas un decreto, aboliendo un Estatuto, hiere en el corazon al cuerpo del estado. Nosotros enseñamos á los que gobiernan, que si la violencia *soldada* se acostumbra á burlarse de la autoridad que cede, jamas guardará el respeto á la autoridad que resiste. Nosotros enseñamos que es necesario resolverse á padecer mucho, donde se insulta y se desobedece á las potestades mas sublimes, donde se asesinan sacerdotes, donde el descuido escita á la desobediencia por concesiones mas peligrosas que la misma desobediencia. Nosotros enseñamos que en lugar de introducir la impiedad en la ley, es necesario que la ley sea planteada en la Religion; que en lugar de quitar á las pasiones la única cadena que las comprime, es necesario estrechársela; que en lugar de ampliar los privilegios de los pueblos, es necesario recordarles sus obligaciones; que en lugar de atizar la efervescencia de la juventud es necesario amortiguarla; que no deben ser oidas esas voces falaces, que inducen á transigir con un siglo corrompido en

costumbres y en doctrinas; que al contrario debemos oponerle al siglo doctrinas que lo repriman, doctrinas útiles y sanas, aunque ellas vengan de siglos atras; que ya era tiempo de premunirse contra ese fanatismo inaudito que se exalta por opiniones sin creencia, ó por creencias sin conviccion, contra esa fiebre lenta y continua de la indiferencia que mata los estados sin sentirse, contra esa peste de menospreciar todo lo religioso, gérmen fecundo de ruinas, contra esa nube de habladores y manchadores de papel, que infestan ambos hemisferios de nuestro globo, semejante á esa nube de insectos venenosos con que fué herido el Egipto; en fin, contra ese dogma terrible del ateismo, á que han dado acogida algunas almas tenebrosas, para adormecer con él los remordimientos.

Nosotros enseñamos que un escritor público es el alma del cuerpo social; y que nada iguala al poderoso influjo que él ejercita sobre el espíritu público; que sus libros son los que fijan la *opinion*, especie de máquina siempre movida por resortes estrangeros, y arrastrada indiferentemente al bien ó al mal, segun las intenciones de quien la dirige; que el escritor es responsable de las costumbres de su siglo ó mas bien que es cómplice de ellas; que su cargo lo

hace digno, así de la gloria como de la ignominia. Nosotros enseñamos que el hombre sabio, digno de este nombre y que aspira á una noble independencia, que no se somete sino á las leyes eterna de la virtud y de la justicia, no sirve ni debe servir sino á su Dios, á su rey y á su patria, servidumbre preciosa y noble, sin la cual no hay honor ni verdadera libertad; su vocacion es decir siempre la verdad, perseguir á los malos, y consolar á los buenos.

Nosotros enseñamos que hay ciertas cosas *adquiridas, sabidas, aprobadas,* que imponen por su santidad, que la antigua Roma confesaba bajo de nombres misteriosos, que la Asia creia que eran una participacion de la Divinidad, y que la Religion cristiana consagra como una emanacion del infinito poder de Dios, y que nosotros hemos respetado por largo tiempo, sin cuidarnos de darles otro título que el de nuestro amor, que salvan á las naciones de sus propios furores, y que seria preciso criar para la felicidad de los gobernados, si el cielo mismo no las hubiera revelado á su conciencia para la inviolabilidad de los gobernantes.

Nosotros enseñamos que la piedad es la mas firme garantía de nuestra suerte futura, que al cristiano no le quedan sino sus buenas obras cuando para él se cierra el tiempo y se le abre la eterni-

dad; que cuando él entra en los brazos de *la* muerte, está tambien en los brazos de la misericordia, que lo recalienta con sus promesas; que ya no piensa en el mundo sino por los escollos que ha superado y los naufragios que ha evitado; que no hallándose ya en el camino de las pretensiones, no pudiendo ya servir á nadie, y habiendo pasado, por decirlo así, al otro lado del rio, ya no tiene comunicacion con la rivera opuesta, recogido en la contemplacion de los atributos divinos no pertenece ya á la tierra, porque gusta anticipadas las delicias del cielo.

¡Ay! ¡Y á un ministerio, al que nada es estrangero, ni la tranquilidad de los estados, ni la conservacion del órden; ni el interes de las familias, ni el anatema contra los vicios que turban las sociedades, ni la apología de las virtudes que las mantienen; á un ministerio que provée á todo, que instruye á todos, que lo calma todo; á un ministerio que ha estado siempre en armonía con los buenos reyes, con los buenos gobiernos y con las buenas conciencias; á un ministerio que se ocupa igualmente de la infancia que de la vejez, de los grandes y de los pequeños, de lo presente y de lo porvenir; á un clero, cuyo número de sabios es innumerable, cuya doctrina, por ser la del Evangelio, no sufre oposicion;

á un clero, á quien quizá deben su ilustracion aquellos mismos que ahora lo insultan; á un ministerio, cuyos beneficios no se agotarán sino cuando la ruina del mundo haya desecado el torrente de los siglos; á un ministerio tal ¡se le trata de inútil y de ignorante, pues que el ignorante para nada es útil! ¡Españoles sensatos! ¡Cristianos viejos! Juzgad vosotros del oscurantismo de vuestro clero. Vosotros habeis oido de boca de vuestros representantes, cuando apénas comenzaban las reformas, decir ¿cómo ha de andar la educacion de la juventud si esta se halla entregada á los jesuitas? Vosotros habeis leido que si se les deja á los frailes enseñar, predicar y confesar, enseñarán lo que siempre han enseñado, y jamas se conseguirá ilustrar á los pueblos..... Vosotros habeis leido que el clero necesita ilustrarse, porque es necesario civilizar al cristianismo, y mil y mil sarcasmos é insultos hechos á los sacerdotes. Juzgad, pues, si esos sabios del siglo tienen razon para tratarnos de ignorantes. ¡Ay! ¡Dios mio! Yo soy el único ignorante, el único indigno entre los sacerdotes de tu Iglesia Católica, Apostólica, Romana. ¡Si yo soy quien ha deshonrado al estado eclesiástico, venga sobre mí toda la pena, que siempre será muy menor de la que me causa ver ultrajado y vilipendiado todo el cuerpo vene-

rable de los SS. sacerdotes tus ministros, tus operarios, apreciados como las niñas de tus ojos! ¡Filósofos impíos! Vuestras injurias no conseguirán irritarnos ni arrancar de nuestra boca ni de nuestra pluma injurias por injurias, baldones por baldones, ni asesinatos por asesinatos. Nosotros nos honramos de tener algo que ofrecer á nuestro divino ejemplar, algo en que imitar su paciencia y mansedumbre. Nosotros tenemos un vengador de los agravios que recibimos mientras militamos bajo sus banderas, y nos tendriamos por dichosos el dia que vosotros, en odio de su doctrina y de su fé, nos privaseis de la vida como nos privais del honor y de otros bienes que estimamos en nada, y que os cedemos gustosos con la esperanza de convenceros que nuestro oscurantismo puede mas que vuestras luces falsas é impotentes. *Græcorum sapientes eloquenter sciteque multa conscripserunt: sed fortassis usque dum viverent illorum sophismata fidem obtinuere: imo etiam ipsis adhuc vivis, mutuis concertationibus, et controversiis jactata sunt. Dei autem Filius, quod jure omnibus est admirabile, pauperrimo verborum apparatu quum doctrinas suas traderet, sophistas illos obscuravit, eorum abolevit dogmata, omnes ad se traxit. Ecclesias suas implevit.* S. Atanas. Lib. de Incarnatione Verbi.

LLANTO TERCERO.

¡Ay! Se desconoce la necesidad de la moral de Jesucristo.

¡Qué rara es en nuestros dias esa dicha de que hablaba David cuando decia: *felices aquellos que dirigidos por la ley del Señor, conservan su alma pura en los diferentes estados de la vida!* ¡Dias verdaderamente deplorables! ¡Tiempos que obligan á nuestro sacerdocio y á todo cristiano verdadero á derramar lágrimas sobre el descuido, la indiferencia, y la relajacion de tantas almas, las mas de ellas seducidas por la incrédula Filosofía, enemiga declarada de la moral de Jesucristo! ¡Tiempos deplorables, en que el mal reina en su mas alto grado, en que el amor desenfrenado del oro, la molicie con su sueño pérfido, la ambicion con sus bajezas, la licencia con sus escesos, luchan contra la ley del Señor, y pretenden hacer callar sus oráculos! ¡Tiempos en que se ocultan, tras la piedra de la cueva de sus intri-

gas tenebrosas, afiliaciones conspiradoras, cuyos movimientos son insurrecciones, cuyas palabras son un escándalo, y cuyo soplo es un incendio; tiempos en que el ángel esterminador parece que da vueltas al rededor de nuestro desgraciado globo, y no deja respirar á una nacion sino para que ella pueda herir á otra; en que se creeria que las naciones mismas cansadas de su existencia han jurado darse la muerte, desde que por toda la Europa y mas allá, se ven confundidos los escombros del edificio destruido con los materiales del edificio que quiere construirse!

¡Tiempos deplorables en que el abuso del talento embellece la obscenidad para hacerla popular; y en que el buril calumniador irrita las pasiones groseras con las imágenes que les ofrece á sus ojos; en que la moral de nuestros teatros tiene mas oyentes que la moral de nuestros templos, y en que las solemnidades del placer reemplazan á las solemnidades de la fé; tiempos en que el orgullo depravado al oir hablar de las glorias del cristianismo, aparta la cabeza, sonriéndose de lástima; en que resuena por todas partes el lenguage de la ignorancia que calumnia, del odio que persigue, y de la impiedad que dogmatiza; en que el insulto ocupa el lugar de la razon, y la mediocridad el del ingenio!

¡Tiempos deplorables, en que la autoridad no es ya sino un yugo incómodo, la independencia una justicia que reclaman los derechos del hombre; la sumision un tributo de la debilidad á la tiranía; el temor de la vida futura, una ansiedad pueril; el mundo el juguete de su autor! ¡Tiempos en que unos reformadores, nacidos ayer, que se acostaron á dormir pigmeos, y despertaron gigantes, aturden las cuatro partes del mundo con el ruido de sus descubrimientos, y con la importunidad de sus pretensiones; en que se intenta infringir sin pudor hasta la ley innata, esa ley, fundamento de todas las demas leyes, y la única que puede darles la estabilidad y *la* fuerza de sujetarnos á sus decisiones; esa ley, modelo de toda equidad, sin la cual las leyes de los mas hábiles legisladores, no serian mas que reglas inciertas y arbitrarias; esa ley que nada tiene que temer de la inconstancia de los sucesos, que ve mudarse todo en rededor de ella, y queda siempre la misma; esa ley que no es obra nuestra sino del Ser Eterno, Omnipotente y Sabio que gobierna el mundo; esa ley cuyos principios ha venido un Dios á desenvolver, y cuyos caractéres ha venido espresamente á renovar!

¡Tiempos deplorables en que la filosofía inconsecuente exalta la moral de

Jesucristo, al mismo tiempo que la ultraja con acusaciones odiosas é injustas; en que se recogen con el mayor respeto las miserables espigas de Séneca, de Epicteto y de Marco Aurelio, para oponerlas á las abundantes mieses de nuestros evangelistas, como si el Evangelio, por su fuente, no fuese muy superior, sin comparacion á aquella doctrina mezclada de errores; como si las máximas fecundas y usuales del Evangelio, tuviesen la menor semejanza con las máximas pomposas y estériles del Areópago; como si una crítica sana, ilustrada, imparcial, que balancease la moral cristiana, y las otras morales, no se viese obligada á confesar que por los prodigios de su venida, por los resultados de su influencia, por la simplicidad luminosa de sus parábolas, por la admirable estension de sus miras, todas las morales de la antigüedad reunidas han desaparecido delante de la nuestra, verdaderamente divina, y absolutamente necesaria!

Sí, necesaria: mis lágrimas acompañan á mi pregunta ¿qué era la tierra antes de nuestra moral? ¿O qué era la moral antes de la ley de gracia? Separada de la Religion la moral de la filósofía nada tenia de comun con la Religion, lo que demuestra su falsedad. Porque si el Dios á quien se adora, no es

el Soberano Doctor que ilumina, y si la moral que dirige á los adoradores no se apoya sino sobre una base puesta por la mano del hombre, ¡qué engaño mas funesto! ¡qué trastorno de ideas! ¡qué estraña contradiccion! Era, pues, necesario un código, en que cada uno pudiese leer de corrido que la Religion no solo es un deber particular, sino una obligacion general; que ella jamas duerme, que anima, sostiene, lo esplica todo, y que esa conexion íntima entre la Religion y la moral es la cualidad distintiva del cristianismo. Antes de nuestra ley de salud, el hombre habia alterado en sí mismo la imágen de Dios para acomodarla á sus pasiones; ó, por un desórden aun *mas* detestable, habia llevado su furor hasta borrarla enteramente. Todo parecia perdido sin recurso, y se podia creer que todo iba á entrar de nuevo en el caos. Era, pues, necesario que Dios mismo eligiese el momento para descender á la tierra *y conversar con el hombre*; que las antiguas tradiciones se reanimasen purificadas y santificadas, y que la sociedad, que ya estaba á punto de morir, volviese á recibir movimiento y vida.

¡Ay! Antes de nuestra moral el mundo habia caido en espesas tinieblas, sin esperanza de la luz. El vulgo, acostumbrado á las estravagancias del politeismo, adherido á las gigantescas apoteosis,

en que la locura elevaba á la clase de dioses á los conquistadores, que ni aun habian sido hombres, embaucado con las armoniosas ilusiones de sus poetas y las ilusiones metafísicas de sus filósofos, se abandonaba sin reflexion á los mas vergonzosos estravíos de su entendimiento y de su corazon: la flor de las naciones se abria camino á nuevas incursiones en las ciencias de la tierra, y no encontraba sino fantasmas. Era, pues, necesario un código que abriese sus ojos y los obligase á fijarse en las ciencias del cielo, llenas de realidad. Antes de nuestra ley de gracia, la esclavitud era la caridad pagana. Cuando no habia otro derecho de la guerra, que el derecho de esterminar, este era una indulgencia: era, pues, necesario un código que nos ordenase no ver sino hermanos en nuestros semejantes. Antes de nuestra ley de salud, el hombre se estimaba en tan poco que se le vendia á precio de plata, se le marcaba como á bestia, y el Rey de la naturaleza era confundido con los animales: era, pues necesario un código que abrogase este horrible tráfico y no le impusiese al hombre otros lazos que los del amor.

Antes de nuestra ley, esa Grecia tan culta, tan amiga de las artes, tan fina en sus gustos, tal como la vemos en sus historiadores, clavaba pueblos enteros á la estatua de su libertad: ¿qué digo yo?

ella degollaba á sus cautivos para acostumbrar á su juventud á derramar sangre: era, pues, necesaria una moral que enseñase á los gobernantes su verdadero interes, y á los gobernados su dignidad verdadera. Antes de nuestra ley de salud, la multitud no aspiraba sino á la quimera de la igualdad, que no es sino el peligro de la destruccion absoluta: era, pues, necesario un código que especificase con claridad, de parte del Criador, las relaciones qne debian existir entre las criaturas y sustituyese el poder que detiene á la violencia.

Antes de nuestra moral, las escuelas, en que los niños debian prepararse á todas las virtudes y á todas las verdades, no eran sino asilos de contagio y de mentira, en que el vicio y el error les entraban por todos los sentidos: era, pues, necesaria una moral que recordase á los maestros y á los discípulos que las aguas de un rio envenenado en su fuente, llevan la esterilidad á las márgenes que ellas debian cubrir de flores y de frutos. Antes de nuestra ley de salud y de gracia, el Egipto, que se deja entrever á lo léjos como una estatua medio cubierta, y que oculta en la profundidad de los tiempos su orígen oscuro, sus antigüedades dudosas, en fin, su Religion, examinados sus mas ilustres doctores, removidos los escombros, hasta

ahora famosos, de sus legislaciones, ¡ay! los objetos mas esenciales, los mas íntimamente ligados con nuestras necesidades, no eran sino cuestiones frívolas, destinadas á divertir su ociosidad: era, pues, necesario un código que los sacase de la vanidad de sus opiniones, que impusiese preceptos, y en lugar de sueños añadiese á su autoridad propia todo el peso de una autoridad divina.

Antes de nuestra ley de salud y de gracia, los mas alabados pensadores, no eran sino ciegos ó niños. La inmortalidad del alma contaba entre ellos partidarios y adversarios, igualmente encaprichados. No se osaba decir si todo acaba con nosotros, si nuestra alma es otra cosa que el juego de nuestros órganos, y si el mismo golpe que disuelve á estos, no destruye tambien al alma y la precipita en la nada: era, pues, necesario un código que aclarase el término á que nosotros debemos dirigirnos, el camino que conduce á él, el tribunal de un juez inexorable que nos espera allí con recompensas ó suplicios. Antes de la ley de gracia, la ciudad eterna, aquella antigua Roma, para la cual cada revez era un paso á su decadencia; que en su abatimiento, igual á su primera grandeza, engordaba una víctima para los tiranos, y una presa para los bárbaros; mientras que estaba apoyada en la rigi-

dez de sus leyes, ella habia crecido en medio de sus mismas desgracias; mientras que se mantuvo fuerte en sus instituciones, léjos de rendirse bajo la mano de sus enemigos, ella llegó á ser la señora de toda la tierra. Empero, despues que su política hizo callar á la justicia y su lujo á la sobriedad, ella se consumió y quedó inconocible bajo los golpes de sus tributarias, que habian puesto á cargo de la corrupcion el cuidado de servir á sus resentimientos: era, pues, necesario un código que destronase á la corrupcion, que intimase á los grandes no ser grandes sino para los pequeños, á los ricos no ser ricos sino para los pobres, á los guerreros no ser temibles sino á los enemigos del estado, á los gobernados ser un pueblo de súbditos fieles.

Antes de nuestra ley, habia leyes equívocas, flotantes, temporarias: el capricho las dictaba, y el miedo obedecia al capricho; pero el viento de las facciones borraba sus caractéres: era, pues, necesario un código venido del cielo, al cual todas las ciencias se viesen obligadas á obedecer, que perteneciese á todos los tiempos, cuya violacion fuese tan reprensible en los presentes, como peligrosa en los futuros, y que se reverenciase como el tipo necesario de todos los demas códigos. Antes de nuestra moral, yo no sé que luz fugitiva alumbraba en

medio de sus atontamientos á algunos hombres propios, segun mi parecer, para servir de línea entre la oscuridad y la luz, y conservar en el mundo y en medio de la gran noche en que vivian, ciertos rayos de la justicia primitiva; pero lo que el uno daba por verdadero, era despreciado por otro como absurdo; así que, poco acordes consigo mismos y con sus rivales, el uno negaba lo que el otro afirmaba: era, pues, necesario un código uniforme, constante, invariable, abierto á todos los que tuviesen ojos, que hablase á todos los que tuviesen orejas, que no dejase lugar á la sutileza, ni subterfugio á la disputa, ni pretesto alguno al imperio de los sentidos, con el cual se entendiesen todos entre sí como sobre un beneficio comun y un tesoro para el uso de todos. Antes de nuestra moral habia ejemplos pésimos que ofrecian ansa á unos y escusas á otros. Por honrar al cielo se deshonraba á la tierra; el delirio de la celebridad multiplicaba los crímenes, multiplicando las coronas; se premiaban con la primera de ellas los hurtos ingeniosos, y el esponer los niños recien-nacidos era mirado como una medida laudable; era, pues, necesario un código que le volviese á la inocencia sus derechos, á la union de los esposos su castidad, á la paternidad su potestad, á la probidad su delicadeza, que derrama-

se el oprobio, la amenaza, el anatema sobre los tráficos fraudulentos, sobre los latrocinios y sobre los sacrificios humanos.

Antes de la ley de salud y de gracia, la prostitucion tenia sus templos, sus ritos, sus adoradores, y los fatales pormenores de sus fiestas abominables, han manchado hasta los pinceles de la sátira: era, pues, necesario un código que proscribiese los templos, los ritos y los adoradores, que restituyese al pudor lo que le sirve de velo, y á la decencia lo que necesita para su salvaguardia, que aboliese hasta el nombre de esos espectáculos, que aun entónces eran reputados por tan infames que, para evitar la vergüenza y la confusion de haber tenido parte en ellos, intervenia para el secreto la pena de muerte. Antes de nuestra moral saludable, estaban fuera del dominio de toda moral los vicios, que carcomen sordamente la sociedad: era, pues, necesario un código que contuviese y espresase el motivo de todas las virtudes que la sociedad exige de sus miembros, y pudiese anunciar, con una confianza divina, que nunca seria desmentida, que todo poder indiferente á lo justo ó á lo injusto, corre á su perdicion, y que jamas habrá órden con la licencia, ni libertad con la anarquía. Antes de nuestra ley de salvacion, unas sectas contrarias entre sí reclamaban el de-

recho de la sabiduría para enseñar: en unas no habia sino una sabiduría mole, ociosa, voluptuosa: en otras una sabiduría cruel, inflexible, sin lágrimas y sin piedad: en la mayor parte las estravagancias del ciego destino, así en la prosperidad como en la adversidad: era, pues necesario un código que definiese los caractéres de la sabiduría, sus límites, sus temperamentos, que resistiese á la elocuencia de los oráculos, á la sutileza de los dialécticos, á la tiranía de las habitudes, y que indicase la mano oculta que todo lo gobierna. Antes de nuestra moral, habia ídolos del corazon que daban orígen á los siglos de los santuarios, y el culto de estos no era mas que el culto que las pasiones se discernian á sí mismas: era, pues, necesario un código que sembrase nuevas costumbres, nuevos documentos, nuevos móviles, que subyugase las almas mas grandes y sublimes y proporcionase su luz á las inteligencias mas humildes, obligando á unas y á otras á renunciar todo lo que sabian y todo lo que amaban.

En fin, era necesario un código que introdujese por medio de los sucesos mas rápidos entre las naciones mas rebeldes, por los instrumentos mas débiles en ciudades, que eran tambien instrumentos de las mas estrañas revoluciones, y por senderos los mas difíciles y mas distan-

tes del fin; un código que encontrase en todas partes atletas para defenderlo con sus lágrimas y sellarlo con su sangre; un código, en que la práctica fuese reina y la teoría vasalla; un código que reformase las preocupaciones arraigadas por la educacion, los abusos confirmados por el uso, las locuras sancionadas por el tiempo; un código que apareciese rodeado del esplendor de los milagros, de los tributos de la admiracion, y de los conciertos del reconocimiento, y este código es nuestro Evangelio. Tal era el mundo cuando Jesucristo llegó con su moral. Mas ¡ay! este código ya no se quiere; ya no es necesario, atendidas las luces del siglo. Ya son otros los tiempos, se dice: otras deben ser las costumbres, otra la moral. La de Jesucristo, si fué necesaria en un principio, ya no lo es. Debe enmendarse, segun los progresos de civilizacion y de ilustracion en que se hallan las naciones. ¿Y quien debe hacer esta reforma del Evangelio? Un Dios ¿no fué bastante sabio para formarlo? Y vosotros, miserables é ignorantes, ¿os atreveis á blasfemar de esta manera? Callad por un momento, y permitidme hablar cuanto me sugiera mi espíritu, *Tacete paulisper, ut loquar quodcumque mihi mens sugesserit* (Job. c. XIII.)

Otros tiempos, otras costumbres. Sin duda quereis decir que Dios, para

acomodarse á vuestras fantasías, debe dar nuevos oráculos de siglo en siglo, de año en año, de mes en mes, de dia en dia; quereis decir que la ley de Dios debe ser como vuestras modas y diversiones, cuyo encanto consiste en la variedad; quereis decir que la voluntad de Dios estaria sujeta á la vuestra, y que Dios déberia acomodar sus soberanas decisiones de santidad y de justicia, á las inconstancias de vuestro humor voluble: esto quiere decir que cuando en el órden físico una armonía constante une todas las partes que lo componen, y que el sol, que desde la creacion sigue como un niño dócil la ruta que el Criador le ha trazado, convendria en el órden moral que Dios, para satisfacer nuestros deseos, no exigiese ya de su criatura lo que antes le prescribia, porque nuevos tiempos deben traer nuevas costumbres. Como si las costumbres de los tiempos en que el cielo se poblaba de santos, no fuesen las únicas que pueden convenir á un cristiano, deseoso de las mismas recompensas.

Vosotros ¿quereis, por ventura, justificar los escándalos, que de dia en dia, van desolando el cristianismo y que nuestros padres no conocieron, porque esos escándalos son en el dia de hoy comunes á todos en toda edad, sexo y condicion? ¿quereis vosotros que ahora se permita desacreditar la reputacion agena, porque la

maledicencia se ha hecho general? Acabad de una vez de declarar que no quereis ya los dias hermosos de la primitiva Iglesia. Acabad de renunciar la ciencia de los caminos del Señor y de decir, *scientiam viarum tuarum nolumus*, mientras yo, redoblando mis lágrimas, esclamo con David, *Filii alieni mentiti sunt mihi, Filii alieni inveterati sunt et claudicaverunt a semitis suis*. ¡Necios! Como si el error, por estar mas propagado é inveterado, mudase de naturaleza; como si la verdad dependiese del capricho de los hombres para ser la verdad. La victoria de la verdad en nosotros y sobre nosotros, es nuestra propia victoria, pues que ella no puede vencer en nosotros y sobre nosotros, sino haciéndonos con ella victoriosos del error: yo añado que la verdad, considerada en sí misma, no siendo sino la idea que Dios tiene de todas las cosas, y el juicio que tiene de ellas, la verdad es eterna como Dios.

¡Otros tiempos, otras costumbres! ¿Se deberán estudiar ahora las obligaciones, que hacen fieles á los pueblos, en esas fuentes inmundas, en que la insipidez de sus formas y la licencia de su fondo retraen al hombre de juicio? ¿en que el uno usurpa el nombre de sabio y cree afirmarlo con jactancias; en que otro convida á la historia á que venga en socorro de su mala fé, vendiendo á precio

subido sus imposturas venales? ¿se estudiarán ahora los deberes que impone el código del Evangelio en esos indigestos volúmenes de la moderna ilustracion, por periódicos llenos de retazos podridos de una erudicion que desaparece al primer soplo? ¿se deben ahora aprender las virtudes, que hacen felices á los pueblos, en esos repertorios infectos, en que un hombre miente con la entera certidumbre de que no se le creerá, inventando lo que no halla, falsificando lo que encuentra, y gloriándose de los buenos sucesos de la infamia?

¡Ay! Lloremos el estado actual de las costumbres y la causa. La inmoralidad; esta grande calamidad de nuestros dias, es hija del soberbio menosprecio que se hace de las antiguas costumbres. Ella fué la que engendró en la Francia esa legion de falsos doctores, que apoderándose de su capital como de un pais de conquistas, lanzaron primero contra sus propios paisanos, y despues contra las naciones vecinas los tigres de su filantropía: ella la que ha adormecido todos los remordimientos, sofocado todos los escrúpulos, y removido todos los diques, la inmoralidad: la que ha hecho filósofas á todas las conciencias, y sustituido novedades capciosas á las leyes esperimentadas que se observaban por sentimiento

ella la que con sofismas, al uso de las pasiones, ha introducido ese scepticismo presuntuoso, cuyo efecto es conducir á peores estravíos que la ignorancia y envilecer lo que la sabiduria de los siglos habia consagrado. Ella la que ha formado la apología de todos los crímenes, y la difamacion de todos los deberes; quien ha dado jóvenes que no admiten reprension, y viejos encanecidos en el libertinage y corrupcion: ella la que ha procurado persuadir que la religion de nuestros padres, no es sino una vergonzosa supersticion, y el gobierno de nuestros reyes una esclavitud humillante: ella la que ha deprimido todas las clases, y ha mirado con desprecio el espíritu caballeresco, esa preciosa herencia de la gloria española. En fin, la inmoral filosofía ha llegado al esceso inaudito, increible y escandaloso, de tratar á los sacerdotes de *ulemas voluptuosos del nuevo mahometismo*: yo conservo el periódico en mi pecho, para rogar á Dios se digne abrirle los ojos al calumniador, y dar á mis hermanos y consacerdotes, fortaleza bastante para recibir con alegria este baldon, y otros mayores con que poder imitar á nuestro divino modelo; y á mí, lágrimas de sangre para llorar la inconsideracion de todos aquellos que lo han leido con risa, *væ vobis!* ¡Ay..! ¡ay! ¡ay! No; yo diré mejor

con Jacob: *Precor cœlestem Regem: ut me dolentem nimium, faciat eos cernere.*

La inmoral Filosofía, dirigiendo á sus fines sus escritos licenciosos, ha propinado á las almas sencillas la copa en que los maestros acababan de beber! De aquí el trastorno de ideas, las equivocaciones, los errores en materia de moral: en efecto, la moral cristiana propone por fundamentos de nuestras acciones, primero: *un ojo sencillo, es decir, una intencion recta y sincera en el obrar. Segundo: un deseo ardiente de hacer en la tierra, como se hace en el cielo, la voluntad del Supremo Legislador.* Ved ahí las bases inmutables de la moral de Jesucristo. Estas dos máximas estan inculcadas siempre en el Evangelio, proponiéndose como precisas y necesarias, para calificar de virtuosas las acciones humanas. Estas bases, pues, son muy de otro valor que las del *placer*, *el amor al placer*, y otras bajezas de esta clase prescritas por la Filosofía material: ellas tienen entre sí tan íntima conexion que por milagro se encontrará alguna en la doctrina de la incrédula Filosofía. Sin el ojo *sencillo* no se hace la voluntad del Supremo Legislador, enemigo por esencia de la ficcion y de la hipocresía. Sin el deseo de hacer esta voluntad cuando no sea imposible, se-

rá á lo ménos muy dificil tener la simplicidad del ojo, esto es, la *recta intencion*. Por este motivo son máscaras de virtud, cortezas y apariencias de virtud, las acciones que prescribe la Filosofía de los incrédulos. Les falta la *simplicidad del ojo*, porque les falta la relacion á la voluntad suprema, y se obra como si en el mundo no hubiese un Dios. ¡No se acuerdan de la Divinidad cuando era mas necesario tenerla presente! ¡Fortuna de los vicios! Encontrar la manera de hacerlos virtuosos. Tal es el secreto de la inmoral Filosofía. La moral cristiana, por el contrario, quiere que todas las cosas sean lo que deben ser y se llamen con su propio nombre como es justo. Esta apreciable cualidad del ojo sencillo (ó sea de la recta *intencion*) lo ha hecho amable aun entre los mas impíos y mas inmorales. La malignidad, opuesta á aquel ojo sencillo, hace aborrecible á todos, *el ojo nequam*. Aquel dá á las acciones humanas el valor y sustancia de virtud, aun en medio de las mas repugnantes apariencias; este no les comunica sino una esterioridad que las deja vacías de todo mérito: aquel las reviste y penetra de verdadera luz: este, á pesar de todos sus esfuerzos, las cubre de una negra oscuridad. No fué, pues, inútil sino necesaria la advertencia del Divino Maestro de nuestra moral, *si ocu-*

lus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum: (esto es, todo el cuerpo de todas las virtudes ó de todas las acciones virtuosas) *lucidum erit: si autem fuerit nequam.... tenebrosum erit*: esto es, serán obras de tinieblas y dignas de castigo todas aquellas que por desgracia hayan sido dirigidas de este ojo malo ó de esta intencion poco sincera. ¡Almas justas! Llorad conmigo el desprecio, el olvido, el poco caso que tantas almas hacen de estos fundamentos de nuestra moral.. ¡Cuántas lágrimas tendrán que derramar ellas cuando, á la luz de esta doctrina tan escencial y necesaria á todo cristiano, vean reducidas á nada esas *virtudes cívicas*, esa *filantropía*, todas esas acciones dictadas por el amor propio, por el deseo de la felicidad animal y terrena de la sociedad y por el *qué dirán!*

Presente, pues, la Filosofía á los ojos de nuestro Evangelio, un cuadro engañoso y malignamente pintado con colores finos ó falsos; un estudiado artificio entrelazado de ideas, en parte verdaderas y en parte erróneas; publique esos horribles principios, hermosamente adornados con palabras las mas espresivas y con frases las mas seductivas; vístalos con los mas preciosos adornos de la moda, con que se quiere hacer que cada cosa parezca filosóficamente y aun contra su propia naturaleza, buena y me-

ritoria; y emplee, en fin, toda la viveza de su ingenio en cubrirlos de un oropel de moralidad. Este arte de engañar hará, es verdad, que caigan en su lazo las almas de una vista turbada ó maligna; pero no engañará jamas la simplicidad del ojo cristiano y sinceramente cristiano. Antes bien, sus astucias dolosas no tardarán en ser descubiertas por mentirosas. Fatíguese la Filosofía cuanto quiera; la simplicidad cristiana jamas será turbada por aquel *decipimur specie recti.*

Con todo eso, yo lloro la ruina de muchas almas que por desgracia conozco, ó seducidas por los falsos principios, ó ilusas por su descuido en instruirse en una moral tan útil como necesaria hasta haber llegado por su ingratitud á una funesta indiferencia que las pierde.

LLANTO CUARTO.

¡Ay! Se niega ingratamente la utilidad de la moral de Jesucristo.

¡Qué cosa mas digna de lágrimas que hacer de un antídoto un veneno! Los mismos enemigos del cristianismo confiesan los servicios que la moral de Jesucristo ha hecho al mundo; mas por una parte si ellos confiesan que nuestra moral es admirablemente útil para nuestra felicidad, por otra se lamentan de los misterios y prodigios que á su vista la desfiguran y degradan: ¡ay! ¿cómo no ven ellos que sin los misterios y los prodigios consignados en el Evangelio, ya no habria en él ni ligazon, ni relacion, ni concordancia? ¿Se querria que en la obra de un hombre Dios no hubiese nada inesplicable, y que un libro destinado á confundir nuestra razon, fuese un libro que no la confundiese jamas? No: los prodigios y los misterios de nuestro Evangelio no comprometen en manera alguna su moral, puesto que ellos la ha-

cen lo que debe ser. Yo desconfiaria de los que nos la han trasmitido, si en ella hubiesen ménos cosas de que se quiere que yo desconfie. ¡Escrutadores de la Magestad del Altísimo! ¿El peso de su gloria no os oprime? ¿Enderredor de vosotros no es todo un misterio? ¿De qué os sirven vuestros estudios frívolos, sino podeis descubrirlos ni reconocerlos? Nuestro siglo como el pasado, no se ocupa sino en pulverizar la ciencia de los siglos antepasados: negad tambien vuestra existencia, porque no se os ha concedido descubrir su principio.

Por otra parte, ¿una ley por ser rica en misterios y prodigios está demas á las pasiones? Ese sentimiento de lo infinito que nace de esos mismos prodigios, lo ha grabado nuestra ley en el fondo de las almas; eleva al cristiano hasta la medida de la eternidad, y diviniza en cierta manera su ser. ¿Pensais vosotros que la espectacion de una recompensa sin límites y el temor de un castigo sin término nada añaden á vuestras cadenas sociales? Vosotros, digo, que no mirais al hombre sino dentro los límites del tiempo: la opinion, la vergüenza, el interes son vuestros agentes y vuestros resortes. ¿Y qué esperais de esto? Si hablais de conciencia, nada entendeis de ella. ¿Qué imperio es el suyo, cuando faltan la confianza y el terror? Cayendo el hom-

bre en esa indiferencia que le hace no temer ya las venganzas de la otra vida, cae tambien en esa temeridad que le hace mirar como un juego las censuras de la vida presente, y aquel que se declara por la impunidad futura obliga á creer que el castigo le es necesario. La inmortalidad es la gran motriz de la virtud. ¡Materialistas! ¿La intriga, la ambicion y el fraude, os han hecho ménos atrevidos? Dejadnos, pues, nuestras doctrinas patéticas, nuestras promesas interesantes y nuestras perspectivas fecundas en buenas obras: dejadnos gozar de los beneficios de nuestra moral: dejadnos contemplar esta tierra ingrata, en que las rivalidades son tan bajas, las alegrías tan cortas, y las melancolías y amarguras tan largas; esta tierra, en que muchas veces se adquiere la nombradía con crímenes, y el desamparo con las buenas acciones. Nosotros no tenemos necesidad de vosotros para ser resignados en la mala fortuna, generosos en la buena y compasivos con el pobre. Con ~~nuestros~~ vuestros escritos en la mano iremos nosotros á curar esos enfermos, á alimentar esos hambrientos, á vestir esos huerfanitos que vuestra Filosofía ha multiplicado sobre la tierra. ¿Qué digo yo? ¡Vuestros escritos! ¡Ay! ¡Qué lágrimas han hecho correr ellos sin haber enjugado una sola!

¿Y cuál seria la utilidad, cuál el bene-

ficio de la ley de Jesucristo, si ella no se diferenciase de la humana? ¿La ley humana tiene las recompensas adecuadas á la virtud y penas proporcionadas á todo vicio? Yo veo en todas las naciones magistrados establecidos para perseguir los delitos, tribunales competentes para juzgarlos, y cadalsos levantados para castigarlos; pero la ley humana no es tan activa y solícita para recompensar. ¿Qué precio seria digno de la virtud? Sus recompensas recaerian solamente sobre las acciones brillantes y ruidosas, bien recompensadas casi siempre con su mismo ruido, y las virtudes modestas, las mas deseables de todas, no llegarian jamas á obtener las distinciones del mérito sólido. Todavía, si los castigos que la ley humana impone, ¡tuviesen el poder de destruir el vicio! Pero no tienen el necesario. La ley humana detiene el brazo del vicio y del criminal, pero le deja en el corazon toda su malicia. Ella no ejercita sus rigores sino contra lo que es ostensiblemente atentatorio á la sociedad, y no reprime todo lo que se opone á la honestidad. En la justicia de Dios es donde está la seguridad de las naciones, porque ellas existen por esta justicia y con ella se conservan. Imagínese, si se quiere, una nacion cuya moral no tenga otro apoyo que la ley humana; ¡qué infeliz seria! ¿La ley humana seria jamas bastan-

te sabia y previsora para reemplazar á la ley religiosa? Donde no hubiese sino la ley humana, no habria sino una moral sin energía. ¿Y quién sostendrá entónces las costumbres, que son mucho mas útiles para mantener el órden que todos los reglamentos, porque las costumbres pueden á veces suplir las leyes, y jamas ser suplidas por estas? Donde no hubiese mas que la ley humana, ¡en cuántas ocasiones no seria eludida por los respetos humanos y por la riqueza? ¿cuántos grandes y poderosos no se han hecho temibles á los depositarios de la autoridad? ¡cuántos pesos estrangeros inclinarian la balanza Donde no hubiera sino la ley humana, ¿cómo se contendrian las pasiones siempre prontas á sublevarse? La ley humana, en este caso y en el sentido en que yo hablo, no es mas que un tajamar opuesto á un rio: él detendrá las piedras que este arrastra; pero cuando ellas se hayan amontonado, acabarán por arrastrar la barrera puesta para detenerlas. Al contrario, la ley divina es un dique insuperable que resiste con su fuerza interna los continuos golpes de las aguas sediciosas: ¡es el mandato impuesto á las olas del mar, de detenerse en la línea trazada por la mano Omnipotente y de no pasar mas allá! Pero ¡ay! ¡á qué grado de indiferencia han llegado los hombres! ¡O legisladores! Volvedle á la

ley su carácter, y á la Religion su autoridad: poned la sociedad humana en armonía con Dios y con vosotros. Si ella tiene una Religion, que no sea menospreciada: si tiene una ley, que esta lleve el sello de Dios, único soberano que puede encadenar las conciencias.

¡Ay de mí! ¡Yo lloro sin consuelo, porque en lugar de disputarle á la Religion sus privilegios y de tratarla como enemiga, no se le da en muchas naciones el lugar y los derechos que la verdad y la mas antigua posesion le fijaron para siempre! que en lugar de enseñar la bienaventuranza animal y terrena de la sociedad, se reconociese en la Religion el fundamento de la verdadera felicidad, el móvil de la obediencia, el garante de la concordia, el lazo de todos los miembros del cuerpo político. Lloro el que no esten convencidos los políticos de que el reino de las luces no es por eso el reino de las buenas acciones, y que el freno de las leyes humanas no basta, donde cada dia se rompe el freno de la Religion. Lloro ver que muchas almas no estan seguras en que el mundo no ha sido obra del acaso, que su Criador y gobernador es Dios, quien no cesa de tener los ojos abiertos sobre la obra de sus manos; que esta vida no es mas que una peregrinacion, y que la patria está en la otra. Lloro el olvi-

do de muchos acerca de la eternidad, y que á sola la Religion pertenece enseñar las máximas capitales de que depende, la estabilidad de los estados; que para reformar una nacion corrompida se necesitan virtudes diarias y comunes, virtudes que no esciten el entusiasmo sino que hagan felices á los pueblos; virtudes, por las cuales los reinos florezcan, prosperen y duren. Lloro que muchos ignoren ó finjan ignorar que las virtudes puramente cívicas, sin la Religion, no son sino movimientos efímeros ó pasageros, que momentáneamente atraen las miradas de los hombres; que se alimentan de la alabanza, pero que espiran desde que les faltan panegiristas ó testigos.

¡Ah! Con nuestra moral el cristiano participa, en cierta manera, de la grandeza de aquel de quien es imágen y gusta, en la cooperacion á sus gracias, las dulces primicias de la felicidad que le aguarda. Todas sus obras exhalan un perfume esquisito de inocencia, y la vista sola del cielo lo mantiene en una especie de rapto; no pasa un instante sin meditar una buena accion, sin gustar una pia afeccion, sin gozar de una nueva inspiracion que le pone en comercio con su autor, ni movimiento sublime que no sea familiar á su corazon. Si se le presenta un sacrificio, salta de alegria. El

debe esta elevacion á la ley de su creencia, elevacion tanto mas magnánima cuanto es mas sencilla su piedad para con sus prógimos, su disposicion á inmolarse por el bien de otros, su renuncia de todos los placeres, porque no estima sino el placer de hacer bien, su total abnegacion, única fuente de todo lo amable, tierno ó precioso en nuestro destierro: su frente resplandece con la esperanza, y sus ojos brillan de antemano con la gloria que le está asegurada: la ley de su Dios es una lámpara inestinguible, que luce en su conciencia para alumbrarle toda su vida, y cuya claridad en vano intentarian ofuscar ni debilitar las sombras mas envidiosas.

Con todo eso ¡ay de mí! se trata de combatir y de poner en duda la utilidad de la ley de Jesucristo! Si Jesucristo mandó á los vientos, ¿su ley no manda tambien á los vicios? Si él volvió la vista á los ciegos, el oido á los sordos, la palabra á los mudos, ¿su ley no da tambien á los espíritus su rectitud, á las almas su nobleza, y á los corazones su pureza? Y si no es divina, ¿qué vendrá á ser esa moral, con su orígen, que todo lo demuestra, y su fuerza que nada la debilita; esa moral, que, en medio de nosotros ha criado un nuevo cielo y una nueva tierra? *Vox Domini in virtute et magnificentia.* ¿Qué cosa es esa moral

que, como soberana de las pasiones, señala el puerto de salvamento á los tristes juguetes de sus tempestades? *Vox Domini super aquas.* ¿Qué es esa moral que, resonando á lo léjos, humilla los cedros del Líbano, destruye los edificios del orgullo y trastorna las fortunas que parecian eternas? *Vox Domini confringentis cedros.* ¿Qué moral de fuego es esa que por todas partes enciende las llamas de la verdadera caridad, consume las inclinaciones perniciosas y reduce á cenizas los ídolos de la voluptad? *Vox Domini intercidentis flammam ignis.* ¿Qué moral es esa tan rápida en su carrera, á quien nada impide, y que engendra para la verdad, conquista para la justicia, y guarda para la perseverancia? *Vox Domini præparantis cervos.* ¿Qué moral es esa que truena y conmueve los desiertos, triunfa de aquellos mismos en cuyo seno no hay cultivo alguno ni semilla que haya producido jamas sino mala yerba? *Vox Domini concutientis desertum.* No es otra que la moral de Jesucristo que haria bajar el cielo á la tierra si los hombres quisieran, observándola, consentir en ser verdaderamente felices. Porque ella goza esclusivamente de una ventaja que jamas se la podrá arrebatar: la ventaja, digo, de sus resultados; y los sofistas á quienes haya quedado todavia algun pudor, se aver-

gonzarian de negárselos; pero ellos encuentran en su misma perfeccion pretestos para debilitar su conviccion. La moral de Jesucristo, dicen ellos, es muy superior á nuestras fuerzas; es una bella teoría, una especulacion digna de nuestros homenages. Esta tacha conviene mejor á las lecciones de su pretendida sabiduría; sabiduría que no es ni una bella teoría, ni una especulacion digna de nuestros homenages. Tales son, sin embargo, esos graves preceptores de las naciones y de los reyes, esos apóstoles sin autoridad y sin mision, sin títulos para ser oidos, y sin milagros para ser creidos. Se admira por un momento su elocuencia, que se agota en discursos forzados acerca de la virtud; pero que no son sino charlatanes que divierten, y no maestros que persuaden, y aun cuando su sabiduría nos ofreciera, lo que no hace un cuerpo de moral bien reflexionado; aun cuando esos maestros encargados de propagar esa doctrina tuvieran, y no tienen para llenar su ministerio, una vida exenta de defectos y aun de crímenes; ellos nunca recogerian fruto alguno de su empresa, ni serian ménos sospechosos de impostores, y nadie querria seguir sus huellas, antes bien á sus jactancias se les podria responder: ¡cómo! vosotros exigis que yo abandone un bien presente sin indemnizacion para lo

venidero; vosotros no veis, vosotros no esperais, vosotros no prometeis nada consolante para despues de la muerte; no habrá, pues, para mí mas sabiduría verdadera que la de gozar tranquilamente de lo que poseo; yo no quiero ni vuestras dudas que enervan vuestros mismos pretestos, ni vuestras fluctuaciones que retraen la voluntad, ni vuestras arengas pomposas que no son sino campanas que llaman á la Iglesia y se quedan fuera de ella.

Yo lloro la ingratitud de los que no reconocen la utilidad de la moral de Jesucristo, que reune en el grado mas eminente todo lo que falta á los códigos nuevos con que el furor de escribir ha inundado los dos hemisferios en un siglo el mas fecundo y el mas estéril á un mismo tiempo. Lloro que no se acabe de reconocer que el Legislador de los cristianos no es un hombre rodeado de tinieblas que habla en la oscuridad de las escuelas; que él comenzó su apostolado sobre la cima de las montañas, como para denotar que era la sabiduría en persona la que venia de lo alto á instalar en cierta manera una escuela pública, cuyo auditorio fuese el universo, y á dictar reglas sin incertidumbre, máximas sin énfasis, y oráculos sin ambigüedad; á descubrir las maravillas de la vida futura; á manifestar un órden diferente, una nue-

va economía de compensaciones con que pagar á la virtud sus afrentas y al vicio sus honores; finalmente, á asegurarnos que cuando nos veamos sorprendidos sobre la cama del dolor y se nos indique la hora de partir, entónces su Religion nos tomará por la mano, sostendrá nuestros pasos vacilantes y nos dirigirá hácia la eternidad.

¡Cristianos! Que mis lágrimas puedan persuadiros que el gran principio de nuestra moral es que solo Dios puede ser el bien sumo, infinito, eterno, inconmutable, único del hombre; y si el hombre no tiene necesidad sino de Dios para ser feliz, ¿qué le importan las criaturas? En el cristiano fiel á su ley ¡qué santa independencia! ¡qué intrepidez sin orgullo! ¡Qué grande es aquel á quien Dios le basta y que puede hablar á su enemigo en un tono y un lenguage verdaderamente envidiable; yo no temo ni tus amenazas, ni tu cólera; mi tesoro está asegurado, un brazo mas fuerte que el tuyo vela sobre él.... y este lenguage, que tiene justificado con sus obras, lo toma de su odio vigoroso á la pusilanimidad que acobarda en los combates del espíritu. Por estos rasgos tan admirables, ¿quién no reconocerá la mano que los ha formado? En los códigos humanos no se encuentran sino lecciones esparcidas, incoherentes, diminutas; en

nuestro código hay lecciones cuya perfeccion es sobrehumana, de suerte que Jesucristo se deja ver Dios por ellas, y ellas divinas por él. Solamente hombres perversos podrán no ser de nuestro dictámen y calumniar los beneficios de nuestra moral, *mavult quilibet improbus execrari legem quam emendare vitam, mavult præcepta odisse quam vitia.*

Confesemos que la Religion y su moral son el apoyo indispensable de las habitudes saludables que conservan los estados. Si se intenta trastornar estas dos bases esenciales de la felicidad pública; si el juramento de mantenerlas firmes no está escrito en los corazones todo es perdido; pero ¿cuál es el amigo verdadero de su patria y amante sincero de su felicidad, que no daria su brazo por sostener los fundamentos del edificio, bajo del cual reposa? Todo me asegura, y yo con lágrimas de reconocimiento á nuestra benéfica moral me lo prometo; todo me asegura que así lo hará cualquiera que ofrece á Dios una piedad siempre sincera, y á sus prógimos una bondad siempre operosa. El respeto á la justicia, el perdon de las injurias, el deseo de servir á otros, olvidándose de sí mismo, las atenciones oficiosas, el cuidado de no disgustar á nadie, y sobre todo, el amor al rey y á su patria; ved ahí el hombre del cristianismo. Su única pasion es

la virtud; la virtud que es la única que permanece; la virtud ansiosa de reparar el mal, cayendo á veces, pero siempre volviendo á levantarse; la virtud que encuentra en sí misma el precio de sus sacrificios; que nunca aspira á vergonzosas celebridades; que vierte lágrimas sobre sus enemigos cuando es mas odiada de ellos. En fin, la única ambicion del hombre virtuoso es la de no ser reprensible; su estudio es comparar los bienes inseparables de la exacta observancia de sus leyes con los males que la ausencia de nuestra moral trae consigo.

¡Ay de mí! Yo lloro aquellos tiempos y aquellos paises, en que se amaba á su Dios, á su rey, á su pastor, á su familia; en que el apego entrañable á las sanas creencias, la instruccion del catecismo, de las costumbres patriarcales, la probidad, el cariño para con los hijos que oian hablar de Jesucristo desde la cuna, eran todo el cristiano; en que se ignoraba esa indocilidad de nuestros dias, que nada quiere sufrir, ese lujo que todo lo devora, y esa impiedad que lo emponzoña todo; en que se estaba convencido de que la prosperidad general se compone de los sentimientos honestos, de los pensamientos honrados y de la concordia de la ciencia con la moral. Con nuestra moral ¡qué dulzura en el comercio de la vida! ¡qué seguridad en los ne-

gocios! ¡qué desinteres en los empleos! Con nuestra moral los grandes serian moderados en medio de las delicias, los ricos compasivos en el seno de la abundancia, los enfermos pacientes en el lecho del dolor. La inocencia habitaria en los campos y la seguridad en las ciudades. Con nuestra moral no se oirian ya ni los malignos clamores de la detraccion, ni el ruido importuno de cadenas, ni las jactancias de la innoble audacia. Con nuestra moral no habria otra táctica que la de calmar en lugar de irritar, reunir en lugar de desunir, y de apagar en lugar de atizar.

Con nuestra moral, en ninguna parte del mundo se emplearian, para volver á levantar el edificio social, aquellos mismos que en otros tiempos eran alabados de haberlo destruido; los arquitectos renunciarian el arte de remover las pasiones para hacer de ellas el cimiento de nuevas reformas; la traicion ó la impericia no serian ya buenos instrumentos para ello; se convendria, en fin, en que nada estable puede crearse con semejantes materiales, ni se oiria cierto ruido confuso de palabras impostoras, diarias y semanales, que significan impiedad, revolucion, anarquía, palabras peligrosas que minan el estado sordamente, friamente y metódicamente.

¡Cómo pueden leerse sin lágrimas e-

las proposiciones, sembradas en los periódicos libres de nuestros dias, que *no hay mas gobierno verdadero que el gobierno en que manda la filosofía y en que se vive sin temor de castigos?* (Debia añadirse) *ni esperanza de premios: que el derecho que tienen los pueblos para ser felices viene de la sancion de la naturaleza, sin cuya adoracion y respeto se desploman los estados:* y mil y mil otras absurdidades escandalosas bebidas en la fuente inmunda de la incrédula Filosofía. Pero cuando se quiere que la Filosofía gobierne, es preciso confundirlo todo para alucinar á los ignorantes y hacer adeptos á quienes dominar con verdadero despotismo.

Con nuestra moral estos escritores se avergonzarian de aspirar al nombre honroso de escritores, porque el que es digno de este nombre con nuestra moral, no buscaria una gloria vana, y sin embargo la estimacion pública proclamaria sus trabajos, se gustaria de su libro y se amaria á su autor. ¡Qué sabiduría en sus palabras! ¡Qué celo por la virtud! ¡Qué tono de candor y de simplicidad! ¡Lleno de confianza en sus lectores, en medio de ser severo consigo mismo, él se entrega á cuantos lo leen con tan buena fé, como el bien que les desea! ¡No desea sufragios para sí, sino para las sanas doctrinas! Jamas usa de un lengua-

ge pomposo é imponente, y mucho ménos pedante; jamas trata de alucinar y de embrollar, mezclando principios falsos con los verdaderos; su fuerza consiste en su razon sometida á la fé; no pretende arrastrar sino persuadir, no quiere seducir sino instruir. Él no aspira á una fama brillante; su único deseo es que el fruto de sus vigilias sea durable, como era pura su intencion. Él sabe que el error puede conseguir un triunfo pasagero cuando tiene por auxiliar al talento, pero que el error no conserva por mucho tiempo sus conquistas; sabe, en fin, que se puede subyugar á la imaginacion, pero que la moral al instante advierte á la conciencia, asilo incorruptible de la verdad.

¡O sana moral de Jesucristo! A vos me dirijo con lágrimas de reconocimiento, de admiracion y de fé! ¡Vos, no solamente fuisteis necesaria en los primeros dias del cristianismo; no solamente fuisteis útil en las épocas pasadas, sino que tambien sois propicia en todas las circunstancias de la vida! Vos sois la dicha de la infancia, en esa edad en que el mundo todavía es nada para nosotros; vos le anunciais á nuestro corazon los derechos que teneis sobre él; vos lo ganais con el imperio de vuestros encantos, y el conocimiento de sí mismo es el fruto de vuestras primeras lecciones.

Vos sois la dicha de la juventud; en esa edad de las borrascas y de los uracanes, en que la impetuosidad de las pasiones abre mil precipicios bajo de nuestros pasos; ella bebe en vuestra fuente la prudencia, el valor y la victoria; vos sois la dicha de la mayor edad; vos le inculcais la ciencia mas ventajosa y mas digna de retenerse en la memoria, á saber: que no se hacen buenas obras sino con buenos principios; que el oro no da la felicidad sino el uso que de él se hace; que la codicia todo lo marchita, todo lo endurece, todo lo ensucia. Vos sois la dicha de la vejez: en ese triste período en que los demas hombres son pesados para ella, y en que ella es pesada para otros; vos hermoseais la declinacion de la vida y estendeis una luz dulce y apasible sobre la noche de nuestra existencia. Con vos un viejo, al fin de su carrera, rodeado de una rica cosecha de méritos y de esperanzas, no aguarda sino la hora de poderla trasportar á los graneros del gran padre de familias. ¡O santa moral de Jesucristo! Vos haceis felices en el lazo conyugal, y felices en el celibato; felices en la soledad y felices en el mundo; felices en la opulencia y felices en la pobreza; felices en las chozas y felices en los palacios. Vos haceis felices á los que lloran, y anunciais lágrimas eternas á los que rien.

LLANTO QUINTO.

¡Ay! ¡Se pretende ser católico con esclusion del artículo IX *del símbolo de los apóstoles!*

¡Cada dia la incrédula Filosofía abre á mis ojos nuevas fuentes de lágrimas, como abre bajo de nuestros pies nuevos precipicios! Un sabio escritor frances, un poeta singular en su género por su lira mágica, muy conocido y aplaudido por sus *armonías cristianas*, que andan en manos de todos, y en especial en las de ciertos jóvenes consagrados á los inocentes encantos de la poesía, acaba de dar á luz en elegante prosa, un opúsculo que lleva por título *La Política racional.* Su escopo es persuadir á su nacion á que adopte un sistema de gobierno que tenga por base la moral cristiana, *(laudo vos)* y despues de hacer un grande elogio á esta moral, en la página 111, que yo quisiera poder borrar con mis lágrimas, dice lo siguiente.

»Mas permitidme aquí una adver-

»tencia: por este reinado futuro y per»fecto del cristianismo racional, no en»tiendo ese reinado material del cristia»nismo, ese imperio palpable y universal »del principio católico que ha de pre»dominar de hecho sobre todos los po»deres políticos, y esclavizar al mundo »á la verdad religiosa, desmintiendo de »esta manera la sublime palabra de su »autor: *Mi reino no es de este mundo.* »Jamas ha obtenido mi aprobacion esta »doctrina de política religiosa realizada »en las formas sociales, doctrina que al»gunos hombres piadosos y sabios pre»tenden resucitar: esto seria buscar en »un misticismo coronado, en una teo»cracia póstuma, en una aristocracia sa»cerdotal, un principio y una regla del »poder humano, que no existiria sino á »merced del despotismo ó de la aristo»cracia política. La verdad misma no »debe manifestarse ni imponerse por for»mas de dominacion material, porque »sus agentes siempre serian hombres, y »los hombres alteran ó corrompen cuan»to tocan con manos de hombres, y la »libertad de los hijos de Dios se con»vertiria en una degradante tiranía. La »palabra y la libertad son las únicas »formas de manifestacion y de impe»rio de la verdad religiosa, colocada »frente á frente de la verdad social y po»lítica. La conviccion es el único yugo

»de los corazones, y de las inteligen-»cias. Este será el único imperio de la »verdad cristiana, el único yugo que »llevaremos todos con libertad y amor »cuando el tronco inmortal del cristia-»nismo, que renueva sus ramas y follage »segun las necesidades y tiempos, ha-»ya producido, y para nuestra felicidad »multiplicado, sus postrimeros frutos.»

Hagamos un ligero analisis de estas armonías políticas con que este ilustre escritor *cristiano* protesta solemnemente contra el artículo IX del símbolo de los apóstoles. Él jamas ha dado su ascenso ú aprobacion al estatuto divino, que le dió á la Iglesia su fundador y legislador, infinitamente sabio. Él jamas ha dado su ascenso á los dotes y prerrogativas de la iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica, Romana, Visible, Infalible, Indestructible hasta la consumacion de los siglos. Nunca le ha merecido su aprobación el principio católico del gobierno universal de Jesucristo como cabeza invisible de su cuerpo místico, repartido visible y palpablemente por toda la tierra, y el de su vicario, cabeza visible de este mismo cuerpo. Él entiende como los demas sofistas, enemigos de la Iglesia, que la potestad de esta en todo el mundo, contradice á su fundador el Hombre Dios, que dijo: *Mi reino no es de este mundo*, esto es, mi

reino no me viene de este mundo, sino de mí mismo: mi reino no ofrece que recelar á los otros reyes de este mundo. Él se mofa del pastor supremo, cuyo gobierno es monárquico, á que da el nombre de misticismo coronado. Se burla de los obispos y pastores de la Iglesia como de una aristocracia formada revolucionariamente despues de la muerte del fundador de la Iglesia. Él llama poder humano y despótico ó aristocrático la potestad del sumo pontífice y su primado de jurisdiccion. Él niega las formas visibles del ejercicio de esta misma jurisdiccion, y no quiere ministros del culto ~~eterno~~ externo y de los sacramentos, porque siendo estos hombres alterarian y corromperian con sus manos de hombres todo aquello para que su divino legislador los destinó y consagró; él cree impropio de la libertad de hijos de Dios sujetarse á nuestro sacerdocio que trata de tiranía degradante. Él no quiere culto público, ni reconoce eficacidad en el ejemplo de la congregacion de los fieles á nuestra liturgia. No cuenta con la fé ni con la gracia, sino con la conviccion del raciocinio. No admite otro yugo que el de la razon, porque él es democrático por sistema, ó porque se promete para todo inspiraciones de la divinidad, como las que supone haber recibido en sus *Armonías Cristianas*.

¡Heu! ¡Heu! ¡Heu! ¡Narraverunt mihi iniqui fabulationes; sed non ut lex tua! ¿Y el que no hace mas que llorar tendrá humor en esta ocasion para citar las decisiones y anatemas de los sumos pontífices y de los concilios ecuménicos y no ecuménicos contra cada uno de los errores de este teólogo-poeta, de este político racional? ¿Tendré yo que repetir aquí cuanto han escrito los cardenales Goti y Belardino, el doctísimo Mamachi, el sabio padre Zacarías en su Anti-Febronio, el Valsechi, el católico teólogo P. Scheffmacher de la universidad de Strasburgo, que obligó al príncipe Federico conde palatino á reconciliarse con la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y otros innumerables escritores tan recomendables por su sabiduría como por su piedad? No: todo esto seria inútil para quien *jamas ha dado ascenso* á nuestros dogmas, contenidos en el artículo IX de nuestro símbolo. No: yo sé lo que haré. Le pondré delante de los ojos las palabras notables de aquel gran canciller de Paris Juan Gerson, que fué el alma del concilio de Constanza, y tan alabado de todos los enemigos del papa y de la Iglesia Romana; *Status papalis, institutus est á Christo supernaturaliter, et immediate tamquam primatum habens monarchicum, et regalem in eccle-*

siastica hierarchia, secundum quem statum únicum et supremum Ecclesia militans dicitur una sub Christo; quem statum quisquis impugnare, vel imminuere, vel alicui statui ecclesiastico particulari coæquare præsumit, si hoc pertinaciter faciat, hæreticus est, schismaticus, impius, atque sacrilegus. (De Statib. Ecceles. consid. 1.) Cualquiera de estos pomposos títulos que quiera elegir este político racional, nadie se lo envidiará. Medítelo bien, mientras yo sigo mi llanto.

Se ha dicho: *el universo es el templo de Dios, y el hombre su sacerdote.* La naturaleza entera celebra la gloria del Altísimo en la armonía de sus obras, y desde la águila que corta la nube hasta el insecto que se arrastra bajo de la yerba, todo es para el hombre una fuente de alabanzas al criador. Mas habiendo decaido el hombre y héchose insensible á los prodigios que sin cesar renacen en el universo, y la ingratitud, no escuchando ya á los astros que cuentan el poder de su autor, fué necesario que su nombre, grabado sobre augustos frontispicios, resonase ya bajo de bóvedas aun mas augustas, porque en ninguna parte es el Señor tan misericordioso como en los lugares en que todos los corazones no forman sino un solo corazon para darle gracias de sus mi-

sericordias; porque si Dios no tiene necesidad de nosotros, nosotros la tenemos de un padre que invocamos en congregacion; porque no hay Religion sin culto, ni culto sin altar, ni altar sin sacrificio, porque las casas de Dios contienen todos los bienes, y en ellas el amor se nutre con el ejemplo, medio importante que desconoce este político racional; porque en las casas de Dios, todas las clases están confundidas y humilladas; porque elevándose sobre las casas soberbias de los ricos y de los grandes, ellas nos hacen á todos hermanos, y en ellas no goza el rico del privilegio de ver de mas cerca que el pobre á su Señor; en fin, porque nuestros templos encierran igualmente el trono de la grandeza de Dios y el sepulcro de la vanidad del hombre.

¡Ay! El autor de la Política Racional no conoce que las instituciones filosóficas no son sino sistemas sin realidad, y que la multitud deja de creer cuando se deja de enseñarle hoy en el mismo lugar lo que se le enseñaba ayer. Si por la Religion el pueblo se pega á la moral, por el culto tambien se pega á la Religion: la Religion consiste mucho mas en el sentimiento que en el razonamiento, cuya conviccion es el único medio digno de la aprobacion de nuestro autor. El sentimiento, pues, pide manifes-

tarse, y sin imágenes: ¿cuál seria la fuerza de las ideas intelectuales? Un antiguo escribia que era mas fácil fabricar una ciudad en el aire que gobernarla sin culto: es decir, que si la Religion no es el cimiento del edificio, él debe caer necesariamente; que sin ella, ya no hay abrigo contra los golpes de la persecucion y contra las tempestades de la vida; que es indispensable que las costumbres tengan un regulador público; y que las autoridades estén sumisas á la coercision de la misma fé, del mismo temor, y de la misma esperanza; que no puede haber justicia, si la justicia de acá abajo no se prosterna delante de la justicia de arriba, si ella reusa su suprema vigilancia, si se desdeña de sus decretos, se rie de sus amenazas y de sus anatemas; que la verdad recibida en comun es el mas firme apoyo de los imperios y el único medio de consolidarlos por la Religion, la moral y las leyes; pero esta verdad pide necesariamente órganos, cuya mision sea divina. ¡Honor, pues, honor á la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, que los posee visibles y palpables, que enseñan la verdad que recibieron de los apóstoles, los apóstoles de Cristo, y Cristo de su padre! ¡Honor á la escelencia del estatuto divino de nuestra Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion! . . . .

Los mismos paganos nos dan unánimes ejemplos sobre la necesidad de signos esteriores en materia de Religion. En todos tiempos y entre todas las naciones, aun las mas opuestas en costumbres é idiomas, se encuentra una conformidad esencial de un culto público y uniforme: entre todas ellas hay santuarios, ceremonias, fiestas ó solemnidades consolantes, dias destinados al descanso, oblaciones espiatorias: á todas se les oye la confesion de su dependencia: en sus grandes empresas, en sus victorias, en sus derrotas se les ve atentas á consultar sus oráculos: ninguna guerra declaran, ninguna batalla dan, ninguna negociacion entablan, ninguna alianza forman, ningun plan combinan sin la intervencion del cielo, y la gloria de los sucesos se la atribuyen siempre con solemnes holocáustos.

Y entre los cristianos ¿el pueblo no necesita tambien ser consolado así en los males que sufre como en los bienes que desea? ¿Y dónde, sino en los ejercicios y compensaciones de la Religion, encontrará el pueblo cristiano la reparacion que la desigualdad de bienes parece que causa al amor propio? La Religion reune á los hombres que las distancias separan, llena los intérvalos al pie de los altares, les recuerda á todos que son hijos de un mismo bienhechor que es Dios:

todas las distinciones desaparecen delante del supremo repartidor de los bienes y de los males temporales de esta vida, ó mas bien las mantiene, porque esas distinciones son útiles, esplica sus motivos y alivia sus cargas. Cuando los grandes vienen á ofrecer en la Iglesia al ordenador de todas las cosas el tributo de sus grandezas, de sus dignidades, de sus talentos; los pequeños, los pobres, los ignorantes los miran sin envidia.

¡Ay! ¡Qué ventajas tan estimables son las consecuencias forzosas que fluyen de esta verdad y que desaparecerian con el aislamiento arbitrario del culto personal que predica el autor de la *Política racional!* Ese frio teismo tan alabado en nuestros dias por la incrédula Filosofía, no es realmente sino un ateismo disfrazado. Ese Dios desterrado y dejado solo en su inaccesible imperio, no seria sino el dios sordo, mudo y ciego de Epicuro. Por otra parte, ¿de qué servirian contra las pasiones, enemigas del órden, esos homenages hechos en silencio á un dios invisible? El pueblo, á quien conviene mucho contener; el pueblo, para quien todo es tentacion, porque para él todo es privacion; el pueblo, que no tiene un instante sin deseo, ni un movimiento sin temor, ¿qué suerte le reserva ese político racional si lo separa de la congregacion de sus semejantes y lo destierra de

la Iglesia? ¿si el pueblo cree que la palabra humana vale lo mismo que la palabra divina; si por la doctrina de la *Política racional*, el pueblo, despues de haber roto el código de las santas ordenanzas y el yugo de los ritos sagrados, se sacude tambien de toda regla, de toda subordinacion y de todo deber? ¡Ay! ¡Cuántas veces el trabajador del campo, aquel mismo que tiene una sed tan grande de instruccion y de consuelos, cuántas veces y en cuántos lugares huye de la voz de su pastor, despreciando las indemnizaciones del santuario y los recursos de la fé! ¿Y cuál es el resultado de este terrible alejamiento de la Iglesia y de su pastor? El crímen ó la desesperacion. ¿Y no se reconocerá todavía el beneficio de la Religion y de la Iglesia visible, en cuyo seno se encuentran teorías sublimes, las prácticas usuales, los socorros diarios, las ventajas preciosas de nuestro culto interno y esterno? ¿No es el sacerdote del templo el mismo que el de la choza del pobre? Visitador compasivo de este, es tambien su abogado para con el rico. El filósofo que afecta estar bien sin Dios, sin creencia, sin culto, ¿va á sentarse á la cabecera del enfermo, para quien el menor de los males que sufre es la enfermedad que lo devora, porque su indigencia le atormenta mas? ¿Le ofrece, como el ministro habitual del culto

público, la imágen de la bondad suprema, que lo espera para recompensarle en la otra vida los padecimientos de esta? No, por cierto. El mismo que ofreció á la mañana por él la víctima pacífica, es el que corre por la tarde á recibir su último suspiro: el mismo que por la mañana invocaba al Dios fuerte en favor de su débil criatura es el que fecunda por la noche con sus liberalidades y sus bendiciones, las esperanzas del necesitado agonizante. ¡O admirable caridad, de la cual la Religion hace á los ministros de la Iglesia una ocupacion de que ellos no pueden dispensarse sin perder la estimacion de Dios, del pueblo y de sí mismos!

¡Ay! ¡Con todo eso, los filósofos *incrédulos* se han coligado contra la Religion y contra su culto, contra la Iglesia y sus ministros! ¡Ingratos, que pagan los servicios con calumnias! ¡Ciegos, que renuncian á sus intereses los mas preciosos! No advierten que su política racional es un fenómeno de frenesí, único en los anales del mundo: no advierten que la sociedad se apoya sobre la ley, la ley sobre la moral, la moral sobre la doctrina de una providencia que tiene su política peculiar, con que el cielo se liga á la tierra, el hombre á Dios, y los hombres entre sí mismos, y que roto un solo anillo de esta cadena admirable, todo se disuelve en convulsiones: no dan

ascenso á la necesidad de un ministerio ostensible y de liturgias invariables, y que en la Religion de los cristianos y en su Iglesia está este depósito precioso que ha sido trasmitido siempre puro y permanecerá él mismo en la magestad de sus templos, en la pompa de sus ceremonias, en la dignidad de sus enseñanzas, en el brillo de sus fiestas, en la armonía de sus cánticos, en la grandeza de su sacrificio hasta la consumacion de los siglos; ellos no conocen ó fingen no conocer cuánto mas sabios eran los cristianos que han precedido á nuestro siglo de las luces y de la *Politica racional.* Aquellos no fueron mas circunspectos sino porque fueron mas ilustrados sin ser tan filósofos: ellos conocian nuestro corazon y veian su orgullo puesto en fermentacion; sabian cuán esencial es que el hombre sea contenido con barreras sagradas, que si las rompe se precipita en el abismo del mal.

Al contrario, los filósofos de nuestra época no quieren convenir en que nuestra felicidad es el único objeto de la Religion, que todo lo que tenemos de bueno, de útil, de hermoso, nos ha venido con ella; que ella encanta lo presente y lo futuro, que la fé no es enemiga de la ciencia, pues desde que la fé sale del corazon, la credulidad entra en el entendimiento: los filósofos incrédulos

fingen no conocer que la Religion salva á los pueblos de sus propias demencias: no quieren conocer que con su nulidad de culto separan el efecto de su causa, el mundo de su arquitecto, la criatura de su centro, la virtud de su orígen y la justicia de su sancion: no creen que su filosofía nos aisla, nos hiela, nos envilece y nos hace tan incapaces de buenas obras como de buenas acciones, ¡ay! Los hechos hablan: antes de la caida del coloso de Roma, la impiedad habia desecado ya sus músculos. ¿Los escritores de la impiedad de nuestro siglo reemplazan los músculos desecados de la sociedad europea? ¿Sus libros darán la vida cuando reniegan de la Religion y *de la* Iglesia, cuándo al libertinage del corazon juntan el libertinage del entendimiento?

Nosotros, los católicos, nos complacemos en creer que todos los justos de la ley antigua y nueva participan de nuestras lágrimas de reconocimiento cuando repetimos con David: ¡qué brillantes son tus tabernáculos, ó Jacob! ¡Qué magníficos son tus pabellones, ó Israel! A nuestra vez nosotros nos complacemos en decir á nuestros enemigos: considerad cuál es el destino de nuestra Iglesia. A pesar de sus pérdidas, ella se estenderá por toda la tierra, *omnes gentes*: á pesar de sus combates, su duracion será la del mundo, *usque ad consummationem sæ-*

culi. El código de sus leyes, la regla de sus juicios, el espíritu de sus administradores, la autoridad de su cabeza visible, todo viene de Jesucristo: Jesucristo mismo es quien administra y asiste al cuerpo de sus pastores unidos á su pastor supremo, *ego vobiscum sum*: la subordinacion de los miembros á una sola cabeza, la obediencia de todas las Iglesias á una sola Iglesia principal, la sumision de todas á Pedro y á los sucesores de Pedro hasta Gregorio XVI que felizmente gobierna al presente toda la Iglesia visible, es la piedra fundamental de todo el edificio, *Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam*. ¡Ay! ¡Qué temeridad la del autor de la *Política racional*, insultar á un órden tan sabiamente establecido, á un órden que en su totalidad, y en cada una de sus partes, da á nuestra Iglesia una tan imponente magestad, á un órden sin el cual ya no hay ni firmeza, ni movimiento, ni conservacion! ¡Ay! ¡Qué temeridad insultar á esa cátedra única, capaz de abatir el orgullo y de afirmar la santa simplicidad; esa cátedra, de la cual parten todos los oráculos de la autoridad, y á la cual es menester asirse para no ser el juguete de todos los vientos del error!

Nuestra Iglesia es bastante independiente de las potencias de la tierra para no atender con celo y libertad á los

negocios del cielo, y es bastante vecina á las sociedades humanas para mantener con ellas un comercio de buenos oficios, como es bastante rica en promesas para estar segura de atender á todos los lugares, á todos los tiempos, y á todas las personas. En su centro brilla una silla antigua y venerable, desde cuya altura un pontífice supremo, llevando sus miradas á grandes distancias, observa, corrige, reforma con una vigilancia incansable porque su jurisdiccion es sin mezcla de aristocracia, ó de democracia. Sobre una silla ménos elevada, unos pontífices que él instituye cuando los ha juzgado dignos de sus funciones y que tienen del mismo Jesucristo sus derechos inenagenables, rigen una porcion del rebaño universal: en cada diócesis unos pastores reunidos al pastor comun que los envia, los dirige y los reprende, ejercitan en vínculos de una dulce y justa deferencia los trabajos de un mismo sacerdocio. Si la zizaña crece en algun rincon de la heredad, unas asambleas mas ó ménos numerosas, segun la gravedad de las materias y la urgencia de los peligros, indican el remedio al mal y aseguran la salud de todos.

¿Qué le faltaria, pues, á un cuerpo así organizado, sino encontrar en los que le rodean, unos auxiliares que favoreciesen su accion? ¿Y por qué no los en-

contraria nuestra Iglesia? Ella no debe hacer sombra á nadie: propicia á todos y á todo, no tiene sino un fin que es el seno de su fundador: ella no busca exaltarse sobre las naciones ni á ser la primera entre los reyes: su única pretension es formar hijos para Dios y hacerlos así mas útiles á sus semejantes: ella se acomoda á todos los príncipes, á todos los pueblos, y á todos los estatutos, identificándose en cierto modo con todos los estados en que es admitida, no por la fuerza ni por la tiranía, como supone el autor de la *Política racional*: todos los estados tienen, pues, igual interes en mantenerla, en proteger la ejecucion de sus mandamientos, en estender mas bien que en estrechar los límites de su imperio, y entónces, reuniendo en sí todo lo que puede tranquilizarla y hermosearla se aumenta de siglo en siglo sin ruga y sin miedo, y sin haber tenido otra pretension ni otra gloria que las complacencias de su esposo.

¡Ay! ¡Cuánta rectitud, cuánta nobleza y cuánta seguridad hay en la política de nuestra Iglesia, que despues de 1838 años, circunscribe su actividad maternal á la integridad del depósito que le ha sido confiado, haciendo un crímen el añadir cosa alguna á la creencia primitiva, ó el arrancar algo de ella! Despues de 18 siglos, ella advierte todavia á sus in-

térpretes, que se abstengan de descubrir principios nuevos, ó de sacar nuevas consecuencias de los principios antiguos, sino retener estrictamente la forma de las instrucciones que les han sido trasmitidas: *forman habe sanorun verborum*: permanecer firmes é invencibles en la perpetuidad de la misma doctrina; *permane in iis quæ didicisti, sciens a quo didiceris*; enseñar lo que ella les ha enseñado, nó en secreto, sino á presencia de todos; enseñarlo á hombres fieles que lo puedan enseñar á sus descendientes; *quæ didicisti a me per multos testes, hæc comenda fidelibus hominibus, qui et idonei erunt alios docere.*

Desde el orígen de la Iglesia todos los géneros de errores le han hecho la guerra, teniendo por aliadas la tiranía y la persecucion, y con todo eso, ¡tu duras, ó esposa de Jesucristo! Tus templos, tus altares, tus sacrificios, se conservan en pie: tú engendras todavía justos animados de tu espíritu: ninguna de las relaciones que tuviste en tus principios ha podido ser destruida por alguna violencia, y tu episcopado ha atravesado los siglos siempre el mismo.

¿No es un milagro bien señalado esa filiacion de doctores, de atletas y de mártires de una misma causa? ¿Qué otra Iglesia se atreveria á atribuirse tantos sacrificios sublimes, tantas acciones heróicas,

tantos memorables recuerdos? ¿Quién podria no adorar la mano invisible que há hermoseado su Iglesia visible con tantos nombres inmortales contenidos en las listas sagradas de nuestros papas y de nuestros obispos? Los Linos, los Cletos, los Clementes, los Alejandros, los Silvestres, los Benedictos, los Leones, los Pios, y los Gregorios! ¡Ah! Todos sin escepcion han brillado en ciencia y en piedad; todos han llenado el cargo sublime de vicarios de Jesucristo sobre la tierra: su solicitud pastoral lo ha abrazado todo, la suerte de las naciones y los destinos de los hijos de la Iglesia, la vida presente y la vida futura: su sabiduría inmensa como su celo fué, es y será siempre el escudo de la Religion. ¿Y nuestros obispos? Ese Ignacio mártir, ese Anastasio, ese Crisóstomo, ese Ambrosio, esos Gregorios, ese Agustino, esos españoles Isidoro, Leandro, Ildefonso, Julian, Tomas de Villa-nueva, Toribio, apóstol de Lima?... ¡Ah! ¿quién puede numerarlos? ¿La Iglesia entera no tiene el derecho de gloriarse de los triunfos de su ministerio? Ellos, ya fuese diciendo la verdad á los reyes con un lenguage tan distante de una pusilanimidad aduladora como de una intrepidez indiscreta, los amenazaban con la eternidad, sin herir ni faltar al respeto debido á sus magestades; ó fuese que mezclando la alabanza con el menospre-

cio de la alabanza, les hiciesen conocer la nada de la gloria, sin amortiguar su noble entusiasmo, y que proclamasen la vanidad de todas las cosas sin sofocar la emulacion de las buenas cosas; ó fuese que se humillasen delante de las grandezas, segun el mundo, para elevarse hasta las grandezas segun Dios: ó fuese que anatematizasen con una energía penetrante las doctrinas nuevas; ó fuese que en su vuelo sublime hiciesen reconocer que sus palabras eran dictadas por el espíritu de la verdad, siempre dieron prueba de que ese género de soberanía teológica y oratoria era peculiar á unos hombres que esparcian sus ideas como el sol reparte sus rayos. ¡Qué de luces en medio de las mas espesas tinieblas! ¡Qué eminentes servicios hechos á las buenas letras! ¡Qué abundantes cosechas sobre terrenos áridos! Qué grandes privaciones y severas economías, para abrigar á los que carecian de asilo, para vestir á los desnudos, y para mantener á los que no tenian pan! ¡Y esas carreras apostólicas en que la dignidad y la caridad de nuestros obispos se manifestaban de una manera la mas admirable; en que se les seguia por las huellas de sus obras, visitando la cabaña del pobre, preparando recursos al desgraciado, conformándose á su divina cabeza, levantando en sus brazos paternales á la infancia débil y tímida, grabando en sus tiernos corazones los

primeros elementos de la fé y las primeras lecciones de la virtud, ejercitando por todas partes la justicia de la concordia! ¿Un tal carácter no manifiesta mucho de tierno y de augusto como la Religion, de la cual son ministros? Sí, toda la Europa sabe cuánto debe á los obispos. Ellos han fundado las monarquías cristianas: ¿y quién se atreverá á negarlo, sin romper antes todos los anales? Sí, los obispos han erigido tantos monumentos preciosos, han fundado ciudades enteras, han abierto canales, han trazado caminos, han echado puentes sobre los rios, han pagado el rescate de muchos reyes, han dado la libertad á muchos esclavos, han derramado el tesoro de la Iglesia en el tesoro del estado, han vendido en las públicas necesidades los vasos de oro del tabernáculo, contentándose con vasos de madera ó de barro: los obispos se han asociado siempre á los esplendores de la patria y á los eclipses de su gloria, al duelo de sus reveces, y á la alegria de sus victorias: los obispos, en fin, han dulcificado las costumbres, han dejado por legado á toda la Europa los manuscritos de la antigüedad, han dado la vida aun á los andes de América.

La Iglesia con su cabeza y con su sacerdocio, con su moral y su forma de gobierno; la Iglesia con su *principio católico*, que no le ha merecido jamas su

aprobacion al autor de la *Política Racional* ha hecho siempre de la causa de la fé y de la causa del trono una sola causa. La verdad, decia Fenelon, está en estas tres palabras: *Dios*, *la Iglesia*, *y el Rey*.

El hombre sin Dios es una quimera: el hombre con Dios, pero sin Religion, es un abismo de miserias. El autor de la *Política racional*, impugnando la secta despreciable é insensata del *sansimonianismo*, dice que no es otra cosa que el Evangelio, pero sin el Cristo: y ¿no se podria decir que la *Política racional* no es otra cosa que el Evangelio de Jesucristo, pero sin su Iglesia, sin su cabeza visible, sin su sacerdocio, sin su culto, sin sus sacramentos, sin su sacrificio, sin su liturgia, y en fin, sin su *principio católico* del imperio de la fé y del gobierno de la Iglesia, que es el reino de Jesucristo bajo de formas sensibles y visibles? ¡O Jesus mio! Unos hombres de tinieblas que se dicen hijos de la luz, acusan á tu Iglesia de despótica, tiránica y opuesta á tu palabra, cuando dijiste que tu reino no era de este mundo, *Regnum meum non est de hoc mundo*. ¿Dónde está, pues, y cuál es ese reino tuyo? ¡Ah! Vuestro siervo Agustino me ha esplicado ya vuestra palabra, en su esposicion del salmo 54, vers. 1. Lo dijo de este mundo de tinieblas; de este mundo, esto es, de los

amadores del mundo; de este mundo, esto es, de los impíos; de este mundo, esto es, del que dice el Evangelio; y el mundo no lo conoció. *Mundi dixit, tenebrarum harum: mundi dixit, amatorum mundi: mundi dixit, impiorum et iniquorum: mundi dixit, de quo dicit Evangelium: et mundus eum non cognovit.* En efecto, Jesucristo no dijo *Regnum meum non est de mundo*, ni tampoco dijo, *Regnum meum non est in mundo*, sino *de hoc mundo*. Nuestros santos padres incomparablemente mas sabios y mas políticos racionales que nuestro teólogo-poeta, han entendido que Jesucristo lo que quiso decir y dijo, fué que su reino no es temporal; que su reino no es reino que deba causar recelos ni sobresaltos á los otros reyes, y así ¿qué tienen que temer? *¡Heu! Accedite ad eum et illuminamini.*

En el tribunal de la imparcialidad, ¿la Iglesia no ha sido la consejera de todas las buenas acciones y la depositaria de todas las buenas doctrinas? ¿Los reyes y emperadores no han consultado muchas veces la sabiduría de los sucesores de Pedro? ¿La tiara tiene algo que envidiar á las diademas? ¿El báculo de la paciencia no puede tanto como la espada de la fuerza? ¿Se olvidará nunca á ese Pio VI que acabó la vida de un santo con la muerte de un mártir, y á ese Pio VII,

vencedor de la tiranía, y cuyo reinado hará una de las mas hermosas épocas de la firmeza apostólica? ¿La paz del mundo no ha sido muchas veces ratificada en el capitolio moderno? ¿La impiedad no ha tributado alguna vez á la nueva Roma alabanzas arrancadas por la conviccion? ¿Se cuentan ménos papas que reyes, queridos de la humanidad? ¡Políticos racionales! ¿Vuestras academias cuentan mas escritores juiciosos que nuestra Iglesia? ¿mas ministros hábiles, mas analistas escrupulosos, mas sabios comentadores, mas consumados políticos que nuestros cardenales y obispos? ¿Por qué, pues, desplegais siempre que podeis ese vuestro miserable furor de deprimir todo lo que en nuestra Iglesia no se conforma con vuestros principios anticatólicos? Esto no es sino un deseo secreto de que no haya ni Religion, ni culto, porque con la Religion y su culto hay obligaciones de presente y remordimientos para un porvenir que nosotros llamamos eternidad: porque la Religion es la providencia del género humano, como nuestro ministerio es su mas noble instrumento.

¡O Iglesia santa! Yo defiendo y defenderé siempre tu causa contra tus artificiosos enemigos. Permita el cielo que sus escritos sean sepultados en la oscuridad y en el olvido, y si sus autores son condenados á la inmortalidad, ¡ay! que

no sean á la inmortalidad del oprobio, ó á lo ménos que tú reines sobre las ruinas de la licencia y de la impiedad para que la virtud pueda honrar siempre á las letras y la piedad hermosear á los talentos! En fin, que el autor de la *Política racional*, mejor aconsejado y mejor instruido en tu símbolo, adquiera la feliz celebridad de un respeto inviolable á tu autoridad, á tu cabeza visible y á tu sacerdocio, para que un dia pueda leer tus grandezas y prerogativas en tu seno, único libro de los escogidos. (a)

(a) *Si vigilanter* exteriora conspicimus, per ipsa eadem ad interiora revocamur; vestigia quippe creatoris nostri sunt mira opera visibilis creaturæ, invisibilia Dei per ea, quæ facta sunt, intellectu conspiciantur. Menti enim nostræ peccató suo exterius sparsæ necdum Deus sicuti est, interius innotescit: sed dum facturæ suæ decus exterius proponit, quasi quibusdam nobis nutibus innuit, et quæ intus sequamur ostendit; et miro modo ipsis formis exterioribus nos ad interiora perduxit: ubi enim lapsi sumus, ibi incumbimus ut surgamus: quia enim ab invisibilibus per visibilia cecidimus, dignum est ut ad invisibilia ipsis rursum visibilibus innitamur, ut quo casu anima venit ad infima, eo gradu revertatur ad summa: atque eisdem, quibus corruit, passibus surgat. *Gregor. Magn. L. 7. Moral. C. 2.*

LLANTO SESTO.

¡Ay! Se niega á nuestro sacerdocio la potestad de las llaves, y se desprecian los beneficios de la confesion sacramental.

»Un poder, dicen los filósofos in»crédulos; un poder de que no hubo ejem»plo en nacion alguna del universo, ni »en alguna época antes de Jesucristo; un »poder que los judios con toda su vene»racion á la sinagoga, jamas se atrevie»ron á atribuir á los pontífices del anti»guo sacerdocio; un poder de que el mis»mo Juan Bautista jamas estuvo reves»tido; un poder tal y tan estraordinario »es el que los católicos atribuyen á sus »sacerdotes para que con sus manos de »hombres laven las manchas de aquellos »que llegan arrodillados á sus pies á de»clararlas por su propia boca»...... ¡Qué digo los filósofos! Cristiano hay que dice: ¿por qué he de confesar mis pecados á otro hombre como yo? ¡Ay! ¿Se pueden oir estas blasfemias, estos bostezos

del infierno, estos errores de la impiedad, estos escesos de la ingratitud ó de la ignorancia sin ser un mar de lágrimas? ¡Miserables! Yo clamaré sin cesar, yo levantaré mi voz y con llanto amargo diré al hombre degenerado: que de él depende el volver á ganar las alturas de su orígen, y volver á entrar en los caminos de su inocencia: yo le convenceré de la verdad de un dogma que no pertenecia sino á un Dios establecerlo: un dogma superior á todas nuestras ideas: un dogma que ha atravesado 18 siglos sin variacion, todas las heregías sin alteracion, todas las persecuciones sin relajacion: un dogma que ha sobrevivido á todas las revoluciones, á todas las sectas, á los incrédulos de todos los tiempos: un dogma que hace una virtud del arrepentimiento y opone al vicio una barrera defendida por los rayos del cielo: un dogma que estaba reservado á la mas caritativa de las Religiones y á la mas vigilante de las Iglesias: un dogma sin el cual la fragilidad caeria en desaliento, el crímen en la desesperacion, la fidelidad en el temor: un dogma en que la clemencia divina se hace tan sensible al pecador, como la justicia de un tribunal humano: un dogma que protege los estados, que da fuerza á las leyes civiles, que vela en medio de las tinieblas sagradas, en que reposa, para mantener la tran-

quilidad pública: un dogma que á la piscina teñida con sangre de animales, ha sustituido la piscina teñida con la sangre de un Dios: un dogma que rejuvenece las conciencias en el jubileo anual que la indulgencia de nuestra madre comun propone á sus hijos. Sí, con el interes de la salud de estos, mis lágrimas van á ofrecerles el cuadro de los beneficios de la confesion sacramental, contemplando en ella las relaciones del hombre á Dios.

Mis lágrimas se dirigen, pues, á los creyentes. Los impíos no me entenderian; que ellos á lo ménos, agradezcan mis buenos deseos: porque ¿no estan ellos de acuerdo con nosotros acerca del orígen del hombre? ¿Se avergonzarian de admitir lo que el paganismo leia hasta sobre las nubes del error? á saber: que llamados por nuestro orígen á destinos mas altos y brillantes, alguna revolucion fatal los oscureció: que la cuna del mundo ha sido manchada con alguna falta ó culpa del hombre: que nosotros hemos decaido del estado de grandeza, que fué nuestro primer patrimonio; y que de padres á hijos ha venido la necesidad de satisfacer á una justicia irritada: que pesará hasta sobre la última posteridad de Adan la culpa que corrompió nuestra naturaleza en su fuente y sujetó al árbol de la creacion el primer eslabon de la larga cadena de calamidades, estendida sobre todas

las generaciones: que el hombre cae á cada paso y se sumergiria de caida en caida en un abismo de degradacion de miseria, dificil de esplicarse, si una mano propicia no lo levantase y no lo restaurase en una parte de sus derechos. El cielo ha esplicado este triste misterio á los cristianos enriquecidos con los privilegios de la fé. Mientras que los pueblos, envueltos en las sombras de la mentira, suspiraban en vano por la verdad, y que el saber orgulloso se estraviaba de ella á tontas y á ciegas; nosotros conocemos la enfermedad y el remedio: nosotros hemos obtenido de la misericordia de nuestro Dios la facultad de recuperar su gracia y el tesoro de nuestra vocacion. El sacramento de esta misericordia consiste en que todo lo repara con sus beneficios, que brillan en la certidumbre de su establecimiento, en la utilidad de sus efectos, en la facilidad de sus condiciones.

Así, el sacramento de la penitencia, es una institucion divina; nosotros tenemos de ello la prueba irrecusable de la autoridad del Evangelio y de la tradicion, su fiel intérprete: no parece sino que la bondad suprema se ha complacido en ilustrarnos con los rayos de la evidencia. Jesucristo, hablando á sus apóstoles y á sus sucesores, les dice: todos los pecados les serán perdonados á aquellos á quienes vosotros se los perdonáseis, y

serán retenidos á los que vosotros se los retuviéreis: *quorum remisseritis peccata, remituntur eis: et quorum retinueritis, retenta sunt.* Todo lo que vosotros atáreis sobre la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que vosotros desatáreis sobre la tierra será desatado en el cielo: *quæcumque alligaveritis super terram erunt ligata et in cœlo: et quæcumque solveritis super terram erunt soluta et in cœlo.* Estas palabras son realmente espíritu y vida, pues reciben de un Dios la fuerza de obrar su efecto sobre la marcha, y él las pronunció sin restriccion, ya sea con respecto al tiempo, ya sea con respecto á su objeto, que es la eternidad. Por otra parte, las mismas palabras establecen tambien la necesidad de la confesion auricular. Este no es un tribunal riguroso, en que sea necesario convencer al reo con informaciones y testigos: es un tribunal de confianza, es la silla de un padre: empero, Jesucristo, delegando la potestad de las llaves, ¿ha querido consagrar un despotismo enorme y de un género nuevo, establecer unos jueces ciegos que condenasen ó absolviesen sin conocimiento de causa? ¿Quién se atreverá á sospecharlo de un legislador infinitamente sabio, que ha desterrado de su código con tanta severidad, toda inclinacion á dominar como dominan los reyes? No es, pues, en va-

mo, ni por capricho, que los dispensadores de la sangre de Jesucristo aplican sus méritos de valor infinito: el derecho de atar ó desatar, de perdonar ó de retener supone necesariamente el derecho de oir al culpado para fundar su juicio sobre las reglas de la equidad, despues de una instruccion suficiente con conocimiento de causa, de donde resulta que la confesion auricular es esencial á este mismo juicio. Tal es la lógica sencilla y luminosa, con cuya fuerza hemos confundido siempre á la heregía, cuando ella ha atacado este punto de nuestra doctrina, confirmado con la práctica constante de la Iglesia y las disposiciones de sus escritores.

Que jamas en el seno de la Iglesia el ministerio de la confesion auricular haya sido interrumpido; que jamas el sacerdocio haya dejado de distinguir entre lepra y lepra; fuera de las santas reglas que hemos heredado de nuestros antepasados; fuera de esos cánones penitenciales, monumentos preciosos de una disciplina que ya no podemos seguir, pero que debemos siempre respetar, la voz de las generaciones pasadas lo publica á gritos á la generacion presente: la voz de los tiempos apostólicos sofoca la voz de los tiempos filosóficos. ¡Qué nombres y qué hombres los Ireneos, los Tertulianos, los Orígenes, los Ciprianos, los Atanasios, los Hilarios, los Ambrosios, los Gerónimos,

los Agustinos, los Leones! Ellos fueron el ornamento de su siglo, la gloria de las letras, la admiracion de sus enemigos. Muchos de ellos derramaron su sangre por la fé: ¿dónde estan los mártires de la incrédula Filosofia? Yo, enjugando mis lágrimas, no les opondria sino dos gefes del ejército católico: ellos solos valen mas que toda la tropa de los impíos: el uno á quien yo no vacilaria llamar el Isaias de la nueva ley: el otro que mereció de sus contemporáneos el título de *Grande*. ¡O Crisóstomo, ó Gregorio! Honrad mis lágrimas con vuestros acentos: el trono del sacerdote confesor, dice el primero, está en el cielo, el mismo Rey del cielo es quien lo asegura: *el* cielo espera el juicio de la tierra para pronunciar el suyo, el siervo pronuncia antes que el amo, y allá arriba se confirman las decisiones de acá abajo. *Dominus sequitur servum, et quidquid hic inferius judicaverit, hoc ille superius ratum habet*. Todo pecador, dice el segundo, está como sepultado en el fondo del sepulcro todo el tiempo que sus pecados permanecen en el fondo de su conciencia; pero él rompe sus lazos cuando voluntariamente confiesa por su propia boca todas sus iniquidades, *cum peccator nequitias suas sponte confitetur*: ¿Para qué los guardais vosotros, añade él? Sacadlos del abismo por la confesion, despues de la

cual, vosotros quedareis desatados por el ministerio de los sacerdotes, y por las manos de hombres, que por impuros que ellos sean, os dejarán puros y con vida verdadera, porque con sus manos de hombres, os desatarán como desataron á Lázaro los discípulos del Salvador: *veniat itaque foras mortuus, id est, culpam confiteatur pecator, venientem vero foras, solvent discipuli.* ¡Filósofos! ¿Qué os parece de este poder de perdonar pecados, desconocido y de que no hubo ejemplo en nacion alguna antes de Jesucristo, que ni los judios osaron atribuir á los pontífices de la sinagoga, y que no tuvo el mismo Juan Bautista? ¿Qué os parece de esas manos de hombres que desatan y atan á los pecadores que llegan á sus pies de hombres, y reciben de sus manos de hombres un beneficio de que no hay ejemplo en nacion alguna antes de la venida del Divino institutor de este sacramento?

Los detractores de la confesion auricular, contando con la multitud de espíritus-fuertes, siempre dispuestos á dar acogida á todo lo que les lisongea, como á despreciar toda luz que los importuna, y toda verdad que los confunde; contando con tantos amadores, fautores y predicadores de foferas las mas peligrosas, y de opiniones las mas depravadas; contando con tantas gentes del buen

tono, que deja para el populacho la superstición y las preocupaciones, esto es, la Religion y las costumbres; contando con tantos personages de ambos sexos, tan frívolos como los libros de que hacen sus delicias; los detractores de la confesion auricular han abusado de la erudicion hasta el pedantismo para acreditar una calumnia: la confesion, dicen, es una invencion de los sacerdotes, es una conquista que su astucia ha hecho sobre los ignorantes.

¡Impostores! La dificultad sola de la empresa, responde á vuestras falaces seducciones: ¿qué Religion prescribe un deber comparable á este en su rigor? ¡cuántos sacrificios dolorosos exige! ¿Qué cosa mas propia para turbar la razon altanera del hombre que una ley que obliga igualmente á todos á descubrir sus crímenes los mas ocultos, los mas graves, los mas infames á un hombre como ellos, y á oir su sentencia como un decreto del cielo, despues de haberle escuchado sus reprimendas?

No, no es creible que la Iglesia (y me valgo de las mismas espresiones de los filósofos) no es creible que la Iglesia en sus asambleas, las mas augustas y las mas solemnes, se hubiese atrevido jamas á imponer un yugo tan pesado á toda la tierra: no es creible que se hubiese llevado en paciencia por tantos siglos una

carga tan pesada, si la voluntad manifiesta y absoluta de Dios no hubiese intimado á los pueblos esta obligacion indispensable como un soberano remedio, y como la principal espiacion del pecado: si la gracia, en fin, triunfando de las repugnancias de la naturaleza, no hubiese atemperado con su dulzura la amargura del precepto y hecho conocer el precio, el mérito, y la necesidad de la obediencia. ¡Qué! esta ley universalmente, constantemente observada, aunque siempre temida; esta ley tan conveniente á las necesidades de nuestra alma; esta ley que concilia tambien en nuestro favor los intereses de la justicia de Dios, por los intereses de su misericordia; esta ley, que tiene todos los caractéres de una ley emanada de lo alto, pues desciende desde Jesucristo hasta nosotros; esta ley ¿no seria ahora sino lo que quieren los filósofos, un simple decreto de algunos obispos reunidos en el fondo de la campaña? Esta proposicion es á un mismo tiempo una blasfemia, una impostura y una absurdidad. ¡Gran Dios! ¡Vos habeis puesto el colmo á vuestra caridad, dándonos tales adversarios y tan débiles enemigos, al beneficio inestimable de la institucion del sacramento de la confesion! ¿Qué será, si á la certidumbre de sus pruebas se añade la utilidad de los afectos que produce? ¡Ay! Todo se dirige al bien de las al-

mas: este sacramento todo lo ordena, todo lo perfecciona: la opulencia á quien ablanda, la pobreza á quien consuela, la simplicidad á quien instruye, el orgullo á quien reprime, el egoismo á quien mueve, la prodigalidad á quien contiene, la indiferencia á quien escita, el celo indiscreto que modera, la devocion misma cuya reglas fija, cuyos escrúpulos combate, cuyos fervores dirige en la region superior donde á veces se estraviaria con su vuelo demasiado atrevido, todo pertenece á conducir las almas por los caminos de la verdad y de su propio bien. La justicia de los príncipes, la obediencia de los súbditos, la humanidad de los guerreros, la imparcialidad de los magistrados, la firmeza de los sacerdotes, la docilidad de los hijos, la fidelidad de los esposos, y la probidad de los criados; todo es efecto de la confesion sacramental. ¿Y habrá una institucion mas digna de nuestro reconocimiento que la que está consagrada toda entera á la destruccion del vicio, al triunfo de la virtud y á la de las costumbres? ¡Oh! ¡Qué elocuentemente hablan por nosotros y con nosotros, las cosas admirables que siempre se obraron, y todavía se ven en los santuarios de la reconciliacion!

¡Ay! Un jóven cansado del mundo, despues de haber consumido en vanos placeres una salud floreciente y una fortuna

brillante, penetrado de remordimientos y de desengaños, despreciado de sus compañeros de corrupcion y de escándalo, gravoso para sí mismo y para otros, la desesperacion comienza á cegarlo. Sin embargo, su educacion habia sido cristiana: él entra en un templo en que el recogimiento de la oracion se apodera de su imaginacion: á la vista de uno de esos tribunales á que la vigilancia de su madre lo llevaba cuando niño, su corazon palpita agitado del arrepentimiento y de los remordimientos: suspenso entre el temor y la esperanza, se acerca temblando á un ministro de esa Religion que él habia antes amado y que ha olvidado tanto. ¿Es un juez el que lo espera, ó un amigo tierno quien lo recibe? ¡Qué voz tan penetrante! ¡Qué interes por sus penas! ¡Qué santa destreza en hacer descender la paz á donde la guerra ejercitaba sus estragos! ¡Ah! Un instante bajo de las *tiendas* del Señor le parece ya superior á los años que ha perdido bajo las tiendas de un mundo corrompido y corruptor. Bien presto será el ejemplo de sus hermanos.

Una jóven, á quien la naturaleza habia prodigado todas las ventajas de que su vanidad hace tanto caso, no conoce las espinas de la vida, todas son flores para ella: se le embriaga con inciensos: recibe los homenages de la lisonja como

una deuda que se le paga; pero de improviso, desengañada de los reveces de la inconstancia y de las traiciones de sus pérfidos cortesanos, conoce en fin, la necesidad que tiene de la paz de su corazon y la pide á todo lo que le rodea..... Una mano invisible la lleva á donde debe hallarla, y á las quimeras del orgullo succeden los pensamientos de la fé; pero ¿quién la dirigirá en su nueva carrera? Su inesperiencia necesita un guia que reuna las lecciones de severidad á los consejos de la ternura. Ella sabe que hay hombres consagrados al penoso, pero honroso empleo de servir á sus semejantes y de animarlos contra las *recaidas* de la fragilidad, que buscan con *santa* inquietud las ovejas descarriadas para volverlas al redil, y tienen las llaves del cielo y lo abren al dolor contrito. Ella corre, ella vuela á donde debe encontrar el objeto de sus deseos. La pureza de sus intenciones ha obtenido ya su recompensa. Un pastor amado y reverenciado, que Dios le envia para su confidente, es quien le habla, y la gracia obra: la figura alucinante del mundo huye con todos sus encantos y sus pompas: se rasga el velo de las ilusiones que le ocultaban las riquezas únicas dignas de envidia: el torrente de placeres engañosos é inmundos detiene su curso: ella, en fin, gusta de la paz desde que es penitente,

desde que el aguijon vengador es embotado por la gracia: ¿esta conversion no es un beneficio de los mas señalados de este sacramento?

Penetrad con los ojos de la fé las augustas tinieblas que envuelven al cristiano en el secreto de Dios: ¡qué exactitud estricta sobre las reglas de la justicia! ¡qué profundo discernimiento para conocer su verdadero estado, para proporcionar los remedios á los males, los preservativos á los peligros, las espiaciones á las culpas! ¡Oh! ¡Qué admirable es la disciplina de la Iglesia en la administracion de la penitencia! Apoyado sobre ella el director de las conciencias, sabe templar la amargura del brebaje sin debilitar su eficacia. En su tribunal, la misericordia está sentada al lado de la verdad, y la justicia y la paz se abrazan entre sí. ¡Con qué prudencia penetra el confesor los repliegues de nuestro corazon! Él nos conoce mejor que nosotros mismos: conoce nuestra alma como si la llevase en la suya propia, *tamquam si singulorum mentes sua mente gestaret.* ¡Como posee la feliz ciencia de abatirse con los ignorantes, de elevarse con los sabios, de sostener á los débiles, de humillar á los soberbios, de tranquilizar á los pusilánimes, de intimidar á los presuntuosos, de domar á los caprichudos, y de fijar á los inconstantes; todos ha-

llan en él un verdadero médico de sus almas y en su mano de hombre depositadas las llaves misteriosas que les abren el cielo. ¡Despreciadores de la mas preciosa de las instituciones! ¿Qué pensais vosotros de este cuadro, del cual la Iglesia posee todavía tantas copias fieles? ¡O Providencia Divina, cuya bondad hace crecer en el fondo del baño regenerador tantas plantas salutíferas, que curan todas las heridas y dan la vida espiritual!

¿La humildad no es la madre y la reina de las demas virtudes? Ella es la que realza el mérito de todas: enemiga de proyectos ambiciosos, consejera infalible de las buenas acciones, doma la imaginacion, detiene sus fogosos *vuelos* y nos sustrae de las frivolidades de la tierra, porque la humildad no es otra cosa que un sentimiento profundo, un concepto altísimo de las grandezas de Dios y de las miserias del hombre; pero la humildad es hija de la penitencia. ¿Y la fé? cuyos rayos celestiales nos descubren un horizonte que nosotros nunca hubieramos podido percibir sin ella; la fé que anima á los justos; la fé que asegura una patria á los que no la tienen, y bienes infinitos á los que nada tienen sobre la tierra; la fé que hace ligeros nuestros sacrificios y premia la perseverancia con los tesoros de la eternidad; la fé que es el ojo de la conciencia, ¿no es la peniten-

cia quien le conserva ó le devuelve su luz? ¡Y la esperanza! que es la primera necesidad de nuestras enfermedades, el primer alivio á nuestros males, que lleva al cielo sobre sus alas oficiosas la ofrenda de nuestra resignacion, y nos trae de él las inspiraciones útiles y las delicias de la paz: ¿la esperanza no es la hermana de la penitencia? ¡Y la caridad! que es la esencia del cristiano, que de tal manera es la vida del hombre, que los filósofos imitan sus facciones desfigurándolas: la caridad que multiplicaria los prodigios si ella se apoderase de todos los corazones; ¿quién puede mejor encender ó mantener su llama que el ejemplo de un Dios que perdona? ¿Y á qué precio perdona él? ¿Qué es todo lo que exige de nosotros? La acusacion de nuestras culpas, la contricion de nuestras culpas, la reparacion de nuestras culpas. ¡Filósofos! Tan fáciles condiciones ¿son de un amo inexorable y tirano? ¡Ay! ¡Yo no puedo esplicar vuestra inconsecuencia! ¡En el trato ordinario se hace una muy alta estimacion de la lealtad, de la franqueza, de la delicadeza! La opinion da á los embusteros la tacha del deshonor; y en el grande y único negocio de la salud del alma, en que nada cuesta ser sincero con el Dios de toda verdad, y en que todo se perdona, si todo se declara, ¡qué de reticencias artificiosas, qué de escusaciones, que de ro-

deos por vergüenza ó por mala fé! Se os creeria abogados astutos que quieren imponer ó alucinar á la justicia, ó reos de contrabando que se defienden contra la real hacienda, y procuran debilitar la conviccion de su crímen en que han sido cogidos. ¡Pobrecitos ignorantes! Vosotros nos engañais como á hombres; pero ¿engañais tambien á Dios que lee y ve vuestros corazones? ¿Ratifica Dios en el cielo nuestra sentencia cuando vosotros con ella os cargais de un sacrilegio mas? ¡Desdichados de vosotros si nosotros sellamos con la sangre de Jesucristo vuestra perfidia! ¡Ay! ¿No deberia llegar penetrado de tristeza un hijo digno de este nombre, y tendria lágrimas bastantes para borrar *las* ofensas que ha cometido contra el mejor de los padres? ¡O indulgencia! ¡O amor! Un Dios os pide que lloreis y todo quedará olvidado. La mas tierna, la mas preciosa de las virtudes á los ojos del mundo, la sensibilidad apresura la reconciliacion si tiene los verdaderos caractéres del dolor. ¡O inefable bondad del Criador para con la criatura! Mas; la acusacion y el arrepentimiento que constituyen el sacramento, no le dan la integridad. El sacramento tiene su efecto: él ha producido la gracia, el infierno está cerrado, el pecado está perdonado; pero él no está espiado. La pena eterna se ha conmutado en una pena temporal y pa-

gera. ¡O prodigio de misericordia! Este no es un nuevo yugo impuesto al pecador: la satisfaccion está contenida principalmente en la oracion, en esa cadena invisible que une la tierra con el cielo, en algunos actos de mortificacion, en la abstinencia de algunos placeres lícitos, en una mas estrecha observancia de santos deberes, en la limosna, que es la obra mas agradable á Dios y la mas dulce en llenarse. Por medio de una tan ligera satisfaccion, nosotros participamos de aquella que nuestro Soberano Redentor ofreció por nosotros en la cruz, *adimpleo ea, quæ desunt pasionum Christi.*

¡Ay! El mundo se forma ideas muy estrañas del sacramento de la penitencia, y la incrédula Filosofía las confirma y empeora con sus estravagancias y absurdidades. ¡Puedan mis lágrimas destruirlas, apoyando la doctrina de la Iglesia sobre la esperiencia misma! Un cristiano enfermo que no piensa en Dios, porque todo pensamiento serio retardaria, como se suele decir, su curacion: llega la hora de decirle: *dispone domui tuæ*: ya es tiempo, piensa en tí. Pero, ¡qué detenciones, rodeos, miramientos para anunciarlo á un mortal que va á morir! ¡Él no tiene ya la vida sino pendiente de un hilo! Cada miembro de su cuerpo le grita con el agotamiento de sus fuerzas, piensa en nosotros: sus negocios, por

el desórden en que los tiene, le gritan, piensa en nosotros: en fin, la razon, ayudada de la fé que no muere, le grita á su vez: ¡infeliz! deja todo lo demas y piensa en tí: todavia te quedan algunos minutos de que puedes aprovechar antes que seas arrojado para siempre á la cárcel sempiterna del infierno y á sus eternos tormentos, sin esperanza de salir á ver la cara de Dios. A estas palabras, á este último grito de su conciencia se llama un sacerdote, el cual imprime sobre sus labios la imágen del Salvador é interroga á su alma. ¿Qué palabras mal pronunciadas son esas que articula aquel infeliz? ¡Cómo! ¡Confesar mis crímenes á otro hombre como yo! El ministro le responde: sí, yo soy un hombre, y porque soy un hombre, tú debes recibirme con mas confianza. Todos se dirigen mas libremente y con mas gusto á sus semejantes, y entre iguales de ordinario se elige á los amigos. Sí: yo soy un hombre, y porque soy un hombre no ignoro la fragilidad de nuestra naturaleza, ni los peligros del mundo, ni el poder del mal ejemplo, ni el influjo de la Filosofía: obligado yo mismo á comparecer muchas veces al tribunal de la penitencia, conozco y peso tus repugnancias, tus ansiedades, tus combates. Sí: yo soy un hombre, y porque soy un hombre, todo lo que tú me daclares nada tendrá de estraño para mí: sea lo que fuere

lo que tú me reveles, de ninguna manera debes temer que por ello pierdas mi estimacion. Espuesto yo mismo á los estravíos y miserias en que tú has caido, no ocultándome nada de lo que eres, me recordarás lo que yo fuí, y lo que yo puedo ser de un instante á otro: no haré mas que verme á mí mismo viéndote á tí. Sí: yo soy un hombre, y porque soy un hombre, ¡qué cosa mas natural que el que un corazon se incline á otro corazon para depositar en él un secreto! ¿El que padece no tiene necesidad de un confidente que le oiga, le consuele y le alivie en sus penas? Sí: yo soy un hombre, y porque soy un hombre, debo tener y tengo para tí entrañas de hermano: y si ahora hago las veces de Dios, es para ejercitar contigo su misericordia mucho mas que su justicia.... A este discurso del enviado de la Iglesia, el enfermo vuelve en sí, sale como de un abismo, y confiesa que solo á la Religion de Jesucristo pertenece el milagro y el beneficio de convertir en inocente al arrepentido, y de prepararlo para las riberas de que no se vuelve jámas. El sacerdote le da todos los consuelos de la fé, y el enfermo pusilánime que vacilaba en el camino de su salvacion, arde en deseos de morir, para ir á ver á Dios. El sacerdote con sus manos de hombre, y con un primer sacramento, le abrió las puertas de la vida,

con otro semejante, le abrió las puertas de la gracia: y con otro tercero, va á abrirle las puertas de la inmortalidad.

¡Filósofos! Ved, ahí la confesion mirada segun sus relaciones del hombre á Dios: ved ahí la pesada esclavitud de los católicos: ved ahí la astucia de los sacerdotes para engañar á los ignorantes: ved ahí el poder tiránico de nuestra Iglesia y de su *misticismo coronado:* ved ahí la institucion tan calumniada por los impíos, los libertinos y los indiferentes. ¡Católicos! ¡Entonemos nosotros con lágrimas de reconocimiento sus beneficios, repitiendo los acentos armoniosos del rey-profeta: ¡dichoso, esclama él, dichoso el pecador cuyas iniquidades han sido borradas con el perdon de la misericordia! *Beati, quorum remissæ sunt iniquitates: et quorum tecta sunt peccata*: ¡Feliz aquel que ha perseguido sus pecados en los repliegues tortuosos del orgullo, y cuyo corazon ha sido hallado recto en su arrepentimiento: *Beatus vir, cui non imputavit Dominus peccatum, nec est in spiritu ejus dolus.* Cuando yo disimulaba mi pecado, él se envejecia en mi conciencia á pesar del grito de mis remordimientos: *Quoniam tacui, inveteraverunt ossa mea, dum clamarem tota die.* De dia y de noche sentia que pesaba sobre mí vuestro brazo vengador; el sueño huia de mis párpados; yo me revolcaba como sobre

espinas que desgarraban mi alma! *Quoniam die ac nocte gravata est super me manus tua: conversus sum in ærumna mea, dum configitur spina.* Ya os he declarado mis prevaricaciones, aunque vos las conocíais antes que yo mismo y que en vuestra presencia las habia cometido; *Delictum meum cognitum tibi feci; et injustitiam meam non abscondi.* Yo he dicho: yo me acusaré delante del Señor, y su bondad olvidará la malicia de mi ingratitud; *Dixi: confitebor adversum me injustitiam meam Domino; et tu remisisti impietatem meam.* Por eso vuestros siervos fieles os invocan en los dias propicios á fin de no ser sumergidos en las olas de vuestra cólera, *pro hoc oravit ad te omnis santus, in tempore oportuno. Verumtamen in diluvio aquaron multarum ad te non approximabunt.* Vos sois mi refugio en las tribulaciones que me rodean: libradme de los peligros que me cercan, vos que sois mi fuerza y mi alegria; *Tu es refugiun meum a tribulatione, quæ circundedit me: exultatio mea erue me a circundantibus me.* Vos me habeis dotado de inteligencia para discernir las sendas de la equidad, y vuestro ojo paternal alumbra todos mis pasos; *Intellectum tibi dabo, et instruan te in hac via, qua gradieris: firmabo super te oculos meos.* El hombre no debe asemejarse al caballo indómito, ni al mulo indócil, encorvados

hacia la tierra; *Nolite fieri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus.* La boca de los ingratos que no ocurren á las fuentes de vuestra clemencia, sentirá el freno de vuestra justicia; *In camo et freno maxillas eorum constringe, qui non aproximant ad te.* Muchos azotes se le esperan al malo que persevera en su pecado; pero aquel que se echa en los brazos de su Dios tiene su clemencia por riqueza; *Multa flagella peccatoris, esperantem autem in Domino misericordia circundabit.* Alegraos en él vosotros todos, cuyas almas han sido purificadas por su gracia; *Lætamini in Domino et exultate justi; et gloriamini omnes recti corde.*

LLANTO SEPTIMO.

¡Ay! ¡Se niega la Providencia, y se desconoce el órden que la prueba!

¡Mortales! ¡Escuchad mis lamentos! ¿Hasta cuando pensaréis que los pensamientos y los caminos de Dios son como los pensamientos y los caminos del hombre? ¿Qué proporcion puede concebirse entre Dios y el hombre, entre los atributos del Criador y los atributos de la criatura? No: el poder de Dios no es como nuestro poder: su poder lo manda todo: hoy encadena las pasiones, mañana las deja sueltas contra el mundo: nuestro poder no es sino debilidad, incertidumbre y fragilidad. No: la sabiduría de Dios no es como nuestra sabiduría, la sabiduría de Dios coloca sus resultados en causas las mas distantes; la nuestra es vana, limitada y vacilante. No: la santidad de Dios no es como la nuestra: la nuestra apenas reflecta algunos rasgos de la suya. No: la Providencia de Dios no es como nuestra providencia: nuestra pro-

avidencia está limitada al estrecho círculo de nuestros afectos, de nuestros intereses y de nuestras mútuas necesidades. La providencia de Dios se estiende á todo lo que existe en el universo; ella se apodera de nosotros; oye todas nuestras palabras, mira todas nuestras acciones, sigue todos nuestros movimientos, está presente á todos nuestros proyectos, y observa hasta nuestros deseos. Un cabello, dice el Evangelio, no cae de nuestra cabeza sin ella; sin ella, dice Job, el mas mínimo grano de arena no rueda á la orilla del mar: *considerat lapidem maris*. Con la Providencia camina el hombre abandonado á una apacible seguridad, y encuentra toda su fuerza en su misma confianza: con ella; el justo, como si fuese habitante del cielo, permanece tranquilo como esas montañas, cuya serenidad consiste en su altura: con ella, el cristiano moribundo lee su dicha en las tinieblas de la eternidad, y parece que la misma noche de esa eternidad se aclará á su vista y que enjuga sus lágrimas al aproximarse la clemencia remuneradora, en cuyo seno va á entrar. Con ella, todo nos instruye y todo nos deja seguros, mientras que la impiedad que no tiene otra brújula que su orgullo, anda estraviada entre el acaso que no esplica nada, y la nada en que todo se abisma. ¡O providencia! Yo lloro aquel tiempo que

tarde en reconocer que tú eres el descanso de nuestro destierro, nuestra ayuda en la adversidad, nuestra regla en la prosperidad; que tú eres el tesoro del pobre; que...... ¡O qué inefable eres en tus misericordias!

Mis lágrimas son mas que justas cuando advierto que para creer esta Providencia no se necesita mas que fijar los ojos en el gran libro, en cuyas páginas se halla impresa con caractéres que se pueden aprender sin ir á la escuela de la incrédula Filosofía. ¿Qué cosa mas propia para llevarnos al Supremo Dispensador, que ver su Providencia jugando en el universo y burlándose de nuestra prudencia ciega? No hablemos, pues, ya del acaso ni de la fortuna; consideremos y contemplémos en el espectáculo de las cosas humanas á su irresistible motríz; afirmémos nuestra fé con lo que hemos visto y oido durante nuestra vida. A ménos de admitir efectos sin causas ¿quién podrá esplicar tantas agitaciones de las naciones y de los pueblos de ambos mundos, corriendo tras la quimera de lo mejor sin encontrar sino lo peor? ¡Tantos fenómenos sin la Providencia! ¿Los atribuirémos al acaso? Pero el acaso es una palabra sin sentido, á ménos que signifique una cosa no conocida hasta ahora; y entónces no es haber encontrado la causa, sino darle un nombre que no espresa nada;

mientras que el nombre de Providencia es muy dulce al corazon y muy claro al entendimiento. Esto no es sino porque no leemos el dogma de la Providencia en el órden que la prueba.

¡Ay de mí! ¿Es posible que cuando nosotros los cristianos, definimos la Providencia, una razon superior que lleva todas las cosas á su fin, *ratio ordinis rerum omnium in finem in, Deo existens*; cuando reconocemos con S. Agustin, que no hay criatura alguna sobre la tierra que no esté sujeta, quiera ó no quiera, á la Divina Providencia: *Nulla creatura quæ non, velit, nolit, divinæ Providentiæ serviat*; cuando nosotros sobre la fé de todos los sabios, creemos que la Providencia vela sobre las necesidades de la comunidad de los hombres en general, y entónces es y se llama la Providencia universal; que vela sobre las necesidades de cada hombre en particular, y entónces es la Providencia especial; que vela sobre las necesidades de nuestra alma, y entónces es la Providencia eterna; que vela sobre las necesidades de nuestro cuerpo, y entónces es la Providencia temporal; cuando la política del cielo, que gobierna los reyes de acá abajo, atrae maravillosamente los espíritus rectos, á quienes descubre algunos secretos; cuando un historiador célebre, (Plutarco) refiriendo las espediciones de un héroe aun mas cé-

lebre, que ensanchó los límites conocidos de la gloria y asistió él mismo de antemano á la inmortalidad de su nombre (Alejandro) se ve obligado á reconocer que el hijo de Filipo es el agente de un Señor Soberano, superior á todos los soberanos; cuando los filósofos de la antigüedad, que tuvieron ideas tan falsas en materia de Religion, ni aun imaginaron que fuese posible dudar de la Providencia; cuando esta gran verdad les estaba demostrada por el convencimiento íntimo de que la sociedad no podria existir sin la Providencia; cuando ellos conocian que las leyes civiles no tenian un apoyo mas seguro que las leyes religiosas; cuando á sus ojos el enemigo de la Providencia era el mayor enemigo de las naciones; cuando los mas grandes ingenios han adorado siempre esta mano escondida en la nube, que incesantemente ejercita al mundo; cuando se tiene por dicha conocer que cualquiera confusion, cualquiera discordia ó cualquiera injusticia que se advierta en los negocios humanos, todo testifica que está presente la divina Providencia, que todo se gobierna por ella y que su direccion inmutable y siempre atenta, preside á todos los acontecimientos que el tiempo lleva consigo con una prodigiosa rapidez; cuando todos tenemos derecho á preguntarle al acaso si es él quien ha obrado tantos fenómenos; ¡ay,

de mí! repito con lágrimas: ¿es posible que haya insensatos entre quienes unos quieren que haya Providencia, porque no quieren que haya Dios; otros la desprecian porque Dios les parece demasiado grande y el hombre demasiado pequeño; y otros terceros cómo desertores de la Providencia, que á pesar suyo confiesan, cierran los ojos á su luz ó la calumnian con sus susurros ingratos? Yo dejo á los primeros en su culto abominable, en que la muerte es el sacrificador, el sepulcro su altar, la nada el ídolo. El fuego del infierno hará en ellos la impresion que no les hacen ahora mis lágrimas. Yo diré á los segundos lo que tantas veces les han dicho los grandes hombres del cristianismo: Vosotros pretendeis que Dios es un ser inmóvil, pasible en el tiempo y en la eternidad: luego Dios crió al hombre sin designio: él nos arrojó, pues, sobre la tierra como á máquinas indignas de su atencion; pero responded si Dios crió al hombre sin designio, luego es ciego; si lo crió para hacerlo feliz, luego es impotente; si lo crió para hacerlo desgraciado, luego es cruel; sino hay vida futura, luego no crió las sustancias inteligentes sino para destruirlas; sino hay mas que castigos en la otra vida, luego es bárbaro; sino hay mas que recompensas, luego es injusto; si hay premios y castigos, luego es falso que Dios sea indi-

ferente al vicio y la virtud; y entónces qué vienen á ser esas fórmulas hipócritas, de que Dios es demasiado elevado para abatirse hasta nosotros, y descender á pesar nuestras acciones: luego es falso que él duerme en el fondo del cielo sobre sus blandos almohadones; ó mas bien, luego es cierto que no hay Dios, si no hay en él Providencia: en fin luego es cierto (si no hay Providencia) que la sabiduría infinita no gobierna, que la bondad suprema no obra, que la omnisciencia no dicierne. ¡Ay de mi! ¡Quién diera agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas para llorar de dia y noche! El mundo entregado á un fatal destino, sin guia en este vasto navío de nuestro planeta, flotando en medio de las olas y de los escollos. Tal es la blasfemia de la ingratitud.

Yo diré con iguales lágrimas á los terceros: vosotros prorrumpis en quejas contra la Providencia. Con todo eso ¡cuántas dudas han sido aclaradas con ella! El sistema de la Providencia es muy claro, muy bien ligado, muy bien entendido, colocándonos en el punto de vista de la Providencia: nosotros juzgamos de todo de una manera fija é invariable, todos los objetos se tiñen del color que les conviene. La Providencia tiene motivos que tranquilizan nuestra curiosidad inquieta. ¡Oh! ¡qué hermoso curso de ciencia divina hay en la escuela de la Providencia, que es

tambien la escuela de la felicidad! Dichoso aquel que la frecuenta! Ofreciendo sus lágrimas á un Dios consolador; contento con su resignacion sublime y con su noble aislamiento; sordo á las tempestades que granizan en derredor de él; no volviendo la cabeza hácia la multitud de adoradores estúpidos que se atropellan unos á otros en las avenidas de la fortuna; no viendo sino á Dios; no oyendo sino á Dios; no conversando sino con Dios; dándole gracias en la adversidad; mirando sus desprecios como favores, sus pérdidas como ganancias para el cielo, su destierro como camino que lo conduce á la patria; él llora con los que lloran, y canta con los que cantan las maravillas del órden físico, del órden moral y del órden sobre-natural, que son la mejor prueba de la Providencia.

¡O sol! ¡O grande astro! Esclama el cristiano verdaderamente filósofo. ¡O sol! ¡Océano de luz, tus rayos son el mas brillante de todos los himnos á la Providencia! Desde el orígen de los tiempos, tú comunicas la fecundidad y la vida: tú has visto al mundo renovarse, soberbias ciudades levantarse en el seno de los desiertos y sepultarse en ellos, nacer imperios, engrandecerse, decaer, morir, y renacer para volver á morir; pero ¿quién jamas pudo oscurecer tu disco luminoso, ó enfriar tu eje inflamado? ¡O

mar! Esclama tambien con un terror religioso ¡O mar! que te tragas al hombre atrevido, sin epitafio y sin sepulcro: ¿la voz de tus olas no es la voz de la Providencia? ¿Tu superficie y tus profundidades no están sembradas de sus maravillas? El hombre sobre una tabla frágil con abismos sobre su cabeza, y abismos bajo de sus pies; pero guiado á la entrada de la noche por esas lámparas inestinguibles sujetas al rumbo que les ha trazado una mano invencible, y esas barreras que envuelven las aguas sediciosas como se envuelve una criatura en pañales y fajas, *quasi pannis infantiæ obvolverem*, y sobre las cuales parece leerse las firmes amenazas de aquel que las puso; tú vendras hasta aquí, y no pasarás mas adelante: aquí se romperá tu cólera ~~evidente:~~ obediente *huc usque venies, et non procedes amplius, hic confringes fluctus tuos;* ¡o cantor elocuente de la Providencia! yo venero y me rindo á la magestad de vuestras palabras, y ellas me arrancan lágrimas de piadoso reconocimiento, con que repito tu cántico á la Providencia.

¡O insectos! ¿por el acaso componeis vosotros una familia innumerable de individuos, de los cuales uno solo bastaria para testificar la intervencion divina? ¿Por el acaso se reproduce esa multitud de seres vivientes que andan en grupos ó viajan en enjambres ó pueblan los espacios? Re-

ciben ellos del acaso sus cualidades diversas, el compañero del guerrero ardiente, belicoso, intrépido; el compañero del labrador manejable, dócil, é infatigable; el centinela vigilante de nuestros hogares, el guia seguro del ciego; el primer amigo del pobre; el modelo de la paciencia sumiso siempre á pesar de injustos menosprecios y de maltratos aun mas injustos todavía; el rey soberbio de las playas africanas, el humilde dromedario que se arrodilla en las arenas abrasadoras del desierto, para recoger las carabanas errantes? ¿Es el acaso quien perpetúa las generaciones de esos gusanos industriosos, que hilan en su sepulcro la opulencia de las naciones? ¿Es él quien dá á los pájaros sus remos ágiles, propios para el elemento que deben cortar en su vuelo, y á los peces su instinto infalible de la latitud de la menor de las peñas? ¿Es él quien forma en la primavera el nido de esa avecilla diligente y próvida? ¿Al asaso es á quien deben los campos su hermosura y su aspecto risueño, cuyo vestido oculta á los ojos del cazador la liebre y el conejo? ¿Es el acaso quien reverdece esas montañas, cuyo docel es el cielo, y cuyo manto son las nubes? ¡Oh maternal Providencia! ¡Oh conservadora del universo! ¡Estas son las escenas siempre antiguas, y siempre nuevas con que vos rejuveneceis al mundo! Los impios quisieran encender el fuego de la na-

turaleza con su aliento; pero vos haceis que ellos no encuentren sino el caos.

Sin la Providencia ¿qué responderian los impíos á una planta pequeña del campo si les preguntase cuál es el principio de su organizacion, cuál la accion ú el movimiento que apresura su movimiento y diversifica sus colores? ¿Son producciones del acaso el laurel que corona al guerrero en sus victorias; la violeta, símbolo precioso de la modestia; la rosa, con que la piedad compone las guirnaldas de los santos? ¿Son ministros del acaso los canales oficiosos que llevan el jugo vejetal de la raiz al tronco, del tronco á la rama, de la rama á la hoja; en fin, és el acaso quien elabora esos metales lentamente endurecidos bajo el torrente de los siglos? Sin la Providencia, la enumeracion sola de tantos prodigios ofuscaria nuestro entendimiento. Sin ella ¿quién esplicaria la estructura de nuestra máquina tan frágil, y la duracion de nuestra vida? En las obras que trabajamos con nuestras manos ¡qué inmenso aparato de ruedas que se embarazan unas á otras! En el edificio de nuestro cuerpo, la perfeccion está en el órden que se advierte en él: todo está en su lugar, todas las frotaciones son suaves, no hacen ruido, y su silencio es augusto. ¿Qué ruido hace mi ojo, cuya pupila es de tres líneas y abraza un ejército? ¿Eran con-

ducidas por el acaso esas manos sabias que espresaban sobre un lienzo las obras escogidas de la Providencia? ¿No se bendice esa Providencia en la mágia viva de sus pinceles, en la energía valiente, en la sublimidad angélica de ese Rafael de Urbino, que supo hacer visibles las sustancias celestiales? La Providencia madura los talentos de todo género como los frutos de toda especie. ¿Y la memoria? ¿Cómo la oyen y entienden nuestros sentidos desde que ella manda? ¿Por qué medios aumenta ella su tesoro? ¡Ah! ¡Unos pequeños hacecillos de fibras graban en la sombra del cérebro á un mismo tiempo los anales del genio, de la gloria y del crímen! ¡O hombre! Tú no eres sino un ingrato: tú siembras, tú riegas, ¿y quién es el que da el incremento? Tú recoges la cosecha, tú separas el trigo de la paja, tú lo conviertes en harina, tú lo comes sin saber por qué misterio oculto tus alimentos se convierten en largos arroyos de púrpura que hinchan tus venas y hacen palpitar tu corazon. ¡Ay! Él debiera palpitar de reconocimiento á la vista de un milagro que escede á todos los demas! En fin, esos hombres prodigiosos que aparecen de cuando en cuando sobre el teatro del mundo, ¿es el acaso quien los trae y los lleva de obstáculo en obstáculo hasta el colmo de su gloria? ¡Incurables materialistas! La razon

fulmina contra vosotros un anatema, segura de obtener un nuevo triunfo de la Providencia con el órden moral.

¿A quién debemos el prodigio, siempre subsistente, de nuestra inteligencia? ¿Es por el acaso que el hombre, vasallo del cielo y rey de la tierra, goce de todo lo que existe y de todo lo que respira; que despues, recogiéndose hácia la parte distintiva de su ser, y remontándose á la fuente de sus facultades se detiene en la potencia con que percibe, compara y juzga; que va de un principio cierto hasta una consecuencia indubitable, alumbrado por esa luz doméstica que le muestra lo verdadero y lo invita á apoderarse de ello; que á veces sondea los atributos del ordenador de todas las cosas y la esencia de los objetos mas inaccesibles? No: la inteligencia del hombre es un rayo divino que no cesa de ser animado por un soplo tambien divino. ¿A quién debemos nosotros esa libertad, fundamento de nuestros méritos, y sin la cual la cadena de la necesidad gravitaria sobre nuestras acciones y las dejaria sin vida? ¿A quién debemos ese deseo de una bienaventuranza sólida y durable, inquietud misteriosa que encanta nuestra existencia? ¿A quién debemos ese gusto de la inmortalidad, cuyo atractivo es invencible y que coloca al hombre á la cabeza de todas las criaturas y en todo el esplendor de sus

altos destinos? ?A quién debemos esa conciencia, tribunal privado en que cada uno de nosotros se juzga á sí mismo, esperando que el árbitro Soberano confirme la sentencia? ¿A quién debemos esa voz del remordimiento, suplicio inevitable de los malos, á quienes turba hasta en las sombras de la noche? ¿A quién debemos esas delicias puras que se esperimentan despues de una buena accion? ¿A quién debo yo estas lágrimas que vierto sobre los ingratos á la Providencia?

Y esa ley grabada en nuestro corazon de una manera inalterable ¿es el acaso quien defiende y conserva sus caractéres indelebles? ¿Es el acaso de quien esa ley ha recibido su inalterable conformidad á las necesidades del hombre, que encuentra en ella la salvaguardia de su debilidad, el término de sus incertidumbres, la prenda de sus esperanzas, el título de su reino futuro? ¿Y la virtud? ¿Se puede concebir sin un Dios protector? ¡La virtud! ¡Qué serenidad en su semblante! La virtud lleva escrita sobre sí misma la nobleza de su linage: como sus pensamientos no tienen por objeto sino al cielo, cuando se recoje á la contemplacion, una alegría indecible se apodera de toda ella y la inunda: lo que la impiedad cree ver como montañas, no es para ella sino átomos: en su balanza un imperio no es mas que un grano de are-

na: el enojo y fastidio, ese veneno lento de la vida, no corrompe sus dias: ella fabrica sobre el abismo de la muerte un puente que cubre su profundidad y une las riberas del mundo presente y las del otro mundo; deja para el vicio sus tristes progresos, porque ella tiene otros, tiene todos aquellos que le es permitido desear; y cuando tuviera ménos, nada le faltaria por eso al hombre justo, porque le quedaria la paz, ese tesoro inestimable que es la salud del alma, que equivale á todo y que nada puede compararse con ella. Yo pregunto, pues, si la virtud es obra del acaso?

¿La caridad no es la Providencia puesta en accion? ¿Bajo de qué imágenes se presenta la Providencia? Ya es una gallina trémula que al menor peligro congrega sus polluelos bajo sus alas; ya es una águila que carga con sus aguiluchos hasta el trono de la luz, y acostumbra los ojos débiles de estos á sostenerse delante del resplandor del sol; ya es una amiga tierna que no falta jamas á su palabra. ¡Y la amistad! ¡O Providencia! Tú eres tambien la que has plantado en los desiertos de la vida ese árbol inmortal, siempre cargado de flores y de frutos, de satisfaccion y de sacrificios. ¡La amistad! ¡Autoridad de sentimiento, cuya censura es una ganancia, y cuya alabanza es una dicha! ¡Qué dulce es hacer el bien en com-

pañía! ¡Qué dulce cosa es amarse sobre la tierra antes de amarse en el cielo! La amistad lleva á dos cristianos á la mas heróica perfeccion, y los introduce en la eternidad, donde la Providencia continúa haciéndolos juntos para siempre felices. ¡O amistad! don precioso de la infinita bondad: ¡qué hubiera sido de mí sin tus favores puros y desinteresados, tan diferentes de la fria filantropía? ¿Tus dulzuras podian ser efectos del acaso? ¡Ay de mí! Y despues de haber sido colmado de tantos beneficios ¿podria yo faltarle á la Providencia, que no me faltó jamas?

Examinemos por un instante, aunque yo interrumpa mis lágrimas, el mas señalado beneficio de la Providencia y el testimonio mas decisivo en favor suyo. ¡No hay quien no tenga noticia de ese pueblo precursor del cristianismo; de ese pueblo, enigma de la historia sin la Providencia; de ese pueblo incomprensible sin ella, inmutable en sus tradiciones, en medio de los imperios que se succeden en derredor de él, agolpado sobre los escombros de su pais, ó atravesando los demas paises sin territorio, sin autoridad, sin gefe; pueblo verdaderamente singular y único! Su culto hace toda su desgracia, y él lo observa; su error es todo su crímen, y él está bien hallado con su error: él inmoló á su libertador y lo espera. ¡Ah! ¡Su legislacion! ¡Qué respuesta á los enemi-

gos de la Providencia! Y su legislacion redactada hasta con sus pormenores, por un hombre prodigioso, sin que nunca su obra haya necesitado ser corregida, añadida ó modificada por él ó por otros. Ella sola ha podido desafiar al tiempo, porque ella no le debe nada, ni espera nada de él: ella sola pudo vivir mil quinientos, y aun despues que mil años nuevos han pasado tambien sobre ella desde el grande anatema que la hirió en aquel dia tan marcado por la historia, y tan sabido de todos; nosotros la vemos viviente, por decirlo así, con una segunda vida; la vemos conservarse todavía y reunir con cierto lazo que no tiene nombre, las numerosas familias de una nacion dispersada sin ser desunida, obrar á distancia, y formar un todo de una multitud de partes, que no se tocan entre sí. ¡Legislacion cuya duracion bastaria para manifestar al autor de ella!

¡O! Qué instruccion adquiere aquel que viaja con la antorcha de la antigüedad sin perder de vista la Providencia! Él ve caer á Samaria, á la opulenta Damasco, á la soberbia Tiro y á Tébas, la abuela de las ciudades; á Anthíoco derrotado, despues de haber sido el martillo que hizo pedazos las naciones. En medio del ruido espantoso que los tronos hacen destruyéndose, él bendice la mano oculta que conduce en silencio y al traves de todas esas

agitaciones y ruinas un proyecto de un órden superior, y que por medios secretos dirige todas las vicisitudes y todas las catástrofes de las generaciones que mueren á la gloria del cristianismo, al cual descubre en fin, despues de cuatro mil años de preparacion, en que todos los acontecimientos habian sido trazados como sobre un lienzo para él solo, que lanzándose de su cuna se apodera del universo,

¿Es el acaso quién sostiene desde su venida á esa Religion, de la cual no era sino sombra la primera? ¿Esa Religion que produce las acciones sublimes y los sacrificios generosos? ¿Esa Religion, baluarte de los imperios, y código infalible de los príncipes; esa Religion, madre y familia de los que ya no la tienen; esa Religion ante la cual no hay ni rivalidad, ni privilegios, sino combates de caridad, y emulaciones del martirio; esa Religion, que si se observasen sus oráculos, no haria de todos los pueblos sino un solo pueblo; esa Religion que mantiene la armonía en el seno mismo de todas las opiniones, de todas las codicias, de todos los intereses; esa Religion que coloca sobre las ruinas del tiempo ciertas instituciones en que ella imprime el sello indeleble de su fuerza soberana; esa Religion que abate á las magestades de acá abajo delante de la magestad de lo alto;

esa Religion que congrega y une con un nudo sagrado todo lo que asegura la prosperidad de los estados, para quienes ella es la única razon en sus dogmas, y la única moral en sus preceptos; esa Religion, que porque es amable para los que padecen debe ser odiosa á los que hacen padecer; porque es dulce y consolante para los que lloran, debe ser terrible para los que rien; esa Religion que no tiene por objeto sino conducir los hombres al cielo sin mezclarse jamas en los gobiernos de la tierra como no sea sirviendo de medianera, de guia, de luz, de apoyo, de escolta, de medicina, de consuelo, de asilo, y que en definitiva, todo lo que pide es su libre pasage; esa Religion, en fin., la Providencia visible de los miserables mortales! . . . .

¡Cómo respira la Providencia en el órden sobre-natural! ¡Cómo se oye salir de todas partes una voz, que es la voz de la Providencia! ¿Por qué os afligis, mortales? Refugiaos en el seno maternal de mi Religion: ¿no tiene ella un banquete siempre preparado para vosotros? Si alguna vez andais errantes, hechos el juguete de los acontecimientos, ¿no he puesto yo mis templos sobre vuestros caminos como otros tantos hospicios para recibiros? ¿No estoy yo con vosotros á la hora del infortunio y á la hora del descanso? Vuélvanse, pues, vuestros afectos há-

cia mí: ¿no soy yo digna de ello por mis beneficios? ¿Hay algun amor mas durable que el mio? Los que se entregan á mí jamas tienen de que afligirse ni de la inconstancia ni de la pérdida del objeto amado.

Con estas verdades tan consolantes, y con estas quejas tan amorosas, con pruebas tan claras como dan el órden físico, el órden moral y el órden sobre-natural; la fé de la Providencia deberia ser el dogma universal, y su ley la regla de todos. ¡Ay de mí! ¿Cuántas lágrimas *eran* necesarias para llorar la ingratitud de los enemigos de la Providencia y la censura atrevida de tantos que la acusan por sus caminos incomprensibles! ¡Sofistas *incrédulos*! ¡O negad el órden ó no *negueis* la Providencia!

LLANTO OCTAVO.

¡Ay! Se niega la Providencia por el desórden aparente que nada prueba contra ella.

No; la apariencia del desórden nada prueba contra la Providencia. A esta proposicion creo ya ver á sus enemigos asaltarme todos en tumulto: unos me oponen la naturaleza y sus azotes, sus trastornos, sus discordias: otros me oponen la moral con las desigualdades notables que ella tolera y las terribles aflicciones que ella justifica: otros me presentan la Religion y sus combates, sus pérdidas y sus desgracias. Yo lloraba poco ántes el olvido de las maravillas de la Providencia en el órden fisico, en el órden moral, y en el órden sobre-natural; ahora la impiedad va á buscar armas en la profundidad de los cielos y en las entrañas de la tierra; es pues, preciso defender el órden fisico: la debilidad que cede al menor viento de la adversidad y á quien el nombre solo de sufrimiento espanta,

debe ser confundida defendiendo el órden moral: la indiferencia es quien imagina pretestos en las guerras de la incredulidad y de la fé; es, pues, necesario defender contra ella el órden religioso. Yo voy á continuar mis lágrimas, volviendo á abrir el proceso del reconocimiento cristiano, contra la ingratitud ya juzgada en última instancia por una multitud de jueces.

Los enemigos de la Providencia se precian de lógicos invencibles; discurramos, pues, con ellos: concedámosles que son reales y verdaderos los desórdenes con que hacen tanto ruido: yo encuentro en ellos mismos un argumento irresistible en favor de mi proposicion. ¡Grandes lógicos! Enseñadnos ¿cómo, sin la Providencia, existe el mundo, despues de tantos siglos, con el desórden de los elementos, con el desórden de las sociedades, con el desórden de todos los errores? ¿Cómo hasta ahora no ha desaparecido la tierra con sus devastaciones, con sus inundaciones, con sus erupciones, con esas grandes mortandades que se llaman victorias, y en especial con las pasiones de sus habitantes, todavía mas crueles que todas esas plagas? El buitre de la ambicion, la negra vívora de la envidia, el odio sordo, la incontinencia devoradora ¿no son bastantes para despoblar la tierra? ¿Tambien alegais desórden en la

Religion? En la Religion que lucha, desde que bajó del cielo, contra el sofisma encaprichado, contra la temeridad atrevida, contra la triste apatía que en lugar de tranquilizar las conciencias, no tranquiliza sino los vicios; en la Religion calumniada en su fundador, en las profecías que arrojan tanta luz desde su cuna; en los milagros que son sus letras credenciales; en su ley, verdadero tesoro del género humano? Tales son las tres especies de desórdenes que se echan en cara á los adoradores de la Providencia. ¡Ay de mí! Pero yo pregunto con lágrimas: si no hay Providencia ¿cómo tenemos todavía un órden físico, un órden moral, un órden sobre-natural?

Apresurémosnos á dividir su defensa como su ataque, y á combatir con filosofía cristiana á nuestros enemigos uno á uno. ¡Impíos! Si no hay Providencia, ¿luego vosotros poneis en su lugar al acaso? Pero el acaso, que es el sinónimo de Providencia, en boca de los ignorantes y sencillos, es una blasfemia en la vuestra. ¿Se podria hallar en las obras del acaso la mas mínima huella de regularidad? El acaso no tiene leyes; es ciego y caprichoso, y no tiene ni objeto ni prevision: los efectos del acaso participarian de su principio; empero todos los pueblos invocan en sus necesidades el socorro de un Ser Supremo; el novador es-

travagante á quien le parece inútil invocar un Ser que todo lo ve, que todo lo conoce, y que todo lo puede, jamas ha contradicho el dogma de la Providencia; él lo supone, supone que hay un Ser Criador que rige el universo: regir el universo, es criarlo en todos los instantes, y si es absurdo atribuir la primera creacion al acaso, ¿quién se atreverá á atribuirle esa serie no interrumpida de creaciones diversas? Cuando solo se ve por encima el espectáculo del mundo, el primer golpe de vista no nos ofrece sino una obra imperfecta. Pero no precipitemos nuestro juicio; tratemos de descubrir el punto desde donde conviene mirar los objetos, y entónces no encontrarémos sino infinita sabiduría donde parecia no haber sino defectos. Porque ved aquí todo el misterio de los consejos de Dios y su gran máxima de estado: á fin de que el hombre viva en una perpetua espectacion de la eternidad, Dios ha querido mezclar en el órden admirable que reina en sus obras algunos desórdenes aparentes, de donde nosotros pudiesemos conocer que sus designios no dependen ni de los dias, ni de los años, ni de los siglos que delante de él pasan como instantes, *junge cor tuum æternitate Dei.* Por ventura ¿la tierra debe parecerse al cielo? ¡Censores temerarios! ¡Con vuestro entendimiento, á quien un mosquito desconcierta, y

al que la ala de una mariposa confunde con sus maravillas, ¡pretendeis vosotros juzgar del conjunto del universo y del órden de sus partes! ¿Juzgariais tan temerariamente de un cuadro por algunos pedazos de lienzo dispersos acá y acullá? ¿Juzgariais tan inconsideradamente de un edificio en que no se os permitiese ver sino el muzgo que lo cubre? ¿Juzgariais tan ligeramente de un libro que vosotros no hubieseis ojeado sino por encima? ¡O Providencia! ¡Si vos fueseis un monton de oro ó un rey poderoso que mañana dejara de existir, vos seriais digna de sus homenages; pero porque estais tan elevada á donde ellos no entran jamas, y tan magnífica por fuera donde vos os manifestais como un Dios, ellos os desprecian y os desconocen! Las bellezas de que sois criadora y conservadora no son sino velos que os ocultan á sus ojos enfermos, ó mas bien ellos no tienen ojos sino para encontrar en toda hermosura manchas y sombras, *oculos habent, et non videbunt.* Yo los tengo para llorar su ceguedad.

Pero esas guerras obstinadas, dicen ellos, que se tragan generaciones enteras; esos terremosos continuos; ese cólera-morbo desastroso; esas nubes que cargan la muerte en sus entrañas; esa piedra asoladora de las mieses cultivadas con el sudor del pobre labrador, ¿quién reconocerá la

Providencia con tantas calamidades? ¡Ay de mí! Escuchad á Isaías: los profetas son tan buenos lógicos como los filósofos: »la »cólera de Dios, dice, ha estallado como un »torbellino, y su semblante se ha manifes»tado como un brasero ardiente: las tem»pestades eran su artillería y las tinieblas »su pabellon: una lluvia de fuego caia de »su seno, y su trueno resonaba como una »tempestad de rayos: las flechas de su car»caj volaban, trastornando las fuentes »de las aguas y los fundamentos de la »tierra: el Señor ha destruido á los ma»los».... Ved ahí la causa y los efectos de un lenguage que Dios solo puede inspirar á los pregoneros de su Providencia Yo prescindo de que á veces ella es mas indulgente que insolente el crímen: poco importa saber de qué medios se sirve: en su mano todo es castigo ó perdon, misericordia ó diluvio segun su voluntad. Lo que nos importa saber es que la Providencia, llegando á ser justicia, es siempre la Providencia, siempre es el dedo de Dios, *digitus Dei est hic*....

Pero ¿por qué, prosiguen nuestros censores, porqué consiente ella tantos séres inútiles?...... Por la razon de que ella no obra como nosotros de una manera limitada. ¿Lo infinito será un atributo de que se le deba despojar, porque nosotros no podemos comprenderla? ¿No es preciso reconocer que hay mas verdadera sabiduría

en este axioma, *Dios nada ha hecho en vano*, que en todos los libros de los sabios? *Portans omnia, gubernans, et fovens omnia verbo virtutis suæ*, dice San Juan Crisóstomo. Con este axioma se sabe la hermosura y la utilidad de las cosas mas comunes y la concordia perfecta de todas estas cosas entre Dios y el hombre. Pero ¿por qué tantos objetos nocivos que afean las obras de la Providencia? Es verdad que ella es quien envia la esterilidad á los campos, quien da á las flores sus espinas, la ferocidad á las bestias salvages, la impetuosidad á los vientos: ¿y qué? Todos estos objetos que os inquietan, no son estraños á la economía de la Providencia, antes bien ellos la celebran á coros: *Laudate Dominum de terra, Dracones et omnes abyssi, ignis, grando, nix, glacies, spiritus procellarum*. ¿Pero la muerte con todas sus angustias?..... ¿Y qué? Nosotros caminamos sobre los cadáveres de los imperios, y el hombre querria vivir siempre? ¿No es bastante para él la inmortalidad del cielo? ¡Pero el tener que trabajar!..... Los ricos que no tienen nada que hacer, llevan una carga mucho mas pesada. Cuando la opulencia exime al hombre del trabajo, la ociosidad lo consume y oprime con el peso del tiempo. Pero el dolor!..... Sin el dolor el cuerpo se romperia al menor encuentro. Dios ha criado al hombre, para que no se apo-

ye en sus própias fuerzas, y léjos de que el acaso se encargue de un ser tan frágil como el hombre, su fragilidad misma prueba que necesita de un Dios benéfico para médico y para amigo suyo.

Todavia, si estas recriminaciones contra la Providencia viniesen de los infelices á quienes parece que todo les obliga á renegar de la naturaleza; pero ¡cosa estraña! de los labios de aquellos que tienen mas motivos para alabarla y darle gracias salen esas quejas indignas de oirse, y solo dignas de llorarse. Yo creo que su impiedad es un bostezo de su mala conciencia: con la Providencia hay cuentas que dar, y un juicio terrible que sufrir. Sí, de la molicie, de las habitudes perversas, de los refinamientos del lujo, de la esplendidez de las mesas, del seno de todas las dulzuras de la vida, se levantan esos clamores de la ingratitud. ¡O Providencia! No, no es ni el enfermo en el asilo de la caridad, ni el pobre en su triste choza, ni el labrador en medio de su campo que riega con sus sudores, ni la madre rodeada de una familia numerosa que le pide pan, ni el marinero que disputa con los abismos su triste existencia, ni la vírgen abandonada que se refugia en el seno de la piedad ó de la confianza; no, no son los infelices los que os desconocen y os abjuran; ellos no ofrecen inciensos á esa estraña divinidad inventada, á ese ídolo cie-

go y sordo que quisiera destronar á la Providencia; ellos no preguntan dónde está la compensacion de sus sufrimientos y de sus lágrimas; ellos saben que está en las riquezas futuras, y que tienen su patria, su herencia, y su corona en el cielo.

Los infelices no requieren ni interrogan á la Providencia sobre la distribucion, que llaman injusta, de males y de bienes, ni sobre la inconstancia de la tierra, ni sobre la inmensa mayoría de los que lloran: tales son sin embargo, las tres principales acusaciones contra la divina administradora de los negocios de acá abajo. ¡Cómo! ¡Se dice, la impiedad en glorias y en honores, la fidelidad en la tribulacion y en la miseria! Esta terrible distribucion aflige y amarga. ¡Cómo! Se dice tambien, si la Providencia es la amiga constante de los hombres, ¿de donde viene que nada sea constante entre nosotros? En fin, ese rio de lágrimas que inunda todo el mundo, ¿como la Providencia no le contiene ó lo seca en su fuente?

¡Indiscretos! ¿Quién os ha dado el derecho de tomar la palabra en nombre del justo que no os conoce ni os quiere por abogados? Vosotros veis las lágrimas que él derrama; pero no veis la mano que se las enjuga. Sabed, pues, que los enemigos de Dios caen y no se levantan mas; ellos sufren bajo el peso de las pruebas y tribulaciones; y sus amigos aunque esten ca-

gados de desgracias caminan siempre como valientes soldados que llevan con gusto la mas pesada armadura. Entrad en un corazon sostenido por la fé y animado por la esperanza: él nada en el seno de las delicias de la paz; el cielo ha bajado á él, mientras que el infierno está en el vuestro: ¡pecadores felices! ¡Escuchad mis lamentos, y no os lisonjeeis de vuestra suerte; vuestra impunidad es vuestra reprobacion, porque ella es señal cierta que la Providencia nada quiere quedar á deberos en la última hora.

¡Necios! ¡Yo me lamento de vuestra inconsideracion! Puntualmente en la instabilidad de los bienes de la tierra reconozco yo la autoridad soberana de la Providencia, que se complace en levantar á unos sobre las ruinas de otros, y en introducir cada dia nuevos actores sobre la escena: y ¡qué de pensamientos útiles nacen de estas revoluciones instructivas! Desde entónces la felicidad no consiste ya sino en el testimonio interior: la consideracion no se busca en la demasiada estimacion de sí mismo: los sufragios de la opinion voluble desaparecen como quimeras. Se reconoce, en fin, que el estado de esta vida debe ser un estado penal, al que sucederá otro estado en que á la virtud acompañará siempre la dicha, y al crímen el castigo para siempre. Tal es la grande obra de la Providencia.

¡Pobrecitas almas las que no cuidais de estudiar y contemplar la economía saludable de la Providencia! La adversidad es la mejor directora del cristiano, y las aflicciones y trabajos son para nosotros ó monitores severos que, desterrando la cobardía, introducen la confianza, ó guias ilustradas que, mostrándole el término á la paciencia, le allanan el camino verdadero. No es menester mas que una sola virtud para aprovechar de los golpes de la adversidad; á saber: la sumision á la Providencia, y ¡se necesitan tantas para no abusar de los encantos de la prosperidad! Cuando el justo entra en combate con el infortunio, Dios no solamente lo purifica de sus faltas pasadas, lo defiende de las futuras, y lo madura para el cielo, sino que tambien las afliecciones del justo, por una santa aceptacion, pueden convertirse en provecho de los pecadores. Padeciendo, él sacrifica realmente por sus prógimos. ¡O! ¡Cuánto distan las máximas eternas de las máximas superficiales del tiempo! ¡Ay de mi! Cuando el hombre mas hábil ha agotado su entendimiento y consumido su corazon en estériles especulaciones; cuando él ha pasado su vida sin haber gustado jamas las cosas del cielo; cuando él no tiene sentimiento alguno religioso, ya no hay medio alguno para hacer que él oiga y entienda las verdades que le pudieran aprovechar; lo que no

prueba otra cosa que su eterna infelicidad.

Empero la Providencia por sí misma va á refutar todas las quejas y todas la censuras. ¡O reyes! A veces yo humillo vuestras cabezas, y empaño el brillo de vuestras diademas; pero es para enseñaros que la independencia pertenece á solo Dios, que es el que comunica la autoridad á los reyes, y se la retira cuando le agrada, y que los estados para prosperar tienen, como los árboles, tanta necesidad del cielo como de la tierra. ¡O magistrados! A veces mi balanza pesa la vuestra, y pongo sobre ella tentaciones y pruebas; pero es para advertiros de los lazos de la seduccion y para que seais las imágenes de aquel que juzga las justicias. ¡O guerreros! Porque vosotros desterrais de los campos de la victoria á aquel que la da, á veces la derrota viene á secar las palmas sembradas por el valor. ¡O vosotros, los que vivis ocupados en el comercio! á veces yo envio los reveses á comprometer vuestro nombre; pero es porque vosotros habeis olvidado el mio. Yo debo á mi gloria vuestra caida. ¡O vosotros, hijos supuestos del acaso, que con él jugais todos vuestros bienes y tambien los agenos! á veces yo le encargo vengarme y arrancar lágrimas de unos ojos que nunca habian llorado, porque vuestras locas combinaciones son otras tantas injurias á mi sabiduría, y vuestra rui-

na es la mas elocuente abogada de la Providencia contra el acaso. ¡O padres de familia! Yo habia bendecido vuestra union, yo os habia confiado hijos que pudiesen ser el lazo de vuestros afectos y los báculos de vuestra vejez; pero porque vosotros habeis abusado de mis dones, la muerte por órden mia, ha cortado la trama de sus dias: ellos hubieran perecido, víctimas de vuestras crueles condescendencias. ¡O artesanos! ¿Es falta mia, si vuestros artificios y engaños alejan la beneficencia y arruinan vuestro bien-estar; si vuestros desórdenes debilitan vuestros brazos y causan vuestras enfermedades? La salud, el bien-estar y la dicha no habitan sino con el trabajo, con el órden y con la virtud. Y vosotros, que por falta de fortuna, habeis caido en una profunda miseria; que no teneis ya amigos, y no veis donde reclinar la cabeza? ¡Qué dignos sois de vuestra suerte! ¡Ay! ¡Vuestro remedio seria levantar los ojos hácia el autor de las verdaderas riquezas y volver la cara hácia la distribuidora de todos los bienes! ¡Y tú, jóven blasfemador! que me ultrajas porque no te ha quedado la vida sino para los remordimientos y para el sentimiento de ver llegar el término de tus placeres; que no ves el descanso sino en el silencio de la nada, y no ves la hora de que llegue el instante en que desciendas al caos; ¿te acuerdas

que tu vida no ha sido sino un escándalo, que tú has sido el sobornador de la inocencia, el despreciador de cuanto hay mas sagrado, el admirador de cuanto hay mas vil y despreciable, el terror de la virtud que huia ó se ruborizaba delante de tí? No te quejes, pues, del abandono en que te hallas: tú eres quien abandonaste á la Providencia.

¡Qué no tendria que deciros la Providencia! ¡O pobres mortales! ¡Qué inconsideradamente os atreveis á culparla de los estragos que causa el carro de sangre y de lágrimas, cuyas ruedas inevitables todo lo atraviesan! Yo os pregunto, ¿la Providencia duerme porque tiene por ministros á los calculadores sistemáticos? Pero la Providencia misma va á justificarse. Hace mas de medio siglo que el orgullo de la incrédula Filosofía me ha declarado la guerra, y en medio de su delirio, que ella llama sabiduría del siglo, ha amontonado sistemas sobre sistemas para escalar el cielo. Yo he sufrido bastante su demencia. Porque yo lo he he hecho todo para el hombre, ¿él no debe ignorar nada? Ayer no existia él, ¿y ahora su débil vista podria comprender mi ser incomprensible? Saldré, pues, ya de mi larga paciencia: que el ángel esterminador que lleva el huracan, la pálida hambre, la peste mortífera, la destructora discordia, la confusion de lenguas,

da ceguedad de........ pero no; á nuevos crímenes, nuevos castigos. Yo encargo á la impiedad el cuidado de mi soberanía desconocida; yo le subdelego mi poder: que el universo tiemble á la vista de millares de hombres que se dicen filósofos y de millares de otros que les siguen. En lugar de mi sacrificio incruento que tengan sacrificios humanos; en lugar de mi código, códigos de sangre; en lugar de la dulzura de la paz, los suplicios del remordimiento y de la desesperacion. Así se cumplirán mis oráculos. Yo lo he anunciado por boca de mis profetas: cuando la impiedad mande, ya no hay que esperar para los pueblos sino la éra de las calamidades: *Cum impii sumerent principatum, gemit populus......* No permita Dios que yo entienda por este mando y principado el gobierno de los príncipes. Mi esplicacion del testo que acabo de citar está contenida en el triste cántico del profeta que anunció fielmente los acontecimientos, tanto alegres como funestos, de la futura Iglesia. ¿Qué rugidos son estos, dice, que se oyen por todas partes, que parecen de gente amotinada, aunque en vano, dispuesta á abatir el reino invisible de Dios y el reino visible de Jesucristo? *Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?* Ni esta gente es toda vulgar; hay entre ella muchos que llevan una especie de

corona entre los ingenios humanos y que gozan el principado de la ciencia profana: *Astiterunt reges terræ, et principes convenerunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum ejus.* Pero nosotros no seamos tan necios que querramos someter nuestro cuello al yugo de sus vanos pensamientos; yugo mucho mas duro que el de la fé sostenida de una autoridad infalible. *Dirumpamus vincula eorum; et projiciamus a nobis jugum ipsorum.* Estemos ciertos de que aquel que habita en los cielos y es el monarca del universo se burlará de esta arrogante locura: *Qui habita in cœlis irridebit eos; et dominus subsannabit eos.* Estemos tambien ciertos que si ahora, cegados de su soberbia, desprecian la divina palabra, no la despreciarán á la hora de la muerte y por un justo y terrible juicio con esta su creencia no conseguirán su salvacion sino una horrible turbacion: *Tunc loquetur ad eos in ira sua, et in furore suo conturbabit eos.* No sucederá así al que con corazon sencillo y sin pasion vea en Jesucristo perfectamente verificadas las promesas hechas al mundo de un reino espiritual, que tiene por bases la escelencia de su doctrina y la santidad de sus preceptos: *Ego autem constitutus sum rex ab eo super Sion montem sanctum ejus, predicans præceptum ejus.* Y ven

tambien, por evidentes pruebas, que él es el unigénito y coeterno hijo de Dios solo capaz de salvar al hombre, *Dominus dixit ad me: filius meus est tu, ego hodie genui te.* De donde únicamente ha podido provenir que su nombre sea célebre y venerado en todas las naciones en que alumbra el sol: *Postula a me, et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possesionem tuam terminos terræ.* Y el que haya tan fácilmente disipado sus antiguas supersticiones, como otro haria pedazos un vaso de barro hiriéndole con una barra de hierro: *Reges eos in virga ferrea, et tamquam vas figuli confringes eos.* Acabad de entender estas cosas y curaos de una vez. ¡O vosotros, los que por tener un ojo os considerais reyes entre los ciegos, é intentais ser árbitros soberanos y jueces del humano saber: *Et nunc reges intelligite; erudimini qui judicatis terram.* Pero no penseis entrar en esta escuela divina sin deponer antes vuestros deseos inmundos, y sin vestiros de aquella confianza consoladora, que es hija de la humildad cristiana: *Servite Domino in timore; et exultate ei cum tremore.* Entended, digo, y aprended antes estas cosas para evitar así el último castigo, que seria el de perder enteramente todo medio de vuestra salvacion: *Apprehendite disciplinam, nequando irascatur Dominus, et pereatis*

de via justa. Y acordaos que la ira de Dios, que no está léjos, solo perdonará á aquellos que de la mentira, en que la tenian colocada, hayan puesto su esperanza en él solo y en sus santísimas verdades: *Cum exarserit in brevi ira ejus, beati omnes; qui confidunt in eo.*

Aquí mis lágrimas se convierten en admiracion, porque ¿cómo es posible que no crean en la Providencia esos ateos de deseo, que niegan á Dios en su presencia? ¿esos fautores de la mas degradante nulidad de principios, que quieren confundir todas las creencias para que no quede ni vestigio de alguna; esos provocadores de un sueño de muerte, que ellos llaman la paz ó el descanso eterno, y de una falsa tolerancia, último atrincheramiento de los novadores modernos; esos artífices de una corrupcion universal, en que las grandes verdades de la moral no serian ya sino escándalos para unos y sueños para otros? ¿Ese escritor famoso que por tanto tiempo dirigió contra los católicos la artillería de su arsenal siempre encendido, hinchado con el abuso de todos los talentos y con el ruido de su celebridad; ese géometra cartulario que osó trasmitir á las generaciones futuras sus títulos de impiedad en una correspondencia que parece dictada por el príncipe de las tinieblas; ese declamador fogoso y descarado, propagador de la doctrina de la

nada, cuyos corolarios han sido las desgracias de su propia nacion donde fabricaba una enciclopedia y demolia un reino; ese energúmeno cuyos voluminosos escritos ofrecen el modelo del mas vergonzoso cinismo, heregía de contradicciones y de foferas, cuyas aserciones son tan humillantes como funestas, reduciendo la obra entera de la creacion á un conjunto de máquinas? ¡Ay de mí! Y ¡ay de aquellos que no se convenzan por estas pruebas que los enemigos de la Providencia son al mismo tiempo los enemigos del órden, de las costumbres y de los imperios; mientras que los verdaderos sabios y las almas verdaderamente virtuosas han sido siempre el ornamento, la fuerza y el sosten de los estados. Yo al presente no citaré á otros que á esos hombres inmortales de que se gloría la Iglesia: ese Crisóstomo, cuya lengua incorruptible poseia la incomparable mágia de humillar las testas coronadas armadas de su fuerza; ese Agustin cuya sensibilidad atraia todos los corazones, al mismo tiempo que su elocuencia convencia todos los entendimientos por que su lógica era la de la verdad; ese Atanasio que tenia el genio de la firmeza; ese Ambrosio cuyo báculo era respetado del cetro. ¿Y por qué del otro sexo no citarse á esa Rosa, modelo de las demas flores puras y olorosas de la América, que siendo todas *monandras* en la fé, fueron *poligi-*

nias en todas las virtudes como cultivadas por un mismo jardinero celestial en el hubertoso campo de la Iglesia Católica?

¡Almas cristianas, que conmigo creeis, confesais y adorais la Providencia de Dios, acompañadme con vuestras lágrimas animadas de una viva fé y del mas humilde reconocimiento, á entonar aquel cántico dulce de David! Mientras yo me deje gobernar por mi supremo Señor nada me faltará: *Dominus regit me, et nihil mihi deerit.* Los desiertos mas estraños serán para mí, amenísimos y hubertosos pastos: *In loco pascuæ ibi me collacavit.* La sombra terrible de la muerte me verá constante é intrépido si yo tengo á mi lado esta amable Providencia: *In medio umbræ mortis, non timebo mala; quoniam tu mecum es.* Sea vara con la que me guie, ó baston con que me hiera, el pensar solo en ella, dejará siempre en mí la misma paz y la misma alegría de mi espíritu: *Virga tua, et baculus tuus; ipsa me consolata sunt.* Porque estoy seguro que de un modo ó de otro su misericordia me asiste y promueve mis pasos fuerte ó suavemente hasta ponerme en los umbrales del rebaño eterno en el paraiso: *Et misericordia tua subsequetur me omnibus diebus vitæ meæ: ut inhabitem in domo Domini, in longitudine dierum.*

LLANTO NOVENO.

¡Ay! ¿Se intenta subrogar la filantropía á la verdadera caridad para con el prójimo!

¡Solamente la ley de un Dios podia hacernos un mérito de la misericordia! La misericordia es un deber; pero tambien es una dicha que debemos á esa Religion que el cielo ha dadò á la tierra: esa Religion es el vínculo de las sociedades, y la salvaguardia de las leyes: esa Religion es el freno del poderoso, el apoyo del débil, la riqueza del pobre, la paciencia del oprimido, la fuerza del que llora, la esperanza del que no tiene que esperar: esa Religion dá á la prosperidad su moderacion, á la adversidad su valor, al infortunio su dignidad tranquila; ella aconseja, sostiene, alienta á la inocencia para quien sirve de energía, de dulzura y de resignacion á un mismo tiempo: esa Religion une á los parientes y á los amigos, durante la vida, para volverlos á juntar despues de la muerte: ella abraza á todos los hombres

en la inmensidad de su amor, haciéndose madre comun, para hacer hermanos á sus hijos: esa Religion promete coronas á todos los mártires de sus respectivas obligaciones, y anuncia un vengador ó de crímenes que por ocultos quedasen impunes, ó de delitos públicos que quedasen triunfantes; esa Religion, en fin, penetra con su luz propia el profundo caos de nuestra naturaleza.

Ella sola conoce nuestra grandeza y nuestra bajeza; ella sola se acomoda admirablemente á nosotros con la simplicidad de su Evangelio; ella sola prescribe esa singular observancia de la humildad de que nace tanta elevacion y heroismo, y esa ley sublime del amor de Dios y de nuestros semejantes, inefable compendio de toda verdad y de toda justicia; ella nos enseña tambien á no confundir la *opinion*, que desde lo alto del trono en que la virtud sola tiene el derecho de colacarla, lo manda todo, con esa vil insensata, que bajo de los vestidos de teatro con que los malos la disfrazan, descubre la ignominia de su culpable orígen por la indecencia de su lenguage; en fin, esa Religion hija de la Providencia, nos trajo la misericordia: el mundo consolado se echó en los brazos de la divina reparadora de todas las miserias, y ella nos intima que debemos ser misericordiosos como nuestro padre celestial es misericordioso.

¿Los códigos mas alabados, las legislaciones mas sabias ofrecen una máxima tan interesante? ¿En qué época, antes de Jesucristo, se habia propuesto á la misericordia humana el ejemplo de la misericordia divina? La Filosofía antigua no conoció jamas esta noble doctrina; la Filosofía incrédula se desdeña de ella ó la desnaturaliza: ella estaba reservada á la Filosofía del cielo, que nosotros llamamos la Religion cristiana. Jesucristo es el autor de esta nueva virtud, que se manifestó en todas sus acciones, en todos sus discursos y en todos sus milagros: en cada página de su vida hay una buena accion, en cada palabra un sentimiento de verdadera misericordia.

Todas las otras leyes del Evangelio llevan consigo cierto carácter de mortificacion, del que se resiente nuestra debilidad, ó del que se ofende nuestra vanidad; la ley de la caridad nos enriquece y nos engrandece con nuestros propios sacrificios: con ella nosotros mudamos los corazones, le quitamos al crímen el pretesto de la necesidad y desarmamos la desesperacion; con ella el pobre bendice la opulencia del rico y se la aumenta con sus votos; ennoblece los talentos y el heroismo, purifica los beneficios de la vanagloria. Hay, pues, una ley, cuyo olvido, cuyo menosprecio, cuyo quebrantamiento debe llorarse con lágrimas cris-

tianas; tal es la santa política de la misericordia, y tal el motivo de mi perenne llanto.

¡Ay! ¡Qué útil seria mi ministerio si me fuese concedido recalentar la misericordia humana á la llama de la misericordia divina! ¡Qué espectáculo tan agradable á los ojos de Dios aquel en que el dogma tierno de la misericordia reconciliase á los infelices con el dogma necesario de la desigualdad y en que el pobre no envidiase al rico sino el buen uso de sus riquezas!

La misericordia humana es un deber, como la misericordia divina es una evidencia; la una tiene sus obras obligatorias, como la otra tiene sus prodigios que se hacen patentes á los ojos de todos. La misericordia divina está escrita con letras de fuego en los libros inspirados: ¡con qué rasgos no está pintada en ellos la misericordia humana! El infinito en bondad no está al alcance de nuestra comprension; nuestras ideas se pierden al quererlo comprender; pero nuestros sentimientos se encuentran en nuestra misericordia, porque la misericordia humana está grabada en el fondo de todas las almas, y la misericordia divina en el fondo de los mares, en las alturas del firmamento, en el seno de la tierra y en los campos. La una brilla sobre todo, en las maravillas de la gracia: las

lágrimas enjugadas, las enfermedades curadas, los dolores suavizados son los gloriosos trofeos de la otra. En fin, la misericordia humana congrega tesoros para el cielo, y la misericordia divina cubre la tierra con sus dones. ¡O fé! ¡O esperanza! ¡O caridad! Vosotras no habeis podido nacer sino en el seno de la misericordia suprema.

¡Ay! ¿No será digno de lágrimas no emplear la fé en el uso verdadero que de ella debe hacerse? Si se hiciese de la fé el uso correspondiente se descubririan las magnificencias de la eternidad y se reconoceria que la fé no solamente traslada los montes de un lado á otro, sino que tambien levanta cualquier peso que oprime nuestro corazon. Y la esperanza, esa nodriz de los afligidos, colocada al lado de ellos como una madre tierna cerca de su hijo enfermo ¿no es cosa admirable que la misericordia de Dios la transforme para provecho nuestro en una virtud rigorosamente mandada? ¡Impíos! ¿No nos envidiais esta virtud consoladora? Guardad para vosotros la esperanza de la nada: nosotros no os turbarémos en ese frio polvo á que os lisonjeais deber descender; pero dejadnos ese mundo invisible que vosotros despreciais. ¿Porque os obstinareis en disputarle al dolor un Dios misericordioso? Confiar el dolor á sola la lástima de los hombres, es esponer el dolor bajo la

proteccion de los que lo causan. Dejadnos, pues, nuestra esperanza con nuestra caridad, que establece una alianza muy estrecha entre la misericordia del cielo y la misericordia de la tierra. ¡O misericordia de mi Dios! ¡Cómo puedo dejar de derramar lágrimas de reconocimiento, cuando creo que vuestro triunfo es haber criado la misericordia humana y haber hecho de ella un precepto sin escusa!

¡Apóstoles de la *filantropía!* ¡Examinad vuestra virtud cívica de que tanto os vanagloriais! Oid los caractéres de la verdadera caridad y la misericordia que ejercitaba ese Pablo á quien vosotros mismos alguna vez colmais de elogios. Si los grandes pensamientos vienen del corazon, no se puede dudar que S. Pablo ardia en todas las llamas de la caridad cuando con su elocuente precision escribia estas memorables palabras: la caridad es magnánima y valerosa, *charitas patiens est.* Nunca cierra sus manos ni su corazon, *benigna est.* No conoce el tormento de la envidia, *non æmulatur.* No precipita ni sus pasos, ni sus oraciones, ni sus liberalidades; ella obra con calma, la serenidad se deja ver en su semblante, *non agit perperam.* Sin vanidad y sin ruido, sus dádivas modestas corren como las aguas silenciosas de un rio manso y puro que no las agita viento alguno, *non inflatur.* El orgullo es su mas irreconciliable enemigo, *non est*

ambiciosa. La felicidad de otros es su único deseo. Esclusivamente dedicada á buscar y á consolar al desgraciado; ni los honores, ni la autoridad, ni la gloria, ni el oro, nada la tienta, nada le mueve: ella renuncia á cuanto hay mas amable, para vivir con los pobres que le son mas amables todavía, *non quærit quæ sua sunt.* Inaccesible al ódio, á la cólera, deja esas pasiones turbulentas para los hombres del siglo, de quienes ellas son su patrimonio: *non irritatur.* La idea del mal le es desconocida, *non cogitat malum.* Ella derrama lágrimas sobre los malos á quienes quisiera traer á la virtud con la paciencia y con la dulzura, *non gaudet super iniquitate.* La verdad le merece siempre su primer homenage; corre tras sus oráculos, y su boca fiel los repite con una alegría inespicable (porque la caridad y la verdad son dos hermanas inseparables) *congaudet autem veritati.* La caridad todo lo sufre, las injurias, las humillaciones, las repulsas amargas y hasta los ingratos: sí, los ingratos que por lo demas, se ponen de acuerdo con ella para sustraer á sus ojos lo que ella quiere tener oculto, con cuyo secreto puede contar como el suyo propio, y á quienes su pudor tímido les hace creer que ellos son los que parecen en el órden del verdadero mérito, *omnia suffert.* La apariencia sola de la desgracia basta á su bondad confiada para que

las vanas sospechas, no la hagán resfriarse jamas: ¡Cuántos pobres entregados á sus inclinaciones viciosas se han mudado por el poder de la limosna! *Omnia credit*. Ella bebe la constancia en su fuente; sabe que de lo alto es de donde descienden las inspiraciones útiles, la fuerza victoriosa de las pruebas, y los consejos sabios, *omnia sperat*. ¡Ay! ¡que el mundo con su lujo insensato y sus pretestos frívolos aparte los ojos de este cuadro tan provechoso al corazon; nosotros mirarémos siempre en él á nuestra misericordia: solo un Dios puede derretir los corazones helados, y ablandar las entrañas de hierro! Los miserables no tienen necesidad de mis lágrimas teniendo á Dios por su primer protector y por su primer amigo.

En efecto, sin el precepto de la misericordia, ¿cómo podria existir la sociedad en medio de las calamidades que la cercan? Así como, dice un santo doctor, no se podria navegar sobre un mar borrascoso sin puertos de abrigo, ¿qué seria de la vida del hombre si faltase la misericordia? *Si misericordiam sustuleris*: ¡O santa misericordia! ¡Dulce emanacion de la bondad divina! ¡Cuanto debiamos amarte en este nuestro destierro! ¡Cuán preciosa debes ser delante de Dios! Tú vas delante de todos los sacrificios: tú eres la primera de las virtudes humanas, como la misericordia del Señor es el primero de sus

atributos. ¡Dichosas las almas que tú penetres de tus tiernos influjos! Yo no temo decir que eres la madre de todas las virtudes: *dixi misericordiam cor ese virtutum*. Jesucristo lo ha declarado con su ejemplo.

El ministerio de Jesucristo no fué otra cosa que la ley viva de la caridad. Un establo fué el primer templo que consagró con su presencia, y unos pobres pastores los primeros testigos de su venida. En su carrera pública, los desgraciados fueron el mas digno objeto de su inagotable amor: en las chozas de la Judea comenzó su penoso apostolado, porque la fuerza de la Religion está tambien en la cabaña del pobre: se retiró al vértice de las montañas con los pequeñuelos, como para dar á la misericordia un trono en que todo fuese inocente y puro, y allí admitiéndolos á su mas íntima familiaridad, derramando sobre ellos los tesoros de su sabiduría, catequizando su ignorancia con el mas tierno afecto, les predicó esa moral tan luminosa, tan popular, tan distinta de la que predica la incrédula Filosofía. Con respecto á los pobres se crée ver á un padre que ensancha su corazon en el seno de la naturaleza: él llora con ellos, ora por ellos, obra milagros en favor de ellos, y mueve en medio de ellos, como si su misericordia, que le obligó á cargarse de todos nuestros delitos, le obligase tambien

á cargarse de todas nuestras necesidades.

Y cuando la historia de un Hombre-Dios recomienda tan eficazmente la obligacion de la misericordia, seria estraño ver á la Iglesia naciente en medio de las tempestades, olvidar sus peligros, y no acordarse sino de las lágrimas del pobre; ver á los grandes de la tierra echar sus bienes á los pies de los fundadores de la Iglesia para entrar con las insignias de la pobreza en la Iglesia, que es la casa de los pobres; ver á los primeros cristianos despojarse de sus riquezas y lograr así el doble mérito de participar y de aliviar la miseria de sus hermanos; ver á los apóstoles elegir los modelos mas cumplidos del celo evangélico para confiarles el honroso empleo de servir á los enfermos; ver á un Pablo interrumpir la carrera de sus conquistas espirituales para venir á distribuir en Jerusalen las limosnas que habia recogido en sus laboriosas misiones, reverenciar la alta dignidad de los pobres, considerarlos como á primogénitos de la fé, y tener á mucha honra el predicarles. *Ut obsequii mei oblatio acepta fiat.* Entónces no se sabia sino la divina obligacion de la caridad, la cual no formaba sino una alma de todas las almas, y de todas las virtudes una sola virtud. ¿La calumnia? ¡Ay! ¡Como miembros de la familia, cuyo vínculo es la caridad, ellos

ignoraban hasta el nombre! ¿La maledicencia? Cuando se está animado de la caridad, no se hace sino bien, no se dice mal de nadie. ¿El orgullo? Los verdaderos discípulos de la caridad son humildes, el mundo es nada para ellos. ¿La gloria? Esa quimera, á quien la envidia insulta como de paso ¿podria venir á fascinar con sus rayos engañadores unos ojos en que no brillaba sino la suave luz de la caridad?

¿Seria estraña la inagotable caridad de un santo á quien sus contemporáneos dieron el hermoso título de *Limosnero*; que acostumbraba llamar á los pobres sus amos y sus benefactores, porque Jesucristo les ha dado el poder de abrir las puertas del cielo; que no se quejaba de ellos sino cuando su franqueza revelaba los secretos de su caridad sin límites; que contaba con tanto gusto como sencillez, que en su niñez la caridad se le habia aparecido en figura de una muger cubierta de laureles y mas brillante que el sol, y que acercándose á él, le dijo: »Juan, »yo soy la hija primogénita del gran Rey; »si tú mereces su gracia, yo te introduciré en su palacio; nadie entra en él »con mas confianza que yo; á mí me oye »con agrado, y yo lo hice bajar á la tier»ra para redimir al mundo.» Aquel Juan que respondió á un pobre, cuyo agra-

decimiento no encontraba espresiones bastante enérgicas: »Hermano mio, yo no »he derramado todavía mi sangre por *tí*, »lo que hago está mandado por mi Se»ñor y mi Dios.» Que mas de una vez vendió sus muebles, sus vestidos, su cama para ser mas misericordioso, repitiendo con alegria: »¡verémos quién se can»sa primero, el pobre ó yo!» ¡Ah! Lo que se da á los pobres se da á Jesucristo, y no solamente se debe dar al pobre, sino que tambien se le debe pedir.

Tal es el pensamiento de S. Agustin, quien tuvo el genio de la caridad: Vosotros, decia, no teneis ménos necesidad del pobre, que el pobre de vosotros, *eget ad te alter, alter ad alterum*. Él puede, quizá, mucho mas para vosotros que lo que vosotros podeis para él. Vosotros le dareis la tierra y él os dará el cielo: así es como lo ordena y dispone todo la misericordia divina, autora y modelo de la misericordia humana. No viendo las cosas sino por encima, la pobreza no es sino una triste succesion de penas y de murmuraciones, y la riqueza una causa fatal de injusticias, de opresiones y de crímenes. Pero entrad con el profeta en los consejos del Altísimo, y el rico no existe sobre la tierra sino para el pobre y el pobre sino para el rico; el uno es necesario para la salvacion del otro: *Creator*

divitem pauperi; et pauperem diviti præparavit. ¿Cuál es la carga del pobre? La miseria. ¿Cuál es la carga del rico? La abundancia. Sin el auxilio del rico, el pobre sucumbiria bajo del peso de su miseria: sin la mediacion del pobre, el rico cederia á la violencia de las pasiones que la molicie escita y alimenta: *sit opulento inops justitiæ materia.*

Así es como el precepto de la limosna allana los caminos, aclara los misterios de la Providencia. Desde que la Providencia libra la salvacion del rico al ejercicio de la misericordia, todo muda de aspecto; la pobreza pierde lo que tiene de amargo y de humillante: las riquezas pierden lo que tienen de contagioso y de temible: el rico es el padre del pobre; el pobre es, en cierto sentido, el padre del rico porque la Providencia del tiempo se sirve de la opulencia del rico para socorrer al pobre, y la Providencia de la eternidad se sirve de la indigencia del pobre para santificar al rico.

Así es como el pobre y el rico en el órden de la Providencia, son todo lo contrario de lo que nosotros pensamos y muy otra cosa de lo que enseña la Filosofía *filantrópica*. El rico es el apóstol de la Providencia, obligado á hacerla conocer á aquellos que la ignoran y á disculparla delante de los que la acusan

ó se quejan de ella: el pobre es el juez señalado por ella para decidir de la suerte del rico con sus manos llenas de bendiciones ó de anatemas. Porque así como la Providencia descansa en los padres acerca de la educacion de las familias, y en los legisladores acerca del gobierno de la sociedad; ella descansa tambien sobre los ricos acerca del cuidado de los pobres.

¡Señores filósofos! ¿Habeis comprendido la doctrina de nuestra filantropía cristiana? ¡Ay! Segun la economía admirable de la Religion de Jesucristo, echar nuestro superfluo en el seno fecundo de *los* pobres es verdaderamente darse limosna á sí mismo, es asegurar á nuestra *alma* el precio de nuestros bienes, es enviarlos delante de nosotros á la eternidad para encontrarnos allá despues de la muerte con sus intereses al céntuplo. Los pobres, fieles tesoreros del cielo, han sido delegados por la Providencia con este designio; ellos estan autorizados, por el gran privilegio de la limosna, á ratificar, bajo la garantía del mismo Dios, el cambio diario de las riquezas de acá abajo con las riquezas de allá arriba. Tales son las prerogativas de la caridad cristiana: ¿qué son delante de ellas todas las frias teorías de una beneficencia puramente humana, si esa espresion moderna no es otra

cosa que una orgullosa usurpacion del nombre sagrado de la caridad? ¡Ah! ¡Filantropía, palabra de moda! ¡Ah! ¡Virtudes cívicas! ¡Ah! ¡Felicidad general! *¡Væ vobis!*

¡Sí, ricos del siglo! Tomad cuantos títulos soberbios os agraden; vosotros podeis llevarlos en el mundo: en la Iglesia de Jesucristo nunca sereis mas que servidores de los pobres. No os ofendais de este título; Abraham lo tenia á mucha honra. Tened presente que la corona de nuestro Divino Monarca fué una corona de espinas, y que la magestad de su reino brilla en aquellos que lloran y padecen. Si, pues, en el órden de la salvacion todas las ventajas están á favor de los pobres; si Jesucristo no habla de vosotros en su Evangelio sino para aterrarnos con sus amenazas, *¡væ divitibus!* ¿Qué os resta sino ganarlo por la limosna y comprar la misericordia divina con la misericordia humana? *Peccata tua eleemosynis redime.* ¡O pobres, qué ricos sois! ¡O ricos, qué pobres sois cuando no sois caritativos!

¿Qué motivos alegareis ahora para sustraeros de la obligacion de la limosna? ¿La mala conducta de los pobres? ¿Toca á vosotros censurar sus costumbres cuando vuestra vida no es quizá sino un escándalo? Vuestra obligacion es apagar su hambre. ¿Será su ociosidad? ¿Dónde está

vuestro trabajo, y cuáles son vuestros servicios? ¿Serán los artificios de que se valen para sorprenderos y arrancar vuestras limosnas? ¿Por qué no sois mas humanos? Entónces ellos no exagerarian sus necesidades. Por otra parte, ¿sus estratagemas son acaso mas culpables que las intrigas de vuestra ambicion? Todavía, ¡si vuestras acusaciones cayesen sobre los malos pobres! Pero por eso ¿ha de ser tambien víctima de ellas la pobreza inocente? ¡Ay! ¡Qué cruel prudencia negar su compasion á las verdaderas necesidades por temor de concederla á las necesidades falsas! ¿Alegareis la escasez de vuestras facultades? ¡O! ¡Qué rico es aquel que no gasta sino en dar! Si tú tienes poco, decia un santo patriarca, da con gusto lo poco que tengas que dar; y yo añado: preguntadlo á los depositarios de los milagros de la caridad: ellos os dirán que hay hombres para quienes el heroismo de sus privaciones es una fuente de sus limosnas repetidas; que si echais la vista mas abajo descubrireis, entre gente la mas humilde del vulgo, actos de misericordia que honrarian á los mas ilustres nombres: se han visto artesanos trabajar por la noche para socorrer á una pobre familia, y trabajando para ella encontrar sus corazones mas alegres, sus horas mas cortas y sus brazos mas robustos.

A ellos principalmente, (cuando la trompeta del Angel despertará á las generaciones enterradas y las llamará á comparecer delante del trono de aquel que debe juzgarlas) á ellos dirigirá la misericordia divina este lenguage del amor: ¡Venid, benditos de mi Padre! Porque yo era pobre y me mantuvisteis; yo estuve prisionero y me visitasteis; estuve enfermo y me asististeis; estuve oprimido y me defendisteis. Venid, ¡ó benditos de mi Padre! Venid á participar de mi felicidad, de mi gloria y de mi inmortalidad......

En cuanto á vosotros, ¡ó pobres! ¡en cuyo favor mis lágrimas invocan la misericordia de los ricos, perdonadme que con las mismas lágrimas os dé una leccion útil! Es un prodigio, verdaderamente adorable, de la misericordia divina que cuando vuestra ingratitud, vuestros escesos criminales, vuestras enfermedades atrevidamente fingidas, vuestras intemperancias clandestinas cansan la bondad, matan la confianza y desalientan el celo; cuando vosotros despreciais los consuelos de la fé, que es la primera y la mas segura de todas las asistencias; cuando envilecidos y degradados no teneis recurso alguno; cuando infieles á la escelencia de vuestra vocacion, os olvidais que sois los miembros privilegiados de Jesucristo y su familia adoptiva; cuando los cobradores

del cielo, *exactores cœli*, son á veces la vergüenza y el oprobio de la tierra; es un prodigio, repito, es un prodigio, verdaderamente adorable, de la divina Providencia, que la caridad no se estinga del todo; que los corazones no se cierren; que las lágrimas de la compasion no se sequen. ¡Pero es tan dulce el ejercitar la misericordia, que solamente la ley de un Dios podia hacernos de ella un mérito, y un mérito de vida eterna!

LLANTO DECIMO.

¡Ay! No se aprecia la dicha que una Religion, toda de misericordia, asegura acá abajo á los que la profesan.

Es muy digna, desde luego, de toda alabanza en sus demas relaciones, la hermosura de la moral cristiana; de esa moral cuya antorcha nunca se ha apagado al atravesar los siglos; esa moral invariable en su estension y en sus límites; esa moral, á la cual los filósofos sus calumniadores, han acusado de que favorece el *oscurantismo* y la ignorancia de los pueblos, aunque ella sola los haya ilustrado, y de que enciende el *fanatismo*, aunque ella sola haya dulcificado las costumbres; esa moral que apacigua las tempestades del corazon y rectifica los estravíos del entendimiento; esa moral que atrae y aprisiona al universo en redes de dulzura y de caridad; esa moral indulgente que les muestra á nuestros hermanos arrepentidos el puente de la clemencia por donde nosotros mismos acabamos de pasar; esa moral consoladora que

hace dormir al justo agonizante, con el sueño de la esperanza, en el seno maternal de la Religion; esa moral que ha sido y es la admiracion de los mas grandes ingenios y las delicias de las almas puras; esa moral que convida á los pequeñuelos y á los débiles á su escuela, porque ella sola ha puesto al sentimiento en el lugar que ocupaba la discusion, y la autoridad en el lugar del exámen; esa moral tan elevada que nunca se le estudia bastante, y tan sencilla que no se puede dejar de comprenderla, cuyo singular privilegio es que, sin profundizarla, se le entiende sin trabajo, y que jamas la agotan aquellos que sin cesar la profundizan; esa moral que establece tan estrechas afinidades entre nuestros afectos y nuestra creencia; esa moral que proclama la fragilidad y la grandeza del hombre entre el sepulcro, pronto á recibirlo, y la eternidad dispuesta á apoderarse de él, enyesándolo entre los gusanos que lo roen bajo de tierra, para descubrirlo despues glorioso con sus virtudes en un reino incorruptible.

Sí: alábesele en todas sus otras relaciones á esta moral de Jesucristo; mas en el ejercicio de la misericordia humana es en lo que brilla á mis ojos con todo su resplandor, y esto es puntualmente lo que me saca lágrimas y me obliga á esclamar: ¡Gefes de las naciones! observad la moral de Jesucristo: ella no tolera ni hipócritas,

ni cortesanos, ni esclavos; con ella los tiranos tienen un juez, y los pueblos un vengado. Ella exige á los príncipes un trono en las conciencias. ¡Ministros de los príncipes! observad la moral de Jesucristo, y no sereis sorprendidos por la adulacion ni embriagados con la ambicion. La moral de Jesucristo es vuestra fuerza verdadera. Tertuliano decia á los ministros de los emperadores: ahora teneis ménos enemigos á causa del gran número de cristianos. *Nunc enim pauciores hostes habetis præ multitudine christianorum.*

¡Generales, oficiales y soldados! observad la moral de Jesucristo! La piedad y la valentía reclaman el ejemplo de los que llevan la noble librea del honor. Sed bravos, pero ser cristianos. Que las costumbres no os sean temibles, así como la gloria de las armas os es tan deseada. El pueblo quiere siempre veros á su cabeza; el pueblo lo aplaude, lo admira, y llega á ser mejor cuando os ve tomar lugar en la mesa misteriosa en que los guerreros son los convidados mas deseados. ¡Magistrados! observad la moral de Jesucristo! El evangelio es la moral puesta en accion; un dia su balanza pesará vuestros pesos y medidas. ¡Negociantes! observad la moral de Jesucristo! ¡Ella es la mas segura llave de vuestros intereses; pero que la viuda y el huérfano entren en vuestros cálculos: por ella sabreis tambien que pa-

ra, un viage tan corto como es el de esta vida, no se debe sobrecargar demasiado un buque frágil con un bagage inútil que sea preciso arrojarlo al mar al primer golpe de viento!

. . . . ¡O padres! observad la moral de Jesucristo: que sus oráculos resuenen en vuestras casas y en vuestras conversaciones, y vuestros hijos harán vuestras delicias. ¡O madres! observad la moral de Jesucristo, y vuestras hijas se refugiarán con vosotras en el seno de la virtud: ellas gustarán en silencio, con vosotras, el placer anexo al cumplimiento de las obligaciones domésticas, y serán mas felices y mas hermosas en esa escena de ~~domestía~~ y de pudor, que en los vanos torbellinos del mundo. Y vosotros, los que sois pobres, y los que llorais y padeceis sobre la tierra, observad la moral de Jesucristo. ¿Qué se os podria dar en lugar de ese código, el único que habla á todos los estados y condiciones, el único que os predica la ciencia de la resignacion? ¡Cristianos! que mis lágrimas os merezcan alguna consideracion: observemos todos la moral de Jesucristo; pero yo lo repito, en el ejercicio de la caridad, y de la misericordia humana, es en lo que la hermosura de esta moral brilla mas á mis ojos.

. . . Porque nuestra caridad no es esa *naturaleza* la gran palabra de la incrédula Filosofía; antes del cristianismo estaba en

uso en muchas naciones presentarle, al que era cabeza de familia, el hijo reciennacido; si él lo tomaba en sus brazos, era admitido á la vida, y sino, se le miraba como un vil insecto digno de arrojarse á un rio. ¡O moral santa de Jesucristo! Nuestra caridad no es ese ídolo esculpido por el orgullo de la Filosofía, cuyo culto no es sino un culto de capricho y de ostentacion, cuya doctrina no es sino un egoismo sistemático y cómodo, sus adoradores frios entusiastas que aman al género humano en comun, para creerse dispensados de amar á algun hombre en particular, á manera de ciertos médicos que dicen ser médicos de la naturaleza humana universal, y matan á cada enfermo en particular; esos filósofos que en lugar de limosnas nos cansan con sus ensayos estravagantes y publican, con una jactancia pueril, métodos que no son mas que teorías, cuyos resultados no son sino quimeras. Nuestra caridad no es esa *humanidad* soberbia como el espíritu del hombre y limitada como su poder, indiferente á todo lo que no haga ruido, y á la cual el ateismo le hace la gracia de darla el título de *Santa*: nuestra caridad no es esa *filantropía* tan pomposa en su lenguage y tan mezquina en sus efectos, que ama tan tiernamente á las generaciones futuras, y que invoca á las pasadas que hicieron derramar tanta sangre, y ahora tantas lágri-

[illegible]

geniosa que encuent
que consolar á todo
la imploran y de
nuevos medios para
de sus trabajos es c
vidarse de sí misma.
Pre superior á los acc
safias todos los pelig
obstáculos, comunica
intrepidez, contienes
con sola la aprension
niegas á los mas justo
así la mas hermosa de
con el fin que te pro
sericordia cristiana con
tividad, descicude de
tereses hasta los pormen
ciosos en la apariencia:
loca sobre todas las send
desgraciado, centinelas vi
piarlo y descubrirlo, sorp
que se le escapan en los
tiros: su principal deseo
su principal recompensa e
y confunde con el servicio d
vicio de los pobres: ella e
to la piedad para con los
llega á poner á cargo de la
dad, para con Dios, la ocup
virlos: se ha visto á veces
sericordia á la hora de la mu
jado, por via de legado, la p
sus biénes á los pobres que

mas á la generacion presente: nuestra caridad, repito, no es esa *filantropía* á la que, desde luego, no le es absolutamente imposible construir hospitales; pero que jamas hará una *hermana de caridad*: nuestra caridad no es ese movimiento que hace sonar las limosnas que la Religion distribuye con mas modestia y que la indigencia cristiana recibe con mas confianza.

¡Ay! ¡Qué diferente es nuestra misericordia! Ella no es solamente un deber sino una felicidad: es pura como su orígen y fecunda como su autor: es la voz de los enfermos y cuyo seno está siempre abierto para sembrar liberalidades sin herir jamas al pudor que las recibe: es una misericordia noble y accesible que al que se acoge á ella lo llena de bondad, que templa la grandeza sin debilitarla, y para la cual no hay perseguidos sin acogida y sin socorros, á ménos que sean aquellos cuyos gemidos no hayan llegado todavía á sus oidos, ó cuyas lágrimas no se hayan manifestado á sus ojos: ella está inquieta entre tanto que no se informa de todas las necesidades: se adelanta á todas las peticiones y ordena por sí misma la distribucion de todos los socorros: es tan atenta al objeto que la ocupa, que todo lo escucha, todo lo ve, todo lo discierne: es el ojo de que habla Daniel, que no se cierra mientras que queda algun dolor por descubrir; es tan im-

geniosa que encuentra en su prudencia con que consolar á todos los desgraciados que la imploran y descubre continuamente nuevos medios para ello, y si descansa de sus trabajos es con la habitud de olvidarse de sí misma. ¡O misericordia! Siempre superior á los acontecimientos, tú desafias todos los peligros, vences todos los obstáculos, comunicas á todos tu santa intrepidez, contienes á todos en el órden con sola la aprension de desagradarte, te niegas á los mas justos elogios y realzas así la mas hermosa de todas las virtudes con el fin que te propones! Sí, la misericordia cristiana con su infatigable actividad, desciende de los mas graves intereses hasta los pormenores mas minuciosos en la apariencia: ella es la que coloca sobre todas las sendas y huellas del desgraciado, centinelas vigilantes para espiarlo y descubrirlo, sorprendiendo á los que se le escapan en los mas oscuros retiros: su principal deseo es hacer bien, su principal recompensa es hacer bien, y confunde con el servicio de Dios el servicio de los pobres: ella estima en tanto la piedad para con los infelices, que llega á poner á cargo de la misma piedad, para con Dios, la ocupacion de servirlos: se ha visto á veces que esta misericordia á la hora de la muerte ha dejado, por via de legado, la propiedad de sus bienes á los pobres que ya tenian el

uso de ellos en vida; esta misericordia ha vencido muchas veces, con sus avisos continuos, las calamidades públicas y particulares, ella improvisa los recursos, improvisando los sacrificios: esta misericordia cristiana es la que, en las mas pequeñas cabañas como en las mas grandes ciudades, apenas designa una buena accion cuando esta tiene su efecto, apenas indica una necesidad cuando es consolada, apenas amenaza un accidente cuando es prevenido: esta misericordia tiene toda su fuerza en la Religion de Jesucristo, la mas antigua y la mas segura auxiliadora de los afligidos, tiene su fuerza en el deseo de agradar á Dios, único y poderoso móvil de las buenas obras y en la fé que no mira sino á la eternidad.

¿Cuál será el pensamiento mas frecuente, pero el que mas aliente á un desgraciado que en otro tiempo fué caritativo? ¿No encuentra él una dulce indemnizacion á sus presentes necesidades en el recuerdo de las lágrimas que él impidió correr en los dias de su opulencia? Si la adversidad lo obliga á recibir las ofrendas de la generosidad ¿no se ve alentado por el derecho honroso que él tiene á las limosnas que sus manos liberales repartieron en otro tiempo? Aquel que ha sido misericordioso acepta sin rubor la limosna que se le da. Así es como la Providencia gana á los pobres, cuya suerte

corrige: porque ¿quién se atreveria á encargarse de sus deudas sagradas sino la Providencia? ¡No, gracias á la Providencia, no se mudará jamas el corazon del verdadero cristiano! La caridad es tan necesaria en el mundo, que la Providencia se debe en cierta manera á sí misma no desterrarla de él.

¡Ay! ¿Quién de nosotros, durante la vida, no ha esperimentado trabajos y penalidades que son nuestro inevitable patrimonio? ¿Quién no ha sufrido las delaciones de la calumnia, las tramas de la malignidad, las denigraciones de la hipocresía, el suplicio de las esperanzas engañadas, el peligro de las ilusiones engañosas, en una palabra, quién no ha llorado? ¿Quién no ha sido afligido en la lucha de pequeños intereses, en el contraste de rivalidades odiosas, en el juego de todos los amores propios que se acarician y se chocan á su vez en el camino de las distinciones, de los empleos y de las riquezas? ¿Entónces dónde nos refugiarémos? ¿En el mundo entre los desdenes de la altivez ó las frialdades de la indiferencia? ¿En los círculos profanos, donde nadie se ocupa sino de lo que distrae, donde nada interesa sino lo que lisonjea? ¿En el teatro donde se lloran males imaginarios, y donde se endurece el corazon para males verdaderos? ¿En esas novelas estériles que conmueven personages de conven-

cion y se queda el espectador ó el lector como mármol para con los desgraciados que se le presentan y para con los que todos los dias le rodean? No, no, confiad en el poder de la limosna; refugiaos en la misericordia; ella os comunicará sus consolaciones tranquilas. ¡Qué delicia esperimenta la virtud caritativa cuando con su memoria y con su corazon cuenta sus buenas obras! ¿Se puede estar solo nunca con una conciencia irreprensible, con la lista de los felices que se han hecho y con las promesas de la Religion?

¡O madres celosas de la felicidad de vuestros hijos! Iniciadlos en los secretos de la caridad: ¡qué digna de envidia es la muger cristiana que no respira sino misericordia! Ella se ocupa al mismo tiempo de los males del cuerpo y de las heridas de la alma: si se le encuentra fuera de casa, seguramente es que va á hacer una cosa útil ó que viene de hacerla: si visita á los pobres es para darles algo ó para consolarlos: los desdichados la esperan como se espera al médico cuando se está enfermo, ó como á un amigo cuando se tiene melancolía, ó como una madre á su hijo cuando tarda. Ella no conoce otro mal que aquel que ella no puede curar, otra avaricia que aquella que no puede ablandar, otro dolor que aquel que ella no puede mitigar, en una pala-

bra, tiene la pasion de la caridad como otras tienen la pasion de la vanidad. Pero esta pasion que vive encerrada en su pecho, huye del ruido y de la alabanza, nutriéndose del bien que ha hecho hoy, y del bien que ha de hacer mañana. Todos los momentos de su vida se componen de un solo pensamiento: socorrer al pobre y cicatrizar las llagas del desgraciado. Avanzada ya en edad y enferma, la bondad la refresca, la piedad la hermosea, la caridad la rejuvenece: si es pobre, porque todo lo ha dado, ella tiene el vaso de agua del Evangelio, y el vaso de agua del Evangelio recomendado por aquel que llena el cauce de los rios es el mas precioso comentario del precepto de la limosna, cuyas delicias pueden gustar así el rico como el pobre.

Yo no se si mis lágrimas os conmoverán; pero el ejercicio de la misericordia tiene cierto atractivo que es imposible que no os mueva. Todos los demas placeres tienen una actividad que atormenta, y sus revueltas que desesperan, porque el fastidio los corrompe y la hartura los desnaturaliza; el placer de la misericordia es puro, inalterable, sin sombra, sin mezcla; no necesita de arte ni de aparato y se siente mejor cuanto mas se gusta. Si yo dirigiese mis lágrimas y mis palabras á los filósofos filantrópicos les diria: nunca ha sido la humanidad

tan celebrada de vosotros como ahora: ella ha venido á ser el único ídolo de la razon. Esa noble razon ha fabricado un solo templo de todas las ruinas dispersadas al rededor de ellos, y se ha creado un Dios del hombre mismo: respetad, pues, vuestra obra; honrad á lo ménos, esa Religion nueva que habeis inventado. Empero, hablando á cristianos les diré con S. Gregorio Nacianzeno.

¿Quereis vosotros ser en cierta manera Dioses? Sed caritativos: *Sis Deus, Dei misericordiam imitando*. La misericordia asemeja el hombre á Dios, ó mas bien el hombre misericordioso es el sustituto de la Providencia universal, *sis Deus, Dei misericordiam imitando*. ¿No se engrandece el hombre opulento, pero caritativo, acogiendo en una misteriosa clandestinidad á la pobreza ilustre y virtuosa, escuchando sus largas revelaciones, y enjugando sus lágrimas que vierte con la confianza del secreto? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando*. ¿No os asemejais á Dios cuando adoptais á la inocencia tímida, que sin vuestra caridad bien presto el soplo de la adversidad marchitaria, y por vuestra misericordia son tiernas flores que vosotros defendeis de los huracanes del mundo, confiándolas á una santa vigilancia? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando*. ¿No sois imitadores de Jesucristo vosotros los que, vencedores, en cierto modo, de la muer-

te que arrebata cada dia á los sacerdotes ancianos y veteranos, consumidos en el ejercicio de sus ministerios, contribuis por la generosidad de vuestras limosnas á la manutencion de los que se educan para el santuario? Si no hubiese ya sacerdotes ¿quién ofreceria la sangre del cordero? ¿quien aplacaria la cólera divina? Permitid á mis lágrimas que os hagan advertir que la mayor parte de nuestros religiosos, en especial los mendicantes, no tienen que dejar como en el principio del cristianismo, sino su barca y sus redes para hacerse pescadores de hombres.

¿El reconocimiento de estos no os dá un culto especial? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando*: ¿No sois semejantes á Jesucristo cuando arrancando del escándalo de sus desórdenes á esas tristes esclavas del vicio, oprobio de su sexo, terror de la virtud, juguete de la peste devorante del libertinage, sois sus libertadores, presentándoles la tabla del naufragio? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando.* No sois vosotros mas que hombres, en unos tiempos en que nada iguala á la dureza de unos sino la miseria de otros, cuando salvais de la desesperacion á esos necesitados incógnitos sin parientes, sin protectores, entregados á las tentaciones del mas peligroso aislamiento, ó cuando con vuestros discursos y sacrificios calmais la impaciencia ulcerada de esos enfermos que an-

rastran sobre la tierra, ó que invocan vuestra existencia apoyados sobre su báculo de caña rajada? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando.*

¡O tú, que eres tan conocido por tu edificante reputacion de amante de los pobres! ¿No eres tú un ángel para esa madre pálida y lívida, que lleva en una mano un niño cubierto de llagas y de andrajos, y con otra sostiene y estrecha á sus pechos desecados otra criatura recien-nacida, para quien la leche de la madre es tan escasa y tan amarga por su debilidad, que maldice su fecundidad acusándose de haber dado la vida á un ser que tan presto se ve padecer ó perecer de necesidad? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando.* ¿No eres un ángel para ese padre de familia consumido del trabajo, que fija sus ojos apagados sobre su choza sombría y húmeda, y cuyas fuerzas desfallecidas no son reparadas sino por un alimento grosero, mezclado con sudores y lágrimas, y á quien apenas le promete la vida esa sucesion de angustias y de trabajos que lo consumen? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando.* ¿No bendicen tu nombre como sagrado esos incurables, mas atormentados todavía por el horror que ellos inspiran, que por el veneno que exhalan, cuando tu caridad intrépida y tu heróica perseverancia los visitan en sus últimos momentos, y alivian sus males y partici-

pan de sus dolores? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando.*

¡O sacerdotes! ¿No sois vosotros los embajadores del cielo cuando bajais á esos oscuros sepulcros, en que los dias parecen años y los años siglos, en que las angustias hacen tan lentas en su curso las horas, y las noches tan largas por el insomnio; en esos tenebrosos calabozos donde están unos sobre otros los delincuentes y alguna vez los inocentes rescatados por la misericordia divina, y encadenados por la justicia humana? O si vuestra delicadeza tiene la vista de esos miserables torturados por los remordientos y martirios de sus cadenas y grillos, ¿no está á vuestras órdenes la misericordia misma, que encargándose de vuestras limosnas y ayudando á ellas con sus oraciones tan poderosas como ella, con sus exhortaciones patéticas, y con sus lágrimas que ablandan los corazones mas endurecidos; convierte al criminal sobre la paja en que espera la señal de su partida para la eternidad? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando.* Ni tienen ciertos caractéres de una obra divina esos establecimientos donde, bajo los auspicios de la misericordia, un sexo frágil y sin recursos está al abrigo de la seduccion; esas casas donde una sabia economía contra los cálculos de la sabia *filantropía* suple á la insuficiencia de los medios; esas casas en que las que

mandan se sacrifican á todo género de renuncias para hacer mejor la condicion de las que obedecen; esas casas acreditadas por los sufragios mas ilustres y que honrarán siempre á las ciudades en que se han fundado? *Sis Deus, Dei misericordiam imitando.*

En fin, ¿no sois unos enviados de lo alto cuando entrais con la misericordia bajo de ese techo ruinoso en que habita la muerte, donde el objeto ménos triste que hiere vuestros ojos es el mismo moribundo, y donde la esposa, los hijos, todo lo que le rodea parece haber salido del sepulcro para volver á entrar en él?

¡Hospitales de la Europa! ¡vosotros debiais ser los palacios en que la misericordia fijase su trono invulnerable! ¡Ay! Quisiera que mis lágrimas impidiesen mi lengua y la atasen de tal manera que no se deslizase ni en una sílaba capaz de lastimar á los encargados de los palacios de los señores pobres; (que tambien hay pobres que son señores) pero por desgracia hay muchos hospitales en el mundo de aparente caridad y de verdadera indolencia, y algunos que presentan el fenómeno mas estraordinario en política de ser las únicas casas del mundo en que los amos se mantienen de lo que sobra á los criados. ¡O Dios de misericordia! ¡O Dios justo! ¡O Criados de los pobres! ¡Pa-

tientia pauperum nom peribit in finem!

¡Madres, esposas, vírgenes cristianas! sed el consuelo de la gran familia de los que lloran; imponed sobre vuestros placeres, sobre vuestras modas y sobre vuestras vanidades el rico censo de la misericordia; el interes de vuestro capital será pagado en un mundo mejor que este. Nada alegra mas al cielo que un afligido ménos sobre la tierra, como nada tranquiliza tanto á un moribundo como sus obras compasivas en su vida. En efecto, en la muerte es cuando el rieo se felicitará de haber sido el amigo y el benefactor de los pobres. Desde el lecho fúnebre, en que espira el cristiano misericordioso, creo ver que se levanta la limosna hasta el cielo con sus alas de fuego como una reina triunfante, llena de complacencia por su nueva victoria y por su nueva conquista; las espinas arrancadas al dolor componen su diadema, su cetro brilla como el oro encendido en el seno de la indigencia; las lágrimas enjugadas son los diamantes con que está bordado su manto virginal. En, fin, yo creo ver á la limosna señalando, bajo los pabellones de la inmortalidad, el lugar del justo que ha terminado su carrera en buenas obras y volviendo á descender á la tierra para escitarnos á la misericordia con la esperanza de una dicha mejor.

LLANTO UNDECIMO.

¡Ay! ¡Nada se descuida tanto como la educacion!

¡O Jeremías! ¡modelo de los que lloran los males de su pueblo! ¡Tus lágrimas vengan en auxilio de las mias cuando contemplo los estragos que ha hecho y hace cada dia una Filosofía que en los dos hemisferios de nuestro globo hace tanto ruido, tanta fortuna y tanto mal! Tres mil años hace que el mas sabio de los Reyes enseñaba á su pueblo la importancia y el poder de la educacion. No hay padre digno de este nombre, que no oiga resonar en el fondo de su corazon estas tiernas palabras. *Erudi filium tuum, et refrigerabit te, et dabit delicias animæ tuæ.* ¡O santa elocuencia! ¡La incrédula Filosofía no imitará jamas tu lenguage, y yo compadezco á todos aquellos á quienes no mueva tu tierna simplicidad, y lloro la inconsideracion de mi pueblo y de todos los de la tierra que miran con indife-

rencia la moral que encierran tus breves, pero interesantes palabras!

¡Ay! Al ruido de la caida de los estados la orgullosa Filosofía trabaja en regenerar al mundo! Ella proclama sus sueños de perfeccion y sus sistemas que la práctica desmiente, y sus víctimas deberian ya abrir los ojos á todos los pueblos. Estos no deben esperar de la juventud vacunada por los fabricadores de romances sobre educacion, ni esas virtudes que dan la estabilidad á los estados, ni esas tradiciones que hacen el honor de las familias, ni esa decencia que es el adorno de las costumbres, ni esos usos que forman el vínculo de los hombres entre sí. ¿Y los hijos de estos hijos serán mas felices? ¿Cómo crian hoy los padres á sus hijos? Unos los adornan con flores estériles, otros los cultivan con cualidades ménos frívolas, esto es, con conocimientos científicos; pero descuidan la parte mas noble, el corazon; omiten la Religion que todo lo ennoblece con la autoridad de sus preceptos, con la fuerza de sus apoyos, y con la magnificencia de sus promesas. ¿Es posible que con tantas lecciones como han recibido los pueblos, no esten todavía convencidos de que las virtudes son hijas del cielo, que estos arroyos escapados de su fuente, se secarian luego si, por una comunicacion secreta y no interrumpida, no recibiesen sin cesar una nueva fecundidad en el di-

vino océano de quien esas virtudes no son sino una débil emanacion? ¿Es posible que no estén convencidos de que los métodos útiles no se componen jamas de sutilezas ingeniosas, ni de esas generalidades ideales que, queriendo abrazarlo todo, nada cogen, y que del conjunto de algunos principios fundamentales, que parecen vulgares, se derivan los efectos mas saludables de la educacion, y que esos habladores que se lisongean de tener el privilegio esclusivo del buen sentido, no tienen realmente sino el privilegio de la estravagancia? ¿No estarán convencidos de que la manía de economizar el tiempo perjudica mucho al fruto de la enseñanza? ¿Que si de un golpe se pone á un jóven sobre un punto elevado, desde el cual se le hiciese bruscamente reconocer toda la estension *de la* carrera que tiene que andar, es de temer que el primer sentimiento que esperimentaria seria el de un total desaliento, cuando todo el secreto consiste en llevarlo al término ocultándole los caminos que lo llevan á él, procurándole el descanso, sin alejarlo del término á que debe llegar; que muchas veces un jóven con la impaciencia de aprenderlo todo, pasa rápidamente de una ciencia á otra, las recibe todas sin profundizar ninguna y no conserva en su memoria sino ideas confusas, sin conexion, sin relacion y sin consecuencia? ¿Es posible que los estados no estén convencidos de

que para la felidad y gloria de una nacion, es indispensable que sus leyes y sus escuelas esten en armonía con las doctrinas que la misma nacion ha reverenciado siempre; que sin esta armonía carece de garantía la tranquilidad doméstica, de freno la juventud exaltada, de remedio esa sed devoradora de saber, que consume á tantos en su inmoralidad, cuyo efecto inmediato es no admitir deber alguno, ni remedio á esa impaciencia que toma su vuelo en una edad, en que ayer reposaba el alma desconfiada de sí misma, ni á ese ardor que seria un foco de sabiduría si ella pudiese suplir la madurez del juicio, ni á ese fanatismo inquieto, amargo, y sombrío que desnaturaliza los talentos con áridas abstracciones, ni á esa preciosidad funesta que acelera los malos pensamientos? ¿Es posible que tantas lecciones de la esperiencia en todos los pueblos y en todas las familias no nos hayan convencido de que nada es tan importante á la sociedad como una buena educacion? ¡Prestadme vuestra atencion, ó vosotros todos los que estais encargados de la felicidad general! *Præbete aurem, et videte am mentiar.*

¡O pueblos! vuestra suerte depende de vuestros reyes, de vuestros emperadores, de vuestros presidentes, de vuestros gefes absolutos ó moderados cuales la Providencia os los ha dado. Debeis, pues, pedirles respetuosamente que den á sus

hijos una educacion digna de la alta clase á que pertenecen; que á lo ménos los haga capaces de llevar algun dia la pesada carga para que han nacido, y desempeñar dignamente un empleo tan augusto. La debilidad de un *infante-rey* reposa todavía en una cuna; pero esta cuna está ya rodeada de adoraciones; que se le hable, pues, de sus deberes cuando todo le manifiesta sus derechos; que se le adviertan, pues, los peligros de su felicidad segun el mundo; que se le abra su corazon á la piedad. ¡O naciones! vuestra prosperidad depende de la educacion de vuestros señores; los ministros de los reyes les ayudan á mantener puras las fuentes de la felicidad general; pero si una educacion virtuosa no ha grabado en las almas de los ministros las lecciones de la sabiduría y del desinteres, ¿se atreverán á decirles la verdad en medio de la corte? ¡Este puesto suele estar vacante siglos enteros en algunos estados!

La educacion es tambien la que forma buenos magistrados: así pensaban nuestros abuelos, sencillos en sus costumbres y rígidos en sus principios. ¡Pobre posteridad de esos grandes hombres! ¿Qué vendria á ser en nuestras manos, sin la educacion, esa rica y preciosa herencia de su gloria? El estado necesita defensores que no derramen sangre sino muy á pesar suyo, y á cuyos ojos una victoria sea un

dia de luto para la humanidad; pero sin la educacion, ¿el amor de la humanidad podria calentar unos corazones gastados por los placeres y helados con todas las satisfacciones de la vida?

La Religion reclama pastores que sean la segunda providencia de los infelices, y ángeles tutelares de los pueblos: los pueblos encontrarán ese tesoro en la educacion. ¡O pueblos! yo os ruego con lágrimas que vuestro interes venga en socorro de esos seminarios que deben reparar nuestras pérdidas, de esos almácigos renacientes en que deben crecer todas las virtudes sacerdotales. ¿No son de la familia de todos los cristianos esos niños, tan dignos de entrar en la clase de nuestra milicia eclesiástica? ¡Los ricos son sordos á la voz de la Religion; ella adopta á los pobrecitos y los confia á vuestra caridad!

¿Y la probidad en el comercio? Sin la educacion ¿cuál será el fundamento de esa probidad? Que venga una ocasion en que la codicia solicite una injusticia. ¡Ay! ¡Cómo es de presumir que la consumará! El hombre se ama mas de lo que se respeta á sí mismo, y esta es la causa de que haya tantos hipócritas en materia de probidad. Sin embargo, la sociedad no subsiste sino por la probidad; sin ella la sociedad se disuelve y desaparece.

¿Qué tendrá que esperar la sociedad

de esa juventud impaciente por tener que gastar sin haber trabajado; ansiosa de cosechar sin haber sembrado; empeñada en edificar sin haber echado los cimientos; apresurada á deshonrar unas profesiones en que no manifiesta sino unos estudios rápidos compendiados á saltos? Ella se me figura como esos arbustos precoces adelantados por un calor facticio y que pagan una fecundidad temprana con una eterna esterilidad. ¡O pueblos! que mis lágrimas y mi esperiencia os hagan advertir la diferencia que hay, segun la buena ó mala educacion, entre dos hombres públicos, de los cuales el uno, imbuido desde su infancia de escelentes máximas, de conducta, maneja con inteligencia los asuntos mas delicados y triunfa con gloria en las circunstancias mas *espinosas*, sin tomar jamas por principios las ideas vagas y las palabras sin significado; que se acostumbra á no ver en las cosas sino lo que hay en ellas, distinguiendo siempre con cuidado la certidumbre de la probabilidad; y el otro que habiendo elegido, despues de una educacion superficial, un estado que pedia muchas luces, trae á él un entendimiento vacío de conocimientos, un espíritu de indecision, una alma poco acostumbrada á la reflexion, que ni conoce, ni duda, ni examina, ni considera jamas los objetos sino por una sola faz, pasando de suposi-

siones falsas á juicios erróneos, y desviándose tanto mas, cuanto cada juicio que él se forma lo tiene por una conviccion. No obstante, el mundo que lo ve con sorpresa, ocupar un puesto eminente, y que no ha visto sus estudios y carrera; el mundo que lo ve, sin saber cómo ha llegado á aquella altura, lo observa con una curiosidad maligna, y este censor desapiadado se venga bien presto de su presuncion atrevida con un menosprecio, cuyos tiros invencibles le causan muy profundas heridas.

El mismo mundo hace á veces justicia. Algunos jóvenes que hubieran sido, por su educacion, hombres útiles y estimables en la profesion de sus padres; pero que, devorados por una ambicion sin límites, y habiendo contraido ciertos gustos que no podian satisfacer, acaban en una turbulenta inquietud y en su esperanza burlada por malos libros, malas intrigas y malas acciones, corriendo tras el escándalo, como si el escándalo no fuese la fama del oprobio. Mas no por eso la educacion pierde sus derechos.

Yo lloro que los pueblos no conozcan que la mala educacion es la que les trae tantos individuos inútiles y perjudiciales, en cuyo número entran principalmente esos melancólicos misántropos que aborrecen é injurian á sus semejantes, y esos eternos pendencieros que levantan pu-

bes aun en el seno de la amistad; esos déspotas incurables que quieren someterlo todo á sus caprichos; esos egoistas helados, inaccesibles á los mas dulces sentimientos de la naturaleza, cuyo interes personal es la única ley que conocen, que ignoran la dicha de vivir en otros y la dicha tan dulce de olvidarse á veces de sí mismo; esos aduladores pérfidos que embriagan con sus inciensos; esos regañadores bruscos que, afectando franqueza, manifiestan repugnancia á todos los usos honestos de su pais y adoptan todas las estravagancias. Yo lloro que la sociedad no conozca que de la mala educacion viene el olvido de nuestras máximas tutelares y el poco respeto á la Religion de nuestros padres. ¡Ay! Todo peligra si la juventud es impía en un estado cristiano y republicana en una monarquía.

Yo vierto mis lágrimas porque los pueblos no advierten que la mala educacion es la que ha formado esos pequeños filósofos de nuestros dias, que repiten sus lecciones mal aprendidas aun en los oidos de la inocencia; esos semidoctores que lo saben todo y no han estudiado jamas y que contradicen al anciano mas instruido con la mas impertinente intrepidez; esos eruditos que han hecho su curso de historia en las colecciones de mentiras obscenas; esos pequeños oráculos que lison-

echados de orgullo hacen de bastoneros en los corrillos, importunando á todos con su bachillería risible, que ha venido á reemplazar á la gravedad, á la moderacion, al noble lenguage y á la urbanidad fina de nuestros antepasados; esos pequeños incrédulos que, balbuciendo sarcasmos y blasfemias que no entienden, atacan con buenas palabras á la Religion y tratan nuestros dogmas, que ignoran, de imposturas, nuestros milagros de fábulas, y á nuestros mártires de fanáticos; esos pequeños libertinos iniciados, cuando apenas tenian uso de razon, en todo género de corrupcion.

¡Ay! Ya no hay inocentes desde que los niños tienen todos los vicios del pueblo y de la sociedad antes de ser miembros de ella; ya no hay niños desde que se ha perdido en ellos la infancia de la vida, que es lo mismo que arrancarle al año su primavera; ya no hay niños desde que ya no hay para el hombre sino dos estaciones, desde que él entra en la vida por el estío y su otoño es un invierno; ya no hay niños desde que, bajo del influjo siniestro que los rodea, todo se marchita, todo se deseca, todo muere; ya no hay niños: ved ahí porque hay tan pocos cristianos.

¡O padres de familias! la sociedad os llama en su auxilio á nombre de vuestros mas caros intereses. ¿Cómo no llorais cuan-

do entre las calamidades que nos affigen, la mayor á vuestros ojos y á vuestro corazon, debe ser esa profanacion de nuestra juventud embriagada con doctrinas de la incrédula Filosofía, entregada por su inesperiencia á licenciosidades que un dia harán la amargura y el tormento de su vida y de la vuestra? ¿Cómo así descuidais de una obligacion que es la primera de vuestra sagrada autoridad, y esto en unos tiempos tan deplorables en que toda la tierra está repleta de iniquidad y en que tantos ciegos instigadores levantan cátedras públicas en todos los estados de sedicion y de anarquía; en unos tiempos en que no se piensa sino en independencia, en una igualdad quimérica, en el odio á toda superioridad y á todo freno, en el disgusto de toda verdad y de *toda regla*, en el menosprecio de toda autoridad y de todo órden, en la ciencia de sus derechos y nunca en la de sus obligaciones; en un tiempo, en fin, en que el dinero es el único dios de casi todos los hombres? *Pecuniæ obediunt omnia.*

Cuando la Religion para muchos ha perdido todos sus terrores y el hombre moral casi ha desaparecido de la tierra, porque su alma casi no tiene ya resortes y sus deseos casi no tienen límites; cuando el torrente de todas las depravaciones ha salido de madre, desde las capitales de la Europa hasta las estremidades de la Amé-

rica; cuando las conciencias se han relajado de tal modo que todo se arregla ahora en ellas maravillosamente transigiendo los remordimientos con los principios; cuando se cree haberles enseñado bastante á los hijos de los pobres, enseñándoles que todo freno social es un despotismo, y que toda verdad que no perciban sus sentidos groseros la pueden ellos negar impunemente; cuando se ha perfeccionado el arte de adornar el vicio y de prestarle todos los encantos del agrado; cuando el mundo parece que ha hecho alianza con la muerte, segun el horror que tiene á las doctrinas que dan la vida; cuando entre la lengua y el corazon, entre la fé y las obras reina una oposicion casi universal; cuando los falsos sabios hablan incesantemente de tolerancia, y falsos bravos hablan sin cesar de valor; cuando los paganos han venido á servir de leccion á los cristianos: *Pagani doctores nobis facti sunt.*

¿Y serán indiscretas y fanáticas mis lágrimas? ¿Y no será tiempo de premunir á nuestra juventud contra estas desgracias, no será tiempo de preservar de ellas á nuestra generacion futura? ¡O madre! yo te ruego con lágrimas que ya no concedas nada á las lágrimas del capricho de tu hijo, y la virtud nacerá en su alma. Si no lo acostumbras á obedecerte cuando niño él te mandará; cuando sea hombre él

te tiranizará, y cuando tenga mas edad á te llevará al sepulcro. ¡O madres! No enseñeis á vuestras hijas sino la piedad, la decencia, el amor al trabajo y al retiro: las gracias son engañosas, y la hermosura es vana, *falax gratia, et vana est pulcritudo*. ¡Pero la modestia! Hay en ella no sé qué de severo y de dulce que es respetada de la misma impudencia: ese tímido pudor que ruboriza el semblante de las vírgenes es una defensa contra la audacia, y cuando se les ve brillar en sus miradas, no hay licencia que se atreva á pasar adelante, y que no quede confundida: *et modestiam doceant adolescentulas*. Cuando una madre imprime en buena hora la modestia en el semblante de su hija, es casi cierto que la mano del tiempo no la borrará jamas. ¡Padres de familias! ved ahí cuánto interesa á la sociedad que cumplais con vuestras obligaciones. Yo os pido esto mismo con lágrimas, añadiéndoos el motivo de vuestro propio interes.

No hay lágrimas con que poder sentir bastantemente la imprudencia de una madre que se atreve á llevar á su hija al teatro. ¡Ay! al teatro, escuela de todas las seducciones, morada de todos los libertinos, refugio necesario de los malos esposos, terreno comprado por los filósofos y cultivado por ellos para vender sus frutos ó mas bien para regalarlos con la esperanza de ganar adeptos, escollo famoso para

el naufragio de los mismos devotos, porque en nuestros dias este modo de obrar ya no es notable; tan comun ha venido á ser. ¡Pobrecita niña! ¡Hija desgraciada! ¡qué de lazos tendidos á tu inocencia en esos lugares, en que se insinúa la corrupcion bajo el velo de simple diversion; en que á veces manifestando que se va á coronar á la virtud se hace mofa de ella; en que para inculcar mejor el respeto filial compiten viejos ridículos con jóvenes insolentes y padres imbéciles con hijos mofadores; donde se hermanan la moral con las pasiones, los escándalos con las máximas, los héroes de la fábula con los apóstoles de la verdad; donde el vicio, por proscripto que parezca, tiene sus secretos conductos para apoderarse del corazon; donde ciertos deseos hasta entónces desconocidos, se apoderan del espectador como otros tantos reptiles venenosos, cuyo número solo Dios puede saberlo: *illic reptilia quorum non est numerus*. ¡Madres impías! ¿y vosotras decis que sois cristianas? ¿y vosotras asistis á nuestros misterios tremendos? Así es como mezclais las decoraciones profanas con las humillaciones divinas, las armonías santas con los refranes y bailes licenciosos, la ley de Jesucristo con el código de Baal.

No bastan lágrimas para hacer comprender la temeridad de una madre que introduce á su hija en la escena del mun-

do, en una edad en que se teme tanto mas la regla cuanto es mayor la necesidad que se tiene de ella; en una edad en que todo lo que atrae es corrupcion, todo lo que lisonjea es peligro, y todo lo que gana es esclavitud. ¡O madres! ¡todo lo que sabeis y enseñais á vuestras hijas es la vanidad! El deseo de agradar es el mayor enemigo de vuestro sexo; él nace y muere con vosotras; pero como vuestro humor veleidoso hace consistir el lujo en la variedad, se une al amor del adorno el amor de la novedad que produce estraños efectos en las cabezas débiles; y estas dos locuras unidas arruinan las facultades de las familias al mismo tiempo que comprometen la paz de los esposos.

¡O madres celosas de vuestra propia felicidad! yo os ruego con lágrimas que alejeis á vuestras hijas de esas compañías en que á veces un ojo vigilante no tarda en descubrir sospechas; alejadlas principalmente de esos libros compuestos de intento por los filósofos, que bajo las flores de una espresion fina ocultan un veneno mortal; libros en que en un tejido de ficciones, ingeniosamente ordenadas, se tomó el gusto á la mentira urdida con arte; en que en cuadros de intrigas imaginarias se meditan las mas veces, otras muy verdaderas. ¡Libros contagiosos que ablandan y endurecen! ¡Detestables novelas! ¡Vosotras sois la calamidad de muchos

pueblos, el luto de la Religion, el terror de *la* gente virtuosa, y el motivo de mi llanto.

¡O padres celosos de vuestra propia dicha, vosotros, especialmente los que no teneis sino las esperanzas del cielo! juntad vuestras lágrimas con las mias para pedir en favor de vuestros pueblos jesuitas y esculapios, y sobre todo seminarios conciliares, para colocar en esas castas escuelas á vuestros hijos, donde aprendan todo lo que exigen las necesidades de su edad; donde se enseña el catecismo por conviccion; donde se inspira la moral por sentimiento; donde la caridad, la paciencia, la humildad son las virtudes de cada momento; donde unos maestros puros y desinteresados enseñan á los niños con igual celo, sin preferencias ni escepciones.

¡O padres y madres! yo os ruego con lágrimas que no deis á vuestros hijos ejemplos funestos, porque los buenos ejemplos son puntualmente las lecciones que faltan en estos tiempos deplorables; los buenos preceptos abundan. Suelen verse un padre sin costumbres, afectar en su casa un semblante y un tono de rígido censor, y una madre disipada alabar delante de sus hijas el mérito del pudor y de la modestia: no permita Dios que yo repruebe su conducta en esta parte. ¡Indignos desertores de la virtud! Podrá ser

que habiendo vosotros desterrado de vuestra alma esas virtudes que afectais inculcar en vuestros hijos, ellos aprovechen de vuestras palabras; pero lo que yo repruebo y lloro en vosotros, es que, por vuestra inconsecuencia, acostumbrais á vuestros hijos á mirar á la virtud como un perjuicio con que se quiere adormecer su inesperiencia, ó como un trage de máscara de que luego os desnudais y del que ellos tambien se desnudarán á su vez. De este modo vuestros hijos aprenden mucho ménos la estimacion que deben hacer de vuestros consejos que el menosprecio que vosotros haceis de su edad. ¡Ay! ¡Qué dignos de lágrimas son los hijos condenados á apartar los ojos de aquellos á quienes debian amar! ¿Y vosotros, padres y madres, llorareis tambien *sus estravíos* y su desamor? ¿llorareis tambien la ignominia que caiga sobre vosotros? Comparad su vida con la vuestra y vereis que ellos no han degenerado, pues que no os han deshonrado sino porque se parecen á vosotros.

¡Ay! Cuando nuestros abuelos se sentaban á la mesa con toda la circunspeccion de entónces y con el dedo en la boca, intimaban el silencio á sus hijos; ¡cuántos riesgos corren ahora los vuestros en vuestras mesas refinadas á la estrangera! Considerad que el uno se sonrie á vuestros discursos indiscretos, el otro á pesar

de su aparente inadvertencia, pone una atencion maligna á la conversacion, con cuya sal sazonará algun dia la suya, y ved ahí manchada su alma para en adelante; no lo dudeis: la mas importante educacion para el hombre es la que recibe en su familia. Tal es la educacion que debe preparar todas las demas. Permitidme una reflexion. Todos los dias se murmura de las escuelas; pero que los padres se examinen de buena fé en el secreto de su conciencia. ¿Debe atribuirse todo el mal á los maestros? Esas costumbres, objeto de tan justas alarmas, ¿no son muchas veces llevadas á las escuelas por los mismos niños que se les confian? Es preciso, decis vosotros, hacer á los niños aguerridos al mundo, para el cual han sido hechos. Yo respondo con lágrimas, que los niños no se han hecho para el mundo; que si se les admite en él para colmarlos de alabanzas insípidas, para que sean objeto de la admiracion general, nada mas propio para aumentar la multitud de hijos altivos é indisciplinados, nada mas contrario al órden de la naturaleza; que lo que ellos ven, lo que ellos oyen en el mundo, no es bueno sino para corromperlos, sino para sofocar toda semilla útil, sino para inocularles todos los vicios antes que sepan lo que es el vicio, *discunt hæc miseri, antequam sciant hæc esse vitia*. Es menester, de-

cis vosotros, hacer á los hijos aguerridos con el mundo para el cual han sido hechos; ¿pero teneis derecho de presentar el veneno mas sutil á unos niños que no tienen todavía el antídoto del discernimiento y de la razon? ¿No es cierto que los ejemplos domésticos son los primeros preceptores de la infancia, que nada es indiferente para ella, que muchas veces una palabra escapada por descuido contiene el gérmen de una idea falsa y de una inclinacion perversa, y que estas tambien contienen el gérmen de alguna aberracion ó de algun grave desórden; que si esos corazones tiernos se abriesen á nuestros ojos descubririamos que un gesto, un golpe de ojo, una criada artificiosa, un criado mal intencionado han grabado en ellos la imágen del vicio? ¿No es verdad que nunca se debe hablar delante de los niños sino con temor y reserva; que para insinuarles la virtud es necesario que todo la pinte á sus ojos, que todo la lleve á sus oidos, y en fin, que la casa paterna debe ser el santuario de todas las virtudes?

¡O padres y madres! ¿creeis vosotros que con vuestras fatales condescendencias asegurais el reconocimiento de vuestros hijos? Vosotros os admirais á veces que su insensibilidad repele vuestras caricias: esta es consecuencia forzosa y justo castigo de la educacion que han recibido. Cuan-

do instruidos, de no amar sino á sí mismos, se manifiestan frios para con vosotros; cuando consumidos del fuego de las pasiones, ellos acusan en secreto á los que le han dado pábulo con sus ciegas bondades; cuando autorizados por vosotros á satisfacer todos sus antojos ellos os miran como á centinelas importunas, si creeis oponeros á su voluntad; cuando del amor á los placeres pasan al de las riquezas y se atreven, quizá, (yo me estremezco al decirlo) á formar deseos desnaturalizados y á calcular vuestros dias con una impaciencia parricida bebida en las novelas de los filósofos incrédulos, de ¿quién tendreis que quejaros? Vuestros bienes han venido á ser necesarios á sus prodigalidades criminales; ¿cómo no les ha de ser odiosa vuestra vida? ¿No será justo el cielo en pagar con el odio bárbaro de los hijos la bárbara ternura de los autores de sus dias?

Yo os ruego, pues, con lágrimas que hagais doblar á vuestros hijos su cabeza bajo el yugo de la regla, y que vuestras hijas lean en vuestros semblantes la santa aversíon á las alegrías insensatas del mundo: *Filii tibi sunt? curva illos a pueritia; filiæ tibi sunt? ne ostendas hilarem faciem tuam ad illas*. Tales son los consejos del libro en que yo bebo mis lágrimas. Quien los desprecia, se espone al mas terrible de todos los menosprecios, al

menosprecio de sus mismos hijos, á la mas terrible de todas las desgracias, á la desgracia de sus hijos, al mas terrible de todos los engaños..... ¡Ay padres afligidos! vosotros no tuvísteis sino un esmerado cariño para vuestros hijos, y ahora no encontrais sino la ingratitud: *tu enim docuisti eos adversum te.*

¡O tiempos antiguos! ¡O poder de los patriarcas en la cuna del mundo! ¡O hermosos dias de la autoridad paterna y del amor filial! Un padre era entónces la imágen y como el ministro de Dios cuando á la cabeza de su familia la ofrecia en homenage; cuando postrado con ella delante de un altar de césped, su reverente voz se levantaba hasta los cielos con el humo de los holocáustos; cuando sus hijos creian ver brillar la sabiduría eterna sobre su frente emblanquecida con los años, y casi lo confundian con aquel cuyos oráculos les trasmitia.

¡Ay! El respeto á la autoridad era el que distinguia á los hijos de aquel tiempo, y hasta ahora tambien distingue á los hijos de nuestros grandes hombres y de nuestros padres cristianos. ¡El respeto á la autoridad! Yo os lo pido con lágrimas; no olvideis jamas este respeto y sereis felices: el respeto á la autoridad es la llave de la bóveda sobre que descansa una buena educacion. Los que despreciaren mis lágrimas se creerán, no obstante, buenos

padres y buenas madres. ¡Eh! ¿Quién no pretende serlo? Se persuaden que la educacion, por la via de la autoridad, es servil y melancólica, y se desentienden de que la demasiada franqueza, la demasiada condescendencia y la demasiada libertad llevan los hijos á la licencia y á la revolucion, fuentes fecundas de los males que amenazan á los padres y á los hijos. Empero, yo quiero dirigir á estos mis lágrimas por separado, para volver á llorar con aquellos sobre lo que mas interesa á unos y á otros.

LLANTO DUODECIMO.

¡Ay! ¡La incrédula Filosofía ha vaciado infinitos niños que harán infelices á sus padres y á sus pueblos!

¡O vosotros, la única esperanza de las generaciones futuras, vosotros, el mas tierno objeto de las solicitudes de nuestro sacerdocio, vosotros sois la principal causa de mis lágrimas! ¡Qué amargos serian para vosotros los frutos de la educacion sino hubiéseis cosechado en su campo fértil en bienes y males segun la cualidad de las semillas, sino hubiéseis cosechado mas que el talento de bailar con gracia y quizá con indecencia; de jugar con destreza y quizá con astucia; de atentar al pudor y de seducir á la ingénua confianza! ¡Ay! ¡Qué breve pasa ese tiempo de disipacion que se querria encerrar en un círculo de vanos placeres; ese tiempo de lozana salud que aleja de sí el pensamiento de la muerte; ese tiempo de prosperidad en que se revuelca sobre todos los atractivos de la

vida presente; ese tiempo de ociosidad que parece tan dulce á la molicie, ese tiempo tan hermoso que le parece tan corto al orgullo! ¡Todos esos tiempos han desaparecido ya para muchos y no les ha quedado sino el arrepentimiento de haberlos perdido! Ellos dejarán tambien hijos mas viciosos y tan desgraciados como sus padres.

¡Ay! ¿Qué dicha sólida pueden esperar aun acá abajo esos jóvenes á quienes las tímidas precauciones de la complacencia, siempre alarmada, les perdonan, no digo el menor trabajo, sino la menor esplicacion de su razon? ¿Se trata de que elijan un estado? Entónces esas tristes víctimas de la debilidad, cuyo espíritu enervado no se deja conocer sino por su nulidad, girando sus ojos mal asegurados sobre las diferentes condiciones de la vida; á la vista de los trabajos que ellas piden, unos retroceden de su propósito y se condenan á la nada por una inaccion voluntaria, y de allí resultan esos entes inútiles y vanos que volando de círculo en círculo, van á ocultar su inconstancia en el torbellino que los envuelve; de allí nace esa multitud de hombres pesados para sí mismos y para otros, que contemplan en un reposo inútil el movimiento general, aprovechan de las dulzuras de la sociedad sin corresponderle con servicio alguno, pasan sobre la tierra sin dejar en ella alguna huella, y son olvidados cuando vivos, y despues de

muertos, porque se duda si hayan existido. Otros esclavos de la opinion ó seducidos por la incrédula Filosofía se aventuran al acaso en un estado: la presuncion, el interes, la vergüenza sostienen por algun tiempo su alma ya fastidiada; pero bien presto abrumados con la carga que antes debieron meditar para ver si la podrian soportar, arrastran por todas partes el doble peso de una condicion penosa y de una vida ociosa, y parece que no guardan su puesto sino como un acusador mudo de su inercia, igualmente despreciables por la temeridad de haberlo abrazado, como por la ignominia de no llenar sus funciones.

En cuanto al otro sexo ¿qué juicio se podrá formar de esas escuelas en que las niñas estan, no tanto por el bien de *ellas* cuanto por el interes de las madres, impacientes de sus obligaciones, enemigas de toda sujecion, y deseosas de todos los placeres, y en que lo que se advierte es el lucro de las maestras y ningun provecho para las niñas? donde la moral se cuenta casi por nada; donde lo agradable se prefiere á lo útil; donde se hace ménos caso de la piedad que de la música; donde lo futuro se sacrifica á lo presente, donde se estiman mucho las flores y poco los frutos; donde.......¡Ay! Así es como las mugeres comprometen su sexo despues! La miel está sobre sus labios, y la hiel en su

corazon: tienen los ojos de la paloma y la lengua de la serpiente; ellas cantan con gusto, pero no hablan con discrecion.

La juventud, esa edad de los relámpagos, precursores de tempestades, esa edad en que las pasiones se lanzan impetuosamente sobre todos los frenos para romperlos; la juventud de suyo pretende una educacion exenta de esas riendas que hacen pesado el yugo que embrutece el alma y entristece la estacion de la alegria natural; pero tambien necesita una educacion sin esa escesiva condescendencia que se presta á todos los caprichos y que no acaba sino por producir séres afeminados: ella necesita una educacion cuyo objeto no sea esa afectacion de modales, ese barniz de lenguage que no sirve sino para ocultar vicios, sino el de enseñar cuáles deben ser nuestras relaciones con Dios y con nuestros prójimos, inspirar, no esa política de convencion que se evapora en fórmulas elegantes, sino esa política síncera que enseña á respetar á otros respetándose tambien á sí mismo. ¡O pobres! acostumbrad á vuestros hijos al trabajo y á la resignacion, á fortificarlos con la certidumbre de las recompensas eternas, á grabar profundamente en ellos las ideas de la justicia y de la probidad, el reconocimiento de los beneficios, el horror á lo malo, y sobre todo la idea diaria de un Dios que todo lo tiene delan-

te de sus ojos como testigo, como árbitro, como remunerador de todo. Las primeras impresiones que se reciben en una edad tierna son como esos caractéres que suelen trazarse sobre la corteza de un árbol naciente, que crecen con él y se agrandan de dia en dia, hasta llegar á ser indelebles.

¡Qué dulce es para un hijo deber su felicidad á su padre! ¡Qué consuelo para un padre conocer lo que él vale en las lágrimas filiales que caen sobre sus manos trémulas! La virtud de los hijos es para los autores de sus dias una segunda juventud, que comienza cuando la otra desaparece. ¡Cuánto placer deja la idea de un jóven formado por una educacion cristiana! Él no conoce todavía el mundo sino en sus libros escogidos con prudencia, y ya nada se dice, nada se hace en su presencia que no le pague su tributo. Él huye de ese lujo indigente de la memoria que la recarga sin enriquecerla; el saber no es para él sino un medio de aproximarse á la perfeccion, ó un instrumento cuyo uso debe dirigir al interes de la humanidad, de la patria ó de su alma; combina en un momento todo lo que exigen de él, la edad, el mérito y el estado; si se le trata de una cuestion séria, no disputa con calor ni amargura; argumenta con una desconfianza modesta, sin buscar otra luz que la de la verdad; los ni-

ños y aun los viejos aprovechan de sus discursos. Indulgente con otros y severo consigo mismo, su amable bondad perdona siempre, y no ofende jamas. Discreto, oficioso, caritativo, ¿un tal hijo no será la gloria de su padre? Y cuando él llegue á ser padre ¿no será el oráculo de su familia, las delicias de la sociedad y el ornamento de la Religion?

¡Qué dulce es para una vírgen ser educada por la Religion en la casa de sus padres ó en un establecimiento digno de una niña cristiana! Ella congrega allí los tesoros únicos verdaderos y únicos sólidos. No se le conduce á espectáculos públicos; no se le inicia en conversaciones ociosas; no se le hacen gustar alegrías tumultuosas; ella crece delante de Dios en la escuela religiosa é instructiva, en que se complace de vivir escondida. Allí guarda su corazon, ilustra su entendimiento y ennoblece su alma: si la alabanza la importuna la encuentra sin orejas; si se deja ver alguna vez por obedecer, suspira por volver luego á su soledad y no brilla sino por su modestia; en fin, si un nudo sagrado la liga, ella será la admiracion de los esposos y de las madres. Sí; las vírgenes en lo interior de su familia y en sus ocupaciones domésticas es donde deben recibir las primeras lecciones y los primeros ejemplos. Su presencia tambien purifica en cierta manera el

lugar en que ellas habitan; su inocencia exhala un olor de suavidad que se comunica á todo lo que le rodea. ¡Qué diferente es la educacion que prescribe la Filosofía del dia. ¡Ay!

Examinemos, abriendo el gran libro de la esperiencia, examinemos con lágrimas qué suerte se le prepara á una niña en quien no se descubren sino las gracias, y por decirlo así, la vocacion de mundo. ¡Ay! No se le educa sino para agradar y para parecer bien, y se quiere despues que ella se defienda del placer mismo de hacerse amar. ¡Se teme que ella adivine la voluptad, y ella canta el poder que tiene! El arte va delante de la naturaleza. Sigámosla en su primera entrada á un concurso profano: ella se deja ver en él con todo su candor, único peso que conoce: la paz de su alma es como la calma del dia mas puro; pero ¿resistirá al estrépito de todas las vanidades reunidas? Su imaginacion errante vuela ya de objeto en objeto, se turba con lo que ve y con lo que oye, se inquieta con lo que todavía no comprende, se inflama con sus nuevos pensamientos y con sus nuevos deseos, ó se aplaude en secreto de sus pretendidas victorias, que bien presto no serán ya sino irreparables derrotas.

¡Ay! ¡Madre cruel! salva á tu hija.... ¡Ay! Una ceguedad funesta la arrastra

al borde de el abismo en que el libertinaje, que espía su presa, adormecerá bien presto á la inocencia. ¿Qué auxilios tendrá ella para romper sus lazos? ¿qué armas para resistir? Su corazon, antes irresoluto, sucumbe. No habia entre su corazon y el crímen la barrera de la educacion. ¡Pasion fatal, qué males no arrastras en pos de tí! ¡Gérmen envenenado que todo lo corrompes, degradante impudicicia que haces bajar todos los ojos y ruborizarse todas las frentes! ¡O pudor, virtud divina, ó pudor, mas precioso que el oro, *gratia super aurum*, mas hermoso que la hermosura, *gratia super gratiam*. ¡O pudor, de quien el enérgico Tertuliano decia que el Espíritu-Santo, habiendo bajado para habitar en nosotros como en su templo, tú debias ser su sacerdote y su guardian, *illato in nos et consecrato Spiritu-Santo, ejus templi æditua et antistita pudicitia est!* ¡O pudor, salud de las almas, adorno de los cuerpos, gracia de la santidad, tú diste á Ester, delante de Asuero, un resplandor que no tienen todas las coronas del universo! ¡Tú eres el fruto mas noble de la educacion! Y la piedad filial no la recojen sino los padres y madres que la han cultivado con sus manos diligentes.

¡O piedad filial! ¡Yo no puedo contener mis lágrimas cuando la esperiencia me hace ver que si son muchos los pa-

dres indiferentes, son muchos mas los hijos ingratos! ¡O hijos! ¿ignorais cuál es la magestad del imperio paternal? Ella es una imágen del imperio de Dios; es el modelo del imperio de los reyes. ¡O hijos! ¿vosotros no conoceis el placer del reconocimiento? ¡Dichosa servidumbre la de la ternura! ¡Qué inesplicable es la temeridad de esos jóvenes insensatos que recien salidos de la infancia quieren correr solos por las sendas escarpadas de la vida! ¡Qué estraña es la conducta de esas vírgenes locas que se fastidian de la presencia maternal! ¡Ay! Cuando ellas sufran otro yugo, entónces conocerán que el amor de una madre es mas seguro que sus impudentes amores. Que tu corazon recuerde, escribia S. Gerónimo á una jóven piadosa que le habia confiado su alma, que tu corazon te recuerde los peligros de tu madre cuando te llevaba en su seno, y sus grandes inquietudes cuando ella pasaba las noches en vela á la cabecera de tu cuna. Y yo añadiré con lágrimas: ¡hijos insensibles! ¡ved los grandes trabajos á que se entrega el mejor de los padres para haceros aun mas felices que él! ¡Y vosotros, á quienes padres cristianos dejaron una herencia mucho mas preciosa que todas las riquezas, y que les debisteis el inestimable tesoro de la fé justificada por las obras!.... ¡Ay! Ved ahí lo que hacia al grande Agustino derramar

lágrimas, y lo penetraba de un sentimiento tan tierno para la memoria de su madre: él quiso inmortalizarla en sus escritos y conjura á sus lectores que se acuerden delante de Dios de aquella que le dió la vida de la naturaleza y la vida de la Religion. ¡Monumento sagrado de la piedad filial, tú durarás tanto como el genio de Agustin! ¡Pluguiese á Dios que reinara una constante emulacion entre la piedad filial y la autoridad paterna para gloria de las costumbres y dicha de las familias! y que en este generoso combate la victoria quedase siempre indecisa. ¡O vosotros, hijos de los pobres, que sois tambien los hijos mas queridos de la Religion; vosotros, á quienes con preferencia pertenece mi ministerio, hijos de los pobres, sabed á lo ménos gustar de la dicha que la Providencia os asegura en la piedad filial: pagad á un padre enfermo y á una madre encorvada por el peso de los años, pagad los socorros que ellos os prodigaron en vuestra infancia y el Dios de las misericordias os bendecirá. Portaos con ellos de manera que hablando de vosotros digan: ved ahí la luz de nuestros ojos, el báculo de nuestra vejez, el alivio y consuelo de nuestra vida: *lumen oculorum nostrorum, baculum senectutis nostræ, solatium vitæ nostræ*. Que vuestros cuidados amorosos se redoblen á medida que ellos se acercan al sepulcro.

Permítaseme terminar este llanto con un artículo de los periódicos de Paris, inserto en el Universal de Madrid de 8 de mayo del año de 1834, que no puede dejar de sacar lágrimas, y que á la letra es como sigue.

»Existe actualmente en Paris un ele»mento de trastornos y violencias, al »cual ni la ley ni el gobierno han pres»tado todavía una atencion detenida: ha»blamos de esta raza de muchachos de »doce á quince años, conocidos bajo el »nombre, bastante estraño, de galopines. »En 1789 durante el curso de la gran »revolucion, y mas tarde bajo el reina»do de Napoleon, no se notaba esta ra»za. Solo con dolor, se veia algunas ve»ces figurar una parte de ella en los ban»cos de los acusados ante tribunales asom»brados de una perversidad tanto mas »odiosa, cuanto que se manifestaba en la »edad de la inocencia. Pero de poco tiem»po á esta parte representan un papel im»portante en todos los movimientos po»líticos y manifiestan una intrepidez es»traordinaria. En los tres dias de Julio »de 1830 se les vió arrostrar el fuego de »metralla y las descargas cerradas, dis»parar sus fusiles como los cazadores de »la Vendée, lanzarse sobre un coronel de »caballería y matarle al frente de su re»gimiento, y multiplicarse, por decirlo »así, en todas partes y hallarse en do

»quier que hubiese un golpe que dar. »Ellos eran los primeros que se oponian »á la guardia nacional cuando tuvo que »defender, por prescribírselo así la ley »y su valor, á los ministros de Cárlos x; »que un cierto número de hombres del »partido legitimista habia abandonado sin »esfuerzo al furor popular por un cálcu»lo tan falso como peligroso.»

»Estos atrevidos muchachos son los »que, por la mayor parte, han asolado »la Iglesia de Saint-Germaint, Auxerrois »y el palacio arzobispal. Se les ve aho»ra saltar en los altos de las murallas, »violentar las puertas, arrancar las ven»tanas, arrojar los muebles, los libros, »todo lo que hallan á mano. Ni un mo»vimiento, ni una asonada se verifica en »que no tengan la mayor parte. En los »dias 5 y 6 de Julio manifestaron una »constancia y un valor difíciles de con»cebir; sobre todo, no se puede esplicar »cómo á esta edad pueda darse y recibir »la muerte tan á sangre fria, con tanto »desprecio de la existencia. Se hubiera »dicho que estaban ganosos de hacerse ma»tar, para servirnos de la espresion nota»ble de un sabio. Todo el mundo ha vis»to lo que esta temeraria adolescencia ha »osado acometer en los tres dias que aca»ban de conmover la capital. En medio »de todos los elementos de insurreccion »que fermentan entre nosotros ¿puede mi-

»rarse sin una especie de espanto; arre-»batada de un espíritu de revolucion co-»mo de una especie de vértigo, siempre »pronta á marchar á la primer señal ó á »tomar ella misma la iniciativa de la guer-»ra civil?»

»En el dia en que estamos, esta ra-»za precoz de perturbadores, ha llegado »á punto en que es menester combatir-»la con las armas en la mano; doloro-»so es sin duda, pero así lo exijen las »amenazas del porvenir. ¿De qué serán »capaces, si Dios les da vida, esos apren-»dices de revolucion, si no se les hace »entrar en el deber, si no se les devuel-»ve á los principios de moral pública y »al respeto de la ley? Formarán una ra-»za á parte, una raza indómita, una mi-»lícia de facciones, un elemento de cor-»rupcion moral y política en medio de »un pueblo á quien sin cesar agitarian. »¿Reducidos nos veriamos á temblar de-»lante de ella ó á esterminarla por la es-»pada? ¿Quién no enrojeceria de vergüen-»za ó se estremeceria de dolor delante de »tan funesta alternativa?»

»Asunto es este que merece la mas »séria atencion: al gobierno pertenece exa-»minar la cuestion y averiguar los me-»dios de remediar el mal, de prevenir sus »estragos. ¿No debé pensarse desde lue-»go en atraer al trabajo, y retener en el »órden á esta peligrosa parte de la po-

»blacion? Acaso sea necesario que una ley, »sábiamente discutida, imponga á los amos »y padres de estos jóvenes perturbadores, »una cierta responsabilidad de los deli»tos que su negligencia ó su debilidad les »hubiese permitido. Dejar corromper una »generacion en flor y pervertirse una par»te del pueblo, es un crímen que la le»gislatura debe prevenir, impedir ó cas»tigar. Esta verdad nos hace volver á lo »que antes deciamos, esto es, á la ur»gencia del restablecimiento del poder pa»ternal, una de las mas grandes necesi»dades de nuestro estado social; mas pa»ra llegar al punto que el gobierno, los »magistrados, todos los buenos ciudada»nos deben proponerse, se necesita una »institucion especial, una enseñanza pú»blica de moral. No consiste todo en »aprender á leer, escribir y contar; es »necesario aprender tambien los deberes »del cristiano y del ciudadano.»

¡O niños españoles! vosotros direis que os hallais muy distantes de los muchachos franceses; que vosotros sois católicos y que vuestros padres lo son; que se os haria injuria en creeros capaces de hacer otro tanto. Yo me atrevo á decir, aunque con lágrimas, que sois capaces de hacer mucho mas; cuando la esperiencia de diez años entre vosotros me ha hecho ver un número muy considerable de niños sin padre, sin maestro, sin párro-

co, sin juez, sin gobernador, sin rey, sin Dios. Me atrevo á decir que sois ca-capaces de hacer mucho mas por falta de educacion, por el mal ejemplo y por vuestra arrogancia nacional, la cual así como ofrece escelentes guerreros, hace tambien temibles asesinos. *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* Prov. XXII. 6.

LLANTO DECIMOTERCIO.

¡Ay! ¿Por qué se pretende dar á la juventud educacion científica sin la Religion?

¡Anatema á ese filósofo estravagante, á quien ningun padre hubiera querido tenerlo por hijo, y ningun hijo tenerlo por padre! cuyo único educado que tuvo fué la desesperacion de su familia y la deshonra de su maestro; que dió tan elocuentes lecciones de amor maternal, y públicó tantas absurdidades y locuras acerca de la educacion religiosa, como si hubiese ignonorado la fuerza de las primeras inclinaciones; como si el cielo no fuese necesario en las primeras tempestades de la vida; como si callar el nombre de Dios en presencia de los hijos, no fuese esponer á una ruina cierta el tesoro que ellos llevan en vasos tan frágiles; como sino importase mucho poner en concordia las primeras nociones de nuestros deberes con las primeras luces de las potencias de nuestra alma; como si para insinuar los buenos prin-

cipios no fuese peligroso: esperar que se combatan las inclinaciones viciosas; como si hubiese ofrenda mas agradable á Dios que las primicias de un corazon cuya inocencia no ha sido todavía alterada por el soplo de las pasiones; como si la inteligencia de los niños no debiese sus primeros rayos de luz á la inteligencia de aquel que la crió. ¡Ay! La infancia es la edad de la luz; el sol no pinta su imágen en las aguas tumultuosas y agitadas; necesita para reflectarla la superficie de una agua pura y tranquila.

¡O vosotros, hombres grandes! que lo sois porque haceis grandes cristianos; porque sois útiles á la Iglesia y al estado; porque bajo de vuestra solicitud han florecido y florecen hasta ahora esos seminarios y esas escuelas, en que la virtud consagra el talento, y en que la piedad consagra la virtud; en que el entendimiento se ilustra con la moral, y la razon con la fé; en que toda la esperanza de la posteridad está confiada á la Religion; en que la primera máxima de educar á los niños es que no se les puede inculcar la moral con frutos si la Religion no les da el amor á ella; en que se sabe y se repite continuamente que la Religion es el viento celestial que hincha las velas de la virtud, multiplicando las tempestades de la conciencia en derredor del vicio.

¡Ay! Sin la Religion ¿cuál seria el mó-

vil que llevase á un jóven hácia el bien? ¿no es la fé la que lo coloca inmediatamente bajo de los ojos de Dios y la que obra con tanto imperio sobre su voluntad como sobre su entendimiento? ¿La Religion no es una legislacion sublime que lo ennoblece todo, un código infalible cuyos preceptos son otros tantos beneficios, un intérprete, que resuelve el enigma de nuestro orígen inesplicable sin ella? ¡Padres de familia! ¿cuál es el principal objeto de una buena educacion? Dar un cimiento sólido á los conocimientos, una base firme á las virtudes, un preservativo suficiente contra los vicios: pues sin la Religion nada de esto puede conseguirse.

En los primeros dias de la Iglesia, la lengua de los infantitos apenas estaba desatada cuando sus primeros acentos eran ya para Dios: ellos descansaban todavía sobre el seno de sus madres cuando el nombre de Jesucristo ya resonaba en sus oidos. De allí nacia aquella caridad que unia á los fieles entre sí, la armonía de la creencia comun, la magnanimidad en los peligros, la intrepidez en los sufrimientos, el menosprecio de la muerte: de allí ese espectáculo admirable que dieron al mundo, puesto en entredicho, las primeras familias, esto es, nuestros antepasados en la fé y nuestros modelos en la virtud: de allí esos siglos fecundos y gloriosos en que se vió salir una multitud de grandes hom-

bres y de grandes santos de los almácigos de la Religion: entónces no se aprendia á discurrir acerca de la naturaleza, sino á amar á su autor, á vencerse á sí mismo, á pisar ese monton de encantos y de vanidades que ahora se adora bajo el nombre de fortuna, para no poner sus pensamientos y sus deseos sino en aquel que es inmutable y eterno: no se preciaba entónces de ser *bello espiritu*, sino de ser cristiano: entónces no habia escuelas de ciencia vana sino instrucciones del celo pastoral y las solemnidades del verdadero culto.

¡O solemnidades! ¡ó fiesta de los niños! (este nombre tienen en casi todos los pueblos católicos los dias en que los niños hacen su primera comunion) ¡ó fiestas de los niños, en que ellos tenian la dicha de ser iniciados en nuestros mas augustos misterios! ¡O! ¡Cuánto era el poder de vuestro recuerdo en el resto de la vida! En ese tierno aparato, en esa piadosa ceremonia las lágrimas de los padres se mezclaban con las lágrimas de los sacerdotes; los niños mismos saltaban de reconocimiento y de amor al acercarse á su Dios: Dios mismo se comunicaba á los pobres y á los pequeñuelos haciendo de ellos sus delicias: la desigualdad de condiciones y de edades desaparecian delante de la Magestad del Altísimo: la inocencia colocada en derredor de la mesa sagrada se saboreaba con las delicias del festin tierno, cuyo precio

solo conoce el católico bien educado en su Religion. ¡Padres y madres! ¡vosotros invocabais al mismo tiempo sobre vuestros hijos las bendiciones del cielo, y de ese modo rendiais vuestro justo homenage á la influencia de la Religion en la educacion de la juventud!

¡Depositarios fieles de los divinos oráculos, libros sagrados, incorruptibles archivos, vosotros confundireis siempre á los libros de mentiras y á los archivos de estravagancias! Desde mi infancia, yo corria, dice Salomon, tras las lecciones de la sabiduría eterna, y las recogia con una alegría indecible; *a juventute mea investigabam sapientiam et excepi illam*. ¡Qué bueno y qué útil, es haber llevado el yugo del Señor en sus mas tiernos años, dice Jeremías! *Bonum est viro, cum portaverit jugum ab adolescentia sua*. ¡Ay! ¿Qué haria el hombre educado sin Religion, cuando se viese en uno de esos desfiladeros terribles en que la virtud se encontrase con todas las afrentas y el vicio con todos los honores? ¿Qué garantía podrian ofrecer esos hombres probos por cálculo y buenos por egoismo, que no hubiesen recibido sino una instruccion puramente humana y para quienes á la edad de treinta años, la conciencia seria un descubrimiento, y Dios mismo una novedad? ¿Podrian ser nuestros jueces aquellos que no reconocerian otro juez? ¿Y se pondria la

fuerza pública en las manos de aquellos á cuyos ojos toda equidad podria muy bien no ser mas que una convencion? ¡Ay! Tales serian las tristes cosecuencias del error con que la incrédula Filosofía considera al hombre solo en sus relaciones con el hombre y á la tierra aislada y sin relacion con el cielo. Sin embargo, tales consecuencias esperimentó la Francia en los años pasados, de cuyos males no solo no ha convalecido sino que cunden como por contagio hasta las estremidades de la tierra como consecuencia necesaria de la presuncion de nuestros tiempos y de todos aquellos pueblos que se niegan á oir la voz de la esperiencia. *Præbete aurem, et videte an mentiar.*

¡Ay! Tratados voluminosos con todo el brillo del estilo; declamaciones atrevidas; métodos y planes estravagantes é impracticables, en que lo florido de las palabras abunda en razon del vacío de las ideas; estas son las riquezas de la Filosofía en materia de teorías. En la práctica ¿qué podrá esperarse de la audacia de unas paradojas y de unos sistemas llevados al colmo de la temeridad? ¡O mezcla adúltera de la licencia y del ingenio! ¿Cómo ha venido en estos tiempos deplorables á romperse el pacto antiguo de las letras y de la piedad, de la Religion y de las luces? No; el amor á los conocimientos útiles no es incompatible con

la simplicidad de la fé: esa seria la blasfemia del orgullo. No; la piedad no es enemiga de los talentos: esa seria la blasfemia de la ignorancia. Yo lo atestiguo con esos hombres inmortales que con la Religion han perfeccionado la educacion de la juventud en todos tiempos y en todas partes, y cuyas luces fueron tan vivas y tan puras como su fuente. ¡Ay! ¡Qué viles y qué desgraciados serian los hijos de otros hijos que llegasen á no creer ya nuestra Religion santa, fanal colocado por una mano divina sobre el camino de la ciencia, y si la enseñanza de la verdad no se apoyase ya sino sobre la arena movediza de las opiniones! ¡Ay! ¡Con qué lágrimas recuerdo yo lo que eran nuestros abuelos con sus viejas instituciones sagradas cuando veo los escombros augustos de su grandeza!

La razon ha venido á ser el ídolo de la Europa culta, aunque ella sea la mas mentirosa de las divinidades. Esa razon tan loca en sus estravíos, tan presuntuosa con sus tinieblas, la Religion es quien la dirige cautivándola. Cuando la razon se ve embarazada; cuando vacila y cae, la fé cristiana la sostiene: es semejante al ciego que anda tentando por defecto del órgano que dirigia sus miradas á las estremidades del horizonte. Con sola la razon no se hace mas que estrellarse á cada paso en escollos y abismos,

no se sabe ni de dónde se viene ni dónde se está ni á dónde se va. La Religion es el hilo libertador, la columna luminosa de la ciencia, es la brújula de la verdad; que ella sea, pues, la guia de la juventud desde la primera navegacion de la vida; pero que la imaginacion no tenga jamas el timon porque la imaginacion es muy fatal en la infancia, es tirano universal, es impostor hábil que nos lleva de quimera en quimera; nos trasporta á lo futuro para arrebatarnos lo presente; nos hace desagradable lo que tenemos y necesario lo que no tenemos; como demonio doméstico nos sigue á todas partes, y multiplica nuestras penas; nos perturba en el trabajo con distracciones, en las compañias con caprichos, en el silencio de la noche con visiones y fantasmas; acumula ideas frívolas; engendra acciones inútiles y escritos perniciosos; desalienta el celo de lo que es bueno, y resfria el amor de lo que es lícito amar; mas tambien ella tiene en la Religion su mas irreconciliable enemiga, y la victoria de esta nunca fué incierta.

¡O Agustin! tu juventud impetuosa, y ansiosa de los peligros de la celebridad, se habia entregado á los trabajos de imaginacion y de entendimiento, y con todo eso te admirabas de que todas las ciencias de la tierra no pudiesen calmar tu

sed de saber; tú convertiste tu ardor inquieto hácia el cielo; alguna cosa te decia que en las alturas era donde habitaba esa plenitud porque suspirabas. Dios te habló en secreto, y entónces encontraste la paz con todas las delicias de la verdad. Así han pensado tambien en todos tiempos los preceptores que instruyeron á los hijos de los reyes y les enseñaron á llevar el peso de una corona, (preservándolos de esos viles cortesanos que se atreven á veces á hacer tráfico de la debilidad de los príncipes) persuadiéndoles en buena hora, no que hay una gloria y una fama, sino un Dios y una justicia; encendiendo en sus augustos corazones el santo amor de sus pueblos, primera ley de los tronos y el único arte de los reyes; repitiéndoles cada dia que las batallas no son á los ojos del sabio sino azotes de la mano soberana que castiga; alejándolos del envanecimiento de la prosperidad y del fanatismo de las conquistas temporales; nutriendo en ellos el gusto de las cosas celestiales, el atractivo de la piedad, que en un príncipe es la idea mas alta de sus deberes. ¡Qué dignos de lágrimas serian los hijos de los reyes si en su educacion no les concediese el cielo unos preceptores dignos de tan augustos herederos legítimos del trono!

¡Ay! ¡Qué digno de lástima es todo jóven que ignora ó ha olvidado que la Re-

ligion es la que, para su felicidad, le descubre el tesoro de las sanas doctrinas; que ella es la que concilia los intereses de Dios y los intereses de la sociedad; define los principios, deduce las consecuencias, aprecia el mérito de las cosas; y detiene las fluctuaciones de la duda; que con la Religion él atravesará, sin naufragar, ese océano de errores, que se aumenta cada dia con los rios de la impiedad é insulta las barreras de la fé; que con la Religion sabrá que esa Filosofía impía admira mas que instruye, alucina mas que ilustra; que ella no eleva al hombre sino para envilecerlo y no le quita las trabas sino para arrancarle las esperanzas que lo honran; que con la Religion sabrá que esta vida, de que *hace* un uso tan vano la ambicion, es *la* cuna de otra vida; que en este espacio tan corto es en el que el trabajo ayudado de la fé le trae dias eternos; que toda la distincion honrosa del hombre en este lugar de destierro y de lágrimas está en ser bueno y en llegar á ser mejor; que Dios solo es grande; que ni el guerrero que pelea, ni el conquistador que triunfa, ni el político que combina, sino solo Dios es quien, desde el centro de su inmutabilidad, mueve á su agrado esos agentes subalternos; que no hay absurdidad tan grosera que no encuentre sofistas siempre prontos á justificarla; que

no se debe sacar provecho del desórden sino permanecer siempre firme en el bien; que no se debe arrodillar á los pies de los grandes sino adorar á su Dios, servir á su rey, y amar á su prójimo; que el menosprecio de la Religion es el precursor de las revoluciones; que el olvido de las máximas tutelares inclina los estados hácia su ruina y que la anarquía conduce á ofrecer sacrificios humanos á la humanidad. Todo esto enseña la Religion en sus modestos gimnasios y todo esto mal sabido y mal observado me arranca lágrimas.

¡Ay! ¡Qué diferentes de los nuestros son los orgullosos gimnasios de la Filosofía!

¡O jóvenes! ¡yo os ruego con mis manos juntas y bañadas con mis lágrimas, que confronteis la Religion de Jesucristo con la Filosofía de estos tiempos! Ved la Religion de Jesucristo sencilla, paciente, tranquila y misericordiosa: ella no tiene para su defensa sino su Cruz y por riquezas sino las lecciones que ella da con las pruebas á que se sujeta; ved por otra parte á la incredulidad con su frente altiva con la sonrisa en la boca por sus progresos, y simulando y ocultando su embarazo de un orígen sospechoso, bajo del velo de sus máximas cómodas y alucinantes! Aquella señala, por regla de nuestra conducta, la voluntad divina; antepone la virtud al saber y las cualidades

del corazon á las del talento, y con la grandeza de sus esperanzas hace á las almas mas comunes capaces de las mas grandes acciones; esta pone en movimiento todas las pasiones, enerva las almas mas nobles y rompe el único resorte que escita á los generosos sacrificios. Los libros de aquella aconsejan la santidad, la fidelidad, la bondad, y es un código de paz y de felicidad. Los libros de esta no son sino una coleccion de ideas humillantes y de amargas invectivas; es un código de guerra y de infelicidad. En los libros de la Religion está el inalterable y antiguo lenguage de la razon; en los de la Filosofía una gerga arraucada como las locas ideas á que sirve de intérprete. De un lado la eterna luz que ha precedido á los siglos, y del otro una impenetrable *profundidad* de tinieblas. Por un lado fuentes inagotables de sabiduría, por otro un lujo de sugestiones criminales, una ignorancia orgullosa que apenas puede concebirse. En dos palabras: el combate del ser y de la nada.

¡O jóvenes! no lo olvideis jamas. La verdad nace sobre las alturas de la fé; y el error en las bajezas de la vanidad. Puede compararse la una á esas aguas vivas que corren desde el seno de las montañas y que nunca se agotan; la otra semejante á esas aguas muertas que una penosa industria congrega y suspende con

grandes gastos, para darles por un momento la apariencia de una rapidez natural. La Religion de Jesucristo es tambien quien confirma el dogma productor de la paz de las naciones; este principio no es una ilusion que tema el exámen. Él goza de toda su fuerza donde la Religion goza de todo su imperio. ¿La Religion no coloca en el cielo la cuna de la autoridad de los príncipes? Nuestros filósofos, artífices de nuevos sistemas, han desconocido este dogma esencial: ellos han osado sustituirle contratos enigmáticos. ¿En qué han venido á parar sus esfuerzos para romper el nudo que sujeta los tronos de acá abajo al trono de allá arriba? ¡O naciones! ¡temblad con el recuerdo de los dolores que en todos tiempos han sido el castigo de los vanos pensamientos! Estos son los conocimientos esenciales y necesarios á la juventud. Sí; la Religion es el fundamento de la ciencia, como es la base de la virtud: nuevo motivo de mis lágrimas despues de una breve respiracion.

LLANTO DECIMOCUARTO.

¡Ay! ¿Qué salvaguardia, contra los vicios, tendrán los hijos si se educan sin Religion?

¡Ay! ¡Supérfluas deben parecer mis lágrimas al anunciar una verdad de esperiencia! No; sin Religion no hay preservativo para la juventud contra los vicios. Todo es una emboscada para ella. Lo que ve, lo que oye, lo que lee, lo que adivina, el aire que respira, todo favorece á las inclinaciones de la naturaleza corrompida. La educacion misma si no es cimentada por la Religion es un lazo mas: el edificio que las manos mas hábiles hubiesen levantado caerá á tierra al primer soplo, porque no estaba asentado sobre la piedra inmortal, y el niño cae con él sepultado en sus ruinas. ¡O maestros! en vano iniciareis á vuestros alumnos en los conocimientos mas sublimes; en vano les inculcareis las mas brillantes y pomposas máximas; en vano hareis que fijen sus ojos en los mejores modelos: si el primero de

los maestros, si Dios no viene á mezclar sus lecciones con las lecciones humanas, y á unir su voz con la voz de los preceptores de la tierra. Haced cuenta que habeis puesto una semilla que se la lleva el viento; que habeis cultivado un arbusto que la tempestad marchita y deseca; una planta que los insectos roen y devoran. La incrédula Filosofía con sus discursos impuros, la razon con sus delirios, la perfidia con sus caricias, la lisonja con sus venenos, el orgullo con sus prestigios; el orgullo, ese pecado de orígen que es menester combatir toda la vida y sin descansar; ved ahí como todos los vicios, sin una cadena que los dome, sin dique alguno que se oponga á su irrupcion, caen sobre ese desgraciado jóven, mas desgraciado todavía por lo que él ha aprendido.

¡Ay! ¿Qué pretendeis cuando en lugar de afirmar la educacion de vuestros hijos sobre una base divina, no la fundais sino sobre la base frágil de las condescendencias y del cariño mal entendido, especialmente en estos tiempos deplorables en que la ternura ha llegado al grado de la ceguedad; en estos tiempos dignos de lágrimas en que los hijos tutean á sus padres, y en que las madres hacen de sus hijas unas pequeñas divinidades, á las cuales creen que se les deben inciensos y cultos? ¿Qué pretendeis cuando en lugar de decirles: sed piadosos, vosotros les decis: es-

tad decentes para ir al teatro; componerse para parecer bien? Con estas armas ¿cómo se defenderán del asalto de todos los vicios en esa edad en que todavía no se comprenden las armonías del órden, en que se busca el movimiento, el ruido, y el peligro mismo porque no se tiene esperiencia; y cuando ni aun se tiene duda de nada; en que por un efecto de los estudios mal dirigidos ó por oir continuamente á los filósofos del dia, se complacen en la estravagancia de sus ideas y en la inconsecuencia de la aplicacion de principios y en que los consejos de la familia no son un freno bastante? ¡Ay! No creais que estando siempre en un estado de guerra con las pasiones, conserven ellos por largo tiempo esa máscara de virtud y de moderacion que aparentan. Así es como queriéndoles hacer virtuosos sin Religion, vosotros no les enseñais sino á ser viciosos en realidad. Con la Religion imprimireis en sus almas el carácter indeleble de la virtud, en lugar de ese barniz falso y superficial de decencia que al fin descubre una verdadera deformidad. La Religion, por otra parte, es tan poderosa que es preciso luchar mucho tiempo contra sus imperiosas reclamaciones antes de sucumbir. Aunque parezca que ella duerme, permanece siempre viva en el fondo del corazon, gime dentro de él de cuando en cuando, y dá gritos que despiertan al vicioso y lo traen á la

virtud. La virtud, acostumbrada desde la infancia á los encantos y egercicios de la piedad, no cede sino despues de muchos combates, y aun así su memoria lo importuna con lo pasado. Sus placeres, sus gustos, sus diversiones pecaminosas tienen para él cierta amargura; su nueva vida es continuamente turbada por la antigua; él pasa adelante, él retrocede, él compara, y el arrepentimiento lo decide. ¡O vosotros! los que despues de haber prodigado vuestros cuidados en la educacion de vuestros hijos, veis que ella no corresponde á vuestras esperanzas, y que ellos son insensibles á las reprensiones propias de vuestra autoridad, consolaos con la Religion; ellos vendrán un dia á bañar con sus lágrimas vuestras manos paternales y á besarles arrodillados y confundidos por que llevaron en sí mismos el dardo vencedor de la Religion mientras que yo lloro delante de Dios porque así se verifique; *vivens, vivens ipse confitebitur tibi, sicut et ego hodie: Pater filiis notam faciet veritatem tuam.*

Jesucristo queria que los niños se le acercasen: *sinite parvulos venire ad me.* Los filósofos han alabado muchas veces la moral del Evangelio, la uncion que reina en el Evangelio, la simplicidad de los preceptores del Evangelio: empero, ¿han conocido bien toda la sublimidad, toda la divinidad de estas palabras tan instructi-

nias y tan tiernas, *sinite párvulos venire ad me?* El primer amigo de los niños parece que queria hablar á los padres y les decia: las pasiones vendrán, y ellas acaso trastornarán vuestra obra: que vuestros hijos, pues, vengan á mí, cuando todavía sea tiempo que me escuchen, que me aprendan: ellos podrán olvidarme, pero no para siempre: oyéndome sabrán á lo ménos donde está la verdad, y en qué consiste su felicidad.

La gloria de la Religion está tambien en triunfar de esos hombres conocidos por el terrible talento de reducir á sistema la corrupcion: ejercitados en el arte de urdir complots y de reunir con la mas sabia industria todos los anillos de la cadena en que quieren aprisionar su víctima sea de uno ú otro sexo; despues de una falta, le aconsejan otra falta mas grave; despues de una caida la arrastran á otras caidas mas fatales; cada dia sofocan en ella un remordimiento y le desarraigan una virtud, separándola poco á poco de su esposo, de sus hijos y de la estimacion pública; la atolondran en el borde mismo del abismo; le quitan hasta la lástima que (el espectáculo de los males de que es causa) deberia escitar en ella, haciéndole sentir, bajo de sus pies, todos los movimientos del infierno y valiéndose de todos los acaecimientos de su vida para convertirlos en lamentables catástro-

ses; ved ahí la reunion de todos los vicios y de todos los escándalos; ¿á quién no sacará lágrimas tan triste cuadro? Pero ved tambien el milagro de la educacion religiosa.

Un rayo de luz desciende de lo alto en esa alma á la cual no le quedaba ya sino el oprobio ó la desesperacion; enciende en ella la fé de sus primeros años; le aviva el sentimiento de su primera inocencia; reanima la voz de su conciencia enmudecida; le recuerda la memoria de aquellos dias felices que ella pasaba con Dios, y de la piscina en que contrajo las obligaciones del Evangelio, del altar sobre el cual pronunció el juramento de la fidelidad conyugal, y en que los ángeles que velan en el Santuario oyeron sus promesas: ese mismo rayo de luz que cubrió la cuna de sus hijos le descubre el sepulcro en que iba á precipitarse su reputacion. De improviso la madre que baña á sus hijos con las lágrimas del dolor, y las lágrimas de sus hijos confundidas con las suyas, terminan, en fin, esa espiacion dolorosa. ¡Contra el escudo, con que la Religion la había armado en sus tiernos años, vinieron á romperse todos los dardos de la depravacion y de la impudicicia!

Pero cuanto mas hermosa y cuanto mas agradable á Dios y á los hombres es la jóven esposa, que ha caminado siempre

por las sendas de los mandamientos; y cuya educacion piadosa formó su corazon sin dejar entrar en él vicio alguno, y adornó su alma sin dejar entrar en ella idea alguna de orgullo; que arrodillada delante de su crucifijo, da gracias al cielo de los padres que le ha dado en su misericordia, y paga este beneficio con su reconocimiento para con ellos, con su deseo de imitarlos, con su amor para con Dios, con su caridad para con el prójimo; que se le desea conocer, y no se le puede dejar de respetarla desde que se le conoce; cuya alma se ve pintada en su semblante del mismo modo que en su conducta; que siendo la alegría y las delicias de su esposo, no tiene otra ambicion que la de agradarle; que siendo el ejemplo de las esposas no escita jamas la envidia porque es modesta, ni la censura porque es sin defecto; que obliga con una gracia tan tierna, que al verla gustar el placer que esperimenta en sí misma cuando acaba de hacer un servicio, se diria que se habia aparecido algun ángel á la pobre que acababa de socorrer, enseñando á su hija (que lleva consigo) á ofrecer sus dones tímidos á la tímida necesitada; que para mejor instruir á su hija se instruye ella tambien; la dispone con una vigilancia continua al acto mas solemne y mas importante de su vida; la reprende muchas veces sin perder su confianza; la

castiga alguna vez sin perder su amistad; siempre haciendo mas de lo que debe, mide sus palabras y sus acciones; cuenta sus pasos; consagra todos sus pensamientos, todas sus inquietudes, todo su tiempo á los frutos de su union; se considera feliz porque es madre, y mas feliz todavía por ser maestra de sus hijos! Tal es la recompensa de una educacion verdaderamente cristiana; tales las costumbres puras que la Religion sola trajo á la tierra desde los principios, que sola ella mantiene con su dulce influjo, y que ella hace necesarias las santas habitudes, para que no tengan entrada las malas.

¡O padres y madres! ¡cuántos vicios resisten al freno de la disciplina que no resistirian al freno de la Religion! No deis oidos, yo os conjuro con mis lágrimas, no deis oidos á esos sofistas dignos de lástima, que quisieran escluir de la educacion la Religion. ¡Insensatos! que no ven ni quieren ver que sin ella las fuerzas de la juventud se limitan á solas las fuerzas de la naturaleza; que pretenden reemplazar la virtud con la gloria vana; la fé con la razon, las costumbres con las leyes. ¡Ay! ¡Las leyes! Los pueblos de todas las naciones estan tan cargados de ellas que se ven abrumados y confundidos con su número, y podemos decir con un historiador antiguo, que nos vemos tan atormen-

todos con nuestros vicios como fatigados con nuestras leyes: *ut vitiis, ita et legibus obruimur.* ¡Costumbres! ¡Costumbres! ¡Ay! Especialmente en nuestros dias deplorables en que las pasiones de la juventud despiertan tan temprano; en que la sangre hirviendo en sus venas lleva al alma imágenes seductoras; en que los deseos impetuosos de la curiosidad dan un nuevo resorte á esa facultad fatal que abraza todo lo que ella desea y se inflama por todo lo que ella no tiene. ¡Costumbres! ¡Costumbres! que vuestras casas sean su templo. La infancia es un arroyo inmediato á su fuente, cuyo curso conviene dirigirlo bien: la infancia es un árbol naciente, cuya savia ó jugo conviene gobernar. ¡Costumbres! ¡Costumbres! Acompañadas de la Religion, que es quien las anima, conserva y defiende! La Religion que si ha decaido de su antiguo esplendor en las últimas clases de la sociedad, brille todavía en las primeras, como las altas montañas que, cuando el sol abandona los humildes vallados, retienen sobre su cima los rayos de color de oro.

¡Padres de familia! ¡que con la herencia de vuestros bienes vuestros hijos recojan la herencia de las virtudes cristianas! Las virtudes cristianas protejen la inocencia, y un niño sin inocencia es una flor hermosa, pero sin buen olor. ¡Desgraciados de vosotros y desgraciados de

vuestros hijos si ellos no heredan sino riquezas y vicios! En el hijo, dice Ezequiel, se conocerá al padre, y á la madre en la hija: *Sicut mater, ita et filia ejus.* La obediencia de Isaac no me admira en un hijo de Abraham. Yo no me admiro de que los Macabeos tuviesen el mismo valor y el mismo celo de los Matathías; ni que las hijas de la muger fuerte sean modelos de prudencia y de pudor: *Sicut mater, ita et filia ejus.* Pero ved aquí un misterio de iniquidad y muy comun en nuestros tiempos deplorables: ¡cuántos padres con sus blasfemias dan armas á sus hijos para echar á rodar las cosas divinas, y no contentos con ser impíos, trasmiten su impiedad á una generacion entera! De este modo, padres imprudentes, vosotros ultrajareis á Dios por medio de vuestros hijos cuando ya no podreis ultrajarlo por vosotros mismos. ¡Vosotros, pues, no solamente sois desertores del Evangelio, sino que sois tambien ministros del Demonio; vosotros servis á su furor, vosotros le engordais las víctimas, y esas víctimas son vuestros mas caros objetos! ¡Padres temerarios! ¡Dios queria que vosotros fueseis sus salvadores, y vosotros los habeis perdido! Vosotros le dareis cuenta de su sangre: oid sus anatemas en el tribunal de las venganzas; ellos piden vuestra muerte: son parricidas por causa vuestra.

¡O padres y madres! no os quejeis de vuestros hijos! Quejaos de vosotros mismos. Si ellos se pierden en tiempo y eternidad, vosotros sois la causa: si ellos no cumplen con el cuarto precepto del Decálogo es porque vosotros no observais ninguno y porque ellos no os amaron, no os respetaron, no os obedecieron y no os asistieron en vuestras necesidades ni en vuestra vejez: ellos serán infelices y caerán sobre ellos las maldiciones terribles de que estan llenos nuestros libros santos.

¡Ay! ¡Hijos rebeldes, desnaturalizados y desobedientes! es verdad que vuestros padres han tenido la culpa, pero tambien ha sido vuestra. Escuchad las terribles palabras que el Señor en su cólera ha pronunciado contra vosotros: «Si un hombre »tuviere un hijo rebelde y desvergonzado »que no atienda á lo que mandan el padre »y la madre, y castigado se resiste, con »desprecio, á obedecer, préndanle y llévenle ante los ancianos de su ciudad, y »á la puerta donde está el juzgado, y les »les dirán: este hijo nuestro es protervo y »rebelde: hace befa de nuestras represiones: pasa la vida en merendonas y en »disoluciones y en convites. Entónces, dada la sentencia, morirá apedreado por »el pueblo de la ciudad, para que arranqueis el escándalo de en medio de vosotros, y todo Israel oyéndolo, tiemble»

Tal es el furor de un Dios vengador de la autoridad paterna. Mas ¡qué trastorno! ¡qué degradacion! ¡qué monstruosidad! ¡si por las pasiones, por el interes, por el amor á la libertad ó por haber creido á los filósofos, llegáseis al estremo de aborrecer á los que deberíais amar y hasta desearles la muerte! ¿Sereis de aquellos que han llevado el furor hasta levantar una mano parricida sobre esos miembros ~~venados~~ que veneráis, os cargaron en su infancia? ¡Crímen terrible! ¡castigado con los anatemas de la Iglesia y con el último suplicio de la justicia humana! ¡Qué su mano sea arrancada del cuerpo de los fieles, que sea cortada y reducida á cenizas! ¡Estas venganzas divina y humana se ejecuten á pesar de los padres y madres que quisieren sustraer á sus delincuentes hijos de la espada de la justicia! ¡O amor sagrado de los padres! No; tus infracciones nunca quedaron sin castigo: si semejantes atentados escapasen alguna vez de la justicia de los hombres, no por eso se librarán de la justicia de Dios! Él los vengará siempre de una manera terrible en este mundo ó en el otro. Porque escuchad, ó hijos desnaturalizados, el decreto que el Señor ha pronunciado contra vosotros. »Aquel que maldigere á su padre ó á su »madre, verá apagarse su luz en medio de »las tinieblas: él verá caer la maldicion »sobre la herencia, tras la cual corria con »una ingrata codicia: *Qui maledicit patri*

» *suo, et matri, extinguetur lucerna ejus » in mediis tenebris. Hereditas, ad quam » festinatur in principio, in novissimo be- » nedictione carebit.* (Prov. xx, 20 et 21.) » Maldito sea de Dios (dice el Eclesiástico) » aquel que exasperase á su madre! ¡Mal- » dito y cargado de ignominia y de desgra- » cias el que aflige á su padre! Él atraerá » sobre sí las maldiciones paternas y ma- » ternas, que son las que arrancan los ci- mientos de las casas.« La santa Escritura está llena de maldiciones pronunciadas por el Señor. Todos los tiempos, todos los lugares nos ofrecen ejemplos terribles de las venganzas divinas y humanas ejercitadas contra los hijos infractores de esta ley sagrada de la Religion y de la naturaleza. ¡Desdichados, pues, vosotros, hijos sin amor, sin respeto, sin sumision, sin obediencia sin miramiento, sin reconocimiento á vuestros padres! El cielo irritado los vengará de vuestros ultrages con los azotes temporales, que por todas partes caerán sobre vosotros; Dios vengará á vuestros padres con vuestros propios hijos, que á su tiempo os tratarán como vosotros tratasteis á los vuestros. Tal es la esperiencia constante que tenemos de estos castigos. Vosotros vereis á vuestra sangre revolverse contra vosotros; vuestros hijos os negarán, os quitarán de la boca, cuando seais viejos, un pedazo de pan como vosotros lo negábais á vuestros respetables padres; os

insultarán, os arrojarán á un rincon de la casa. La maldicion se perpetuará de generacion en generacion sobre una posteridad desnaturalizada, y los malos hijos llegando á ser malos padres se precipitarán y se amontonarán unos sobre otros en los infiernos, donde oirán una voz espantosa semejante á la del pregonero de la justicia humana: *quien tal hizo, que tal pague*. ¡Tal es el castigo de las generaciones criminales que quebrantan una ley, sin la cual no hay educacion que tenga un preservativo poderoso contra los vicios! Mientras que el mas hermoso espectáculo reservado á los escogidos, será aquel triunfo mútuo de hijos y de padres dignos de este nombre: ¡O santos raptos del amor paterno y del amor filial! ¡O inefables delicias de la naturaleza, perfeccionadas con la presencia de Dios! ¡Qué brillantes y agradables serán entónces los frutos de la educacion religiosa! ¡O padres y madres! ¡qué trasportes serán los vuestros, contemplando vuestra vigilancia, vuestros cuidados, vuestro ejemplo, á que vuestros hijos deben su felicidad! ¡O hijos! ¡cómo se aumentará vuestra alegría al reconocer que toda vuestra dicha la debeis á vuestros padres y madres!

LLANTO DECIMOQUINTO.

¡Ay! ¡Qué ilusion! ¡Educacion virtuosa sin la Religion!

¿No son dignos de lágrimas esos hipócritas predicadores de la virtud sin Religion, que hablan tan bien y obran tan mal? Ellos dejarán siempre en la educacion moral un vacío inmenso, un defecto esencial que desfigurará siempre sus obras, y las minará poco á poco. La virtud no viene á ser sino una vana teoría, y las obligaciones que ella impone una esclavitud, si no hay ni recompensas que esperar para aquel que las cumple, ni castigos que temer para aquel que las quebranta. Vosotros que no quereis tomar nada de la Religion, ¿dónde encontrareis un voto, una sancion que imprima á vuestros preceptos el carácter de ley? En el código de la naturaleza, ¡cuántas infracciones manchan al hombre privado, sin turbar por eso el órden público! ¡Cuántas calumnias astutas! ¡Cuántos odios secretos! ¡Cuántos fraudes sordos! Y la envidia, el vil egoismo, la

ambicion devorante, el lujo destructor, y la vergonzosa voluptad. ¡Ay! ¿Quién reprimirá tantos escesos sino se tiene á la Religion por auxiliar? ¿No es comun y frecuente ver el crímen descarado, gozar en paz sus depredaciones y aun en la cumbre de los honores, mientras que la virtud se ve pisada? La Religion tiene sobre nuestras cabezas un depósito terrible, en que guarda cada lágrima y cada suspiro del débil infeliz á quien nosotros no hemos dado oido, y cada clamor del pobre para quien hemos sido insensibles; la Religion ofrece sin cesar grandes motivos á las grandes obligaciones, grandes socorros á los grandes combates, grandes ejemplos para los grandes sacrificios: tiene un ascendiente sobre las pasiones, tiene el móvil de sus amenazas y de sus promesas, su severidad represiva no ménos de los pensamientos que de las aciones, y su irresistible poder que persigue al malo hasta su último asilo. ¡Ay! Si la vista sola de un amigo virtuoso nos aparta á veces de una mala accion, ¿qué no hará un niño cristiano á quien se le ha acostumbrado á andar siempre en la presencia de Dios? El que medita en la eterna verdad es preciso que sea verdadero; el que piensa de continuo en la infinita bondad no puede dejar de ser bueno; siempre procurará parecerse al modelo que él contempla. ¡O santa idea de Dios! dígnate llenar las almas de aquellos que

tiene el noble cargo de instruir la presente generacion! Sí; la relacion del hombre á Dios, es la inestimable garantía que los hombres se dan unos á otros acerca de la misma fé, la prenda sagrada que ellos se confian de la misma esperanza, el respeto recíproco que ellos se prestan con una misma caridad. Es menester la intervencion de Dios para que los hombres no se burlen de los hombres, para que el hombre no se engañe á sí mismo: la virtud sin Religion, es lo mismo que la justicia sin tribunales.

Yo se bien que la voz del remordimiento detiene á algunos al borde del precipicio; pero si la Religion no añade sus terrores á los terrores de la conciencia ¿cuál será la energía del remordimiento? La conciencia no es un testigo tan formidable que pueda hacer las veces del Legislador Supremo, de quien no es mas que el órgano: su censura nos espanta, porque sus decisiones son los decretos de un juez inexorable. Así es como esa tortura invisible viene á ser una barrera contra el tumulto de las pasiones; pero separad la Religion; quitad la eternidad y haced la prueba de fabricar un sistema de moral sin Religion, y al instante conocereis que vuestros esfuerzos en armar la ley natural son inútiles. Los filósofos dicen ¿por qué no ha de bastar para las pasiones un tribunal indeclinable, cuyas sentencias sean los oráculos

máximas de la equidad divina? ¿Por qué no ha de bastar para la virtud de los hijos un cierto porvenir? La virtud puede bastarse á sí misma.....¡Habladores irreligiosos! Hablais seriamente y nos repetireis las frias máximas del Pórtico. ¿Vuestra ridícula ostentacion, vuestra elevada doctrina no serán jamas sino un objeto de lástima. La virtud es el camino y no el término: si no nos ha de conducir á un fin digno de ella; si vosotros le quitais la perspectiva del premio; si la reducis á su propio testimonio y á no encontrar sino en sí misma el salario de sus trabajos y pruebas, ella ya no conoce ni siente sino su debilidad, agoniza sin movimiento y sin vida, y preferirá un crímen feliz á una probidad estéril.

¡Ay de mí! Sin la Religion ¿qué viene á ser la probidad? ¿de cuánta escoria no es susceptible? ¡Ah! ¡Mientras que no se haga mal á otros en su fortuna se cree ser un hombre de bien en el mundo; se cree ser un hombre honrado y se deshonra á una familia entera! Se cree ser una muger estimable en el mundo porque en fuerza de una larga esperiencia oculta sus desórdenes bajo el velo oficioso, y á veces trasparente, de la clandestinidad. Es, pues, necesaria otra seguridad, otra garantía: ¿lo será la grandeza del alma? ¡Ah! ¡Virtud aparente, demasiado sujeta á desmentirse en secreto! ¿Lo será el talento? ¡Cuántos hombres sublimes por sus conocimientos

son despreciables por sus sentimientos? ¿Lo será la nobleza del corazon? ¿El corazon, ese horno en que se encienden tantas pasiones que, cada una á su vez, le disputa á la virtud su trono y su imperio! ¡O virtud religiosa y celestial! ¡A tí sola pertenece abrazar todas nuestras obligaciones: quien te posée es el único dichoso á quien nada de este mundo puede apartar de las sendas de una verdadera probidad; tú eres la línea que sin tí rompería la juventud con facilidad! ¡O padres y madres! yo os ruego con las mas fervorosas lágrimas, que acostumbreis á vuestros hijos á buscar en el cielo las seguridades, y en la eternidad las garantías. *Yo habia creido*, dice el filósofo de Ginebra, *yo habia creido que se podia ser virtuoso sin Religion; pero estoy bien desengañado de mi error.* Enviar á un jóven al mundo sin Religion es lo mismo que echar al mar un navío sin piloto. Y sin embargo, el dia de hoy se cree que la instruccion y el talento todo lo suple aun en las condiciones inferiores. ¡Ay! ¿Cuáles son las ventajas que se prometen? Cuanto mas ilustrados esten los niños, se dice, mejor conocerán sus intereses y los pondrán en sola la virtud: pero no juzgando de ellos sino segun el mundo, sus intereses no son los de obedecer á las leyes del órden, no son de vivir en la indigencia al lado de la riqueza

se, en el abatimiento al lado del orgullo, en el trabajo al lado del descanso. La Religion les impondrá un precepto para todo esto, y ciertamente la Religion no obtendrá de ellos este admirable sacrificio en el nombre de sus intereses. Todavía es mayor absurdo anunciar dogmáticamente á las tres cuartas partes de los hombres que les conviene mucho padecer. La instruccion, añaden ellos, les procurará los medios de llegar á mejor suerte. ¡Ah! Confesad mas bien que sin la Religion su instruccion les inspirará un deseo inútil que será su tormento de por vida, y les hará aborrecer su estado. Vuestra intencion será turbar la paz que reina entre aquellos que poseen algo y aquellos que nada tienen. Entónces, vosotros deseais la muerte de la sociedad. Cuando ellos sean instruidos, dicen todavía nuestros filósofos, el temor los contendrá, sabrán los castigos que les aguardan si se atreven á violar las leyes.... Yo no creo que ellos lo hubiesen ignorado antes; pero en fin, vosotros quereis que ellos tengan, á lo ménos en medio de su miseria, el consuelo de saber leer las leyes que los gobiernan. Yo mejor quisiera que ellos leyesen las delicias de una buena conciencia que estan escritas en el Evangelio. ¿Es posible que no se acabe de conocer que ser instruido es saber las verdades necesarias al fin para que fuimos criados, y que hay

mas luz en el alma del pobre, á qui
la Religion ha enseñado sus destinos, q
la que habia en la cabeza de un Plato
¡Qué noble, qué apreciable es la educ
cion cristiana! ¡A qué altura levanta el
á un niño pobre! Ella derrama en su a
ma cuanto bastó á formar á los may
res hombres. La Religion nada despreci
ella coloca á todos en su lugar: las l
tras mismas nunca tuvieron protector
mas decididos que ella, porque la cien
cia tiene su precio; pero la virtud va
mas todavía. Un reino puede en rigor sul
sistir sin sabios, pero no sin costumbre
ó no puede durar mucho tiempo. La so
ciedad no vive sino por las obligacione
que impone la Religion.

La Religion solamente es la que fortalece á la virtud en la adversidad, descubriéndole una carrera sin límites; pero dándole al mismo tiempo á un Dios por apoyo. Sin duda es fácil que, en el atolondramiento de los placeres, se olvide la Religion y se desprecien sus promesas: la sonrisa de la locura brilla en la prosperidad; pero se apaga y desaparece en la miseria. Cuando vienen los dias de la tribulacion todo viene abajo; cuando nuestro corazon se ve penetrado de heridas profundas no hay quien pueda curarlas; cuando nuestros amigos nos abandonan ó nos venden; cuando un hombre que parecia destinado á gozar de las mas

dulces satisfacciones se ve anegado en lágrimas y en amarguras; cuando combatido del infortunio, se encuentra oscuro y solitario; cuando sus llantos y quejidos se pierden en un espantoso silencio; cuando él sucumbe á los golpes de sus implacables enemigos sin que una mano caritativa derrame el bálsamo sobre sus llagas. ¡Ay! ¿No es cierto que entónces, á pesar suyo, conoce la necesidad de los consuelos de la Religion y todo lo que ella vale? Es preciso confesarlo, á ménos que solo se considere la superficie risueña que el mundo nos ofrece. ¡O padres y madres! ¡puedan mis lágrimas convenceros que la fortuna es inconstante y cruel! Puede ser que ella tenga reservada su desgracia para vuestros hijos: asegurad les, pues, con tiempo los beneficios de la Religion.

¡O hijos de los pobres, porcion la mas numerosa y la mas interesante! ¿A quiénes son mas necesarios que á vosotros los recursos de la Religion? ¿A quiénes es mas útil la piedad que á aquellos á quienes el mundo desecha y desconoce? ¿De dónde sacareis vosotros la resignacion y la constancia? Vosotros no teneis otros tesoros que los del Santuario. ¡O vosotros, padres y madres! traedlos, pues, á nuestros Templos; en ellos encontrarán consoladores y amigos; nuestros dogmas son dogmas de misericordia

y de paz: la Religion quiere que los intérpretes de estos dogmas tengan entrañas de padre. Su celo no es sino caridad, verdad y paciencia; ellos hablan en nombre de Dios. (Sin embargo, estos hombres son á quienes la sabiduría del siglo cree hacerles la gracia de contarlos por inútiles.) Con todo eso, en vuestros hogares es donde deben crecer las semillas del Tabernáculo; en lo interior de vuestras casas debe madurar lo que los oidos de vuestros hijos han recogido en nuestros Templos. ¡El ejemplo! Y la felicidad habitará entre vosotros con el amor al trabajo; la piedad se conservará con la estimacion de vosotros mismos; la inocencia será vuestro decoro; el pudor, la modestia de vuestros hijos serán toda la dote que pueda dar vuestra ternura; esta la única herencia que ellos pueden esperar porque la virtud es la riqueza de los pobres. Estad advertidos, y yo os ruego con lágrimas que no olvideis, que sin la Religión todas las tentaciónes de la miseria se conjuran á su pérdida; que sin la Religion la vanidad, madre de todos los desórdenes, espondria á vuestras hijas á ser víctimas de todas las seducciones; que sin la Religion todos los vicios profanarian vuestras humildes moradas, porque la Religion es el único preservativo contra sus estragos; preservativo que, por ignorado ó mas bien por descuidado

en la educacion, ha sido la principal fuente de mis lágrimas.

CONCLUSION.

¡Ahora el genio de la impiedad predica y propaga con progresos unos principios, que aunque ruinosos, tranquilicen las conciencias y adormezcan los remordimientos! Los enemigos de la Religion se esfuerzan en arrancar hasta los fundamentos de este edificio eterno y destruir, si pudiesen, la existencia del artífice y de su revelacion. Pero vendrá dia, y será el último de todos los dias, en que la persona sola del Soberano Juez bastará á consolar á los justos y á enjugar las lágrimas de los afligidos; en aquel dia llamado por escelencia dia del Señor, ¿que vendrá á ser el acaso, tantas veces invocado por las bocas ingratas? ¿Las obras de la creacion, destruidas, no testificarán de una manera inequívoca que el dedo que las ha destruido es el mismo que las habia producido? ¿Estará entónces encerrado en sí mismo ese Ser Supremo que se decia demasiado elevado para descender hasta nosotros? Y la vida futura, cuya evidencia jamas pudieron oscurecer las nubes de la idolatría, ¿será entónces dudosa? Ahora para quitar á la sustancia inteligente que nos anima la esperanza ó el

temor de sobrevivir al sepulcro se le identifica con el cuerpo y se le somete á los mismos destinos; pero en el dia del Señor esta doctrina se desvanecerá al primer sonido de la trompeta cuando todos los muertos resucitados formarán un solo pueblo, inmortal como su autor. Ahora cuántos insultos contra la Religion! ¡Ahora se obstinan los impíos en no ver en el prodigio del orígen de esta Religion sinó las consecuencias ordinarias de la novedad; en sus misterios sino contradicciones intolerables; en su moral una perfeccion quimérica á que no podria llegar nuestra debilidad; en sus milagros unos acontecimientos falsos que no pueden resistir á una crítica imparcial; en sus sacramentos ritos supersticiosos; en su autoridad un misticismo coronado, un despotismo sostenido por la mas abusiva de las prescripciones; en el celo de sus defensores los escesos del entusiasmo; en el valor de sus mártires el capricho del fanatismo; en las austeridades de los santos una misantropía sombría y cruel. ¡O Religion de Jesucristo! ¡El dia de su segunda venida será el mejor de vuestros dias! ¡Él se dejará ver acompañado de sus escogidos, resto precioso del rebaño fiel que se libró del contagio! La heregía pedirá un lugar al lado de la verdad, el crímen al lado de la virtud, la apostasía al lado de la perseverancia. ¡Ah! Entónces no habrá sino

el número de ovejas sin mancha á la diestra del Pastor que repulsará y arrojará á las demas al lugar de los tormentos eternos.

Pero si el restablecimiento del órden con respecto á Dios exije que todas las falsas opiniones sean rectificadas, él no exije ménos que todas las infracciones de la ley sean humilladas, y la Cruz de Jesucristo será quien obrará este nuevo triunfo sobre los malos que hubiesen tenido la temeridad de avergonzarse de ella ó de burlarse de su poder. En aquel dia serán altamente canonizadas las máximas de abnegacion, de caridad y de penitencia, así como serán altamente reprobadas las máximas de orgullo, de voluptad y de avaricia: la moral de la Cruz hará nuestra confrontacion: este contraste entre nuestras obligaciones y nuestras obras tendrémos que sostenerlo delante del Dios de toda santidad. Las máximas de Jesucristo serán entónces grabadas sobre su Cruz con caractéres brillantes: nosotros leerémos el Evangelio todo entero sobre ese instrumento de salud que vendrá á ser nuestro acusador y nuestro juez; acusador cuyos cargos no sufrirán replica; nuestro juez, cuya vista sola será nuestro primer castigo. Ved ahí lo que nosotros debemos esperar de esa Cruz llena de misericordia, colocada entre el cielo y la tierra como la señal de nuestra reconciliacion y como la

prenda de nuestras esperanzas. La Cruz, pues, responde del triunfo del Evangelio: es indispensable que el ministerio de la Cruz se cumpla, que reine sobre el mundo quiera ó no quiera, que lo subyugue por la dulzura ó por la fuerza, en una palabra que ella lo salve hoy ó que mas tarde ella se vengue de sus ultrages.

O. S. C. S. E. C. A. R.

TABLA

De las materias contenidas en este libro.

ADVERTENCIA DEL IMPRESOR.—La ilustracion y benevolencia de nuestros lectores suplirán algunas erratas que involuntariamente se han escapado en la precipitada impresion de esta obra.

Erratas.

Pág.	Dice.	Léase.
18.	legado la doctrina.	legado sino la doctrina.
31.	arrojado.	arrancado.
79.	nuestros escritos.	vuestros escritos.
91.	na habria.	no habria.
98.	eterno.	esterno.
204.	domestía.	modestia.

